

110

K. 451029

L.T. 1506

UNED

x

UNED

UNED

UNED

HISTORIAS

SACADAS DE LA SAGRADA

ESCRITURA.

ANTIGUO

TESTAMENTO.

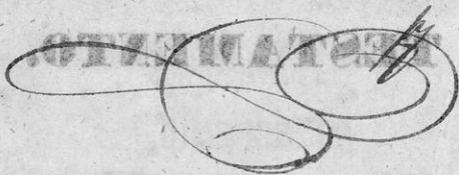


HISTORIAS

SACADAS DE LA SACRADA

Es propiedad del autor, y todos los ejemplares llevarán su rúbrica y el número correspondiente de cada uno.

Núm. 566



HISTORIAS

SACADAS

**DE LA SAGRADA ESCRITURA,
DESTINADAS Á LA INFANCIA:**

OBRITA

**ARREGLADA PARA EL USO DE LAS ESCUELAS DE
ESPAÑA**

POR

B. J. D. de A.

**TOMANDO POR MODELO EL ORIGINAL FRAN-
CES DEL CANÓNIGO**

SR. SCHEMID,

**Á INSTANCIA DEL LABORIOSO PROFESOR DE
INSTRUCCION PRIMARIA, D. ESTEBAN PEREZ
DE LAZARRAGA, AUTOR DEL PENSAMIENTO
Y AUXILIADOR EN LOS TRABAJOS.**

VITORIA: IMP., LIT. Y LIB. DE IGNACIO DE EGAÑA,
—1855.—

Nos el D. D. Cipriano Juarez y Berzosa por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obispo de Calahorra y Lalcalzada, del Consejo de S. M. Caballero de la Real y distinguida Orden Española de Carlos III etc. —Por las presentes y por lo que á Nos toca aprobamos la obra titulada: *Historias sacadas de la Sagrada Escritura y destinadas á la Infancia*, traducida del Frances á nuestro idioma por D. B. J. D. de A. puesto que á virtud de nuestra comision ha sido reconocida por personas de nuestra confianza y la han hallado conforme á los Dogmas de N. S. Religion y sana moral. Y damos nuestra licencia al espresado D. B. J. D. de A. para que pueda mandarla imprimir y darla á la publicidad de los fieles. Dada en Calahorra á seis de Abril de mil ochocientos cincuenta y tres.—Cipriano, Obispo de Calahorra y la Lalcalzada.—Por mandado de S. S. I. el Obispo mi Sr. —Lic. Miguel Aldaba, V. Secretario.—LICENCIA.

Y ARCHIVADOR EN LOS TRABAJOS
DE LAS ARAGAS, AUTOR DEL PRENSAMIENTO
INSTRUCCION PRIMARIA, D. ESTEBAN PEREZ
A INSTANCIA DEL LABORIOSO PROFESOR DE

EL TRADUCTOR.

Non recedat volumen legis hujus ab ore tuo: sed meditaberis in eo diebus ac noctibus, ut custodias et facias omnia quæ scripta sunt in eo: tunc diriges viam tuam, et intelliges eam.

Josue, C. I. v. 8.

«No se aparte de tu boca la lección de la sagrada Escritura: medita en ella día y noche, con el fin de guardar y cumplir cuanto en la misma está escrito; así entrarás en el camino recto y aprehenderás á andar por él.»

Es muy importante que los niños tengan libros, como el Catecismo de Fleuri, Pinton y otros, en que tan sábiamente se enseña la historia de la Religion. Estos libros no deben quitarse de sus manos. Pero tambien es utilísimo y muy bueno, que lean en un estilo ménos didáctico y de algun mayor aliciente y embeleso, aquellos grandes sucesos mas interesantes y patéticos, que estan al alcance de sus inteligencias y se encuentran esparcidos en los Libros Santos. Ahora que se ponen en sus manos, para distraerlos y divertirlos, todo género de cuentos, mil

II

fábulas y novelas, no será malo se les dé un libro, en que se refieren los pasajes mas tiernos, hechos heróicos y portentosos, pero verdaderos todos, descritos frecuentemente en aquel tono encantador del mismo Historiador Sagrado y mezclados con saludables máximas de moral sublime y santa. Robarán, á no dudarlo, toda su inocente atencion; y se conseguirá de este modo, que se vayan fijando en los acontecimientos mas memorables, y aprendan con gusto y divertidos la historia verdadera del hombre y los fundamentos de nuestra Santa Religion.

Enseñar deleitando debió ser el pensamiento del autor de este librito. Así lo hemos comprehendido nosotros; y una vez encarnados en su idea, no hemos querido ser esclavos del texto francés y nos hemos tomado libertades y hecho innovaciones al volverlo á nuestro idioma, ateniéndonos, empero, al Texto Sagrado de los Divinos Libros, particularmente cuando el autor se valia de las palabras propias de los mismos. Siem-

pre, en todo caso, hemos tenido en cuenta las notas y exposicion de los Santos Padres.

Un amigo, á quien apreciamos mucho por su laboriosa actividad, nos ha estimulado con sus ruegos á principiar y concluir este trabajo. Dedicado á la enseñanza de los niños buscaba aquel un libro, en que estos encontrasen lectura entretenida al paso que útil y sólida instruccion, todo proporcionado á sus alcances; y creyendo que en este original del Sr. Schemid se hallaban ambas circunstancias reunidas mejor que en ningun otro, tenia empeño en que le pusiéramos en castellano. No nos pareció malo su pensamiento; y anhelando sirva de provecho á la instruccion religiosa de los niños, nos hemos determinado á complacer á nuestro amigo, publicando la presente obrita, arreglada para el uso de las Escuelas de España.

Leed, queridos niños, la amorosa dedicatoria que os dirige el autor, y aprovechaos de sus excelentes consejos.

En la Religion Católica aprenderéis

IV

vuestro origen y vuestro destino en la tierra. Sola ella es la depositaria de la verdad revelada; y ella únicamente puede dar solución cumplida á estas preguntas: *¿De donde vengo? ¿En donde estoy? ¿A donde voy?* De la filosofía ni de las demás religiones, que todas son falsas fuera de la Católica, no hay que esperar buena respuesta. Por eso es vana la instrucción, que no venga de donde debe venir.

El fundamento de la verdadera civilización consiste en el respeto á la Autoridad de la Iglesia, á sus sagrados dogmas, á su doctrina santa y á su moral sublime. De aquí ha de partir la ciencia, que después será muy laudable se extienda á cuanto pueda abarcar nuestro talento.

Sed, pues, rendidos hijos de la Iglesia; y llegaréis á ser sabios filósofos. Empezad creyendo y concluid creyendo: solo así hallaréis la luz que os alumbre en vuestras dudas.

MIS QUERIDOS NIÑOS:

Os presento un libro lleno de historias tan agradables como instructivas. Han sido escogidas expresamente para vosotros. Todas son igualmente verdaderas; todas están contenidas en aquel Sagrado Libro inspirado por el Espíritu-Santo, para servir á la salvacion de los hombres, que se llama *Biblia ó Sagrada Escritura*.

Este libro divino tiene dos partes principales. La primera, ó el *antiguo Testamento*, nos refiere todos los sucesos notables desde la creacion del mundo hasta la venida del Salvador. La segunda, ó el *nuevo Testamento*, nos instruye de todo lo que dice relacion á Jesu-Cristo, sus santos Apóstoles y á los primeros fieles.

En este libro veréis con admiración, como Dios en todos tiempos ha manifestado su bondad para con los hombres; como, enviando su muy querido Hijo á la tierra, nos dió la prueba mas sensible de su amor. Ojalá sea para vosotros objeto de una meditacion religiosa, que os fortifique en vuestra Santa creencia, á fin de que lleguéis por este medio á ser buenos y virtuosos, como los piadosos niños que os van á ser propuestos por modelos, y sobre todo aprendais á imitar al divino niño Jesus.



HISTORIAS

SACADAS

DE LA SAGRADA ESCRITURA.

PRIMERA PARTE.

HISTORIAS DEL ANTIGUO TESTAMENTO.

1. *Creacion del mundo. Año 1.º—Antes de J. C. 4004.*

Queridos niños, oidme con religiosa atencion, que voy á contaros la Historia Santa.

Al principio crió Dios los cielos y la tierra. La tierra estaba vacía y sin forma: profundas aguas la cubrian enteramente; tinieblas reinaban por todas partes, y dijo Dios: «Hágase la luz.» Y la luz fué hecha. Dios dijo tambien: «Aparezca el firmamento.» Y su palabra se cumplió al instante. Entónces se formó esa bó-

beda azulada del cielo, y una parte de las aguas se elevaron á las nubes.

Despues dijo Dios: «Júntense las aguas en un lugar y descúbrase la tierra.» Y así se verificó. Desde este momento se formaron la tierra y el mar, las fuentes, los arroyos y los rios.

Dios dijo tambien: «Produzca la tierra yerba, plantas y árboles frutales.» Y así se cumplió. La tierra se cubrió de un brillante verdor, y apareció adornada de mil especies de plantas y árboles en flor y con frutos.

Dijo Dios todavía: «Sean hechas lumbreras que resplandezcan en el cielo y separen el dia y la noche.» Y al punto aparecieron. El sol resplandeciente brilló en los cielos, y vino á ser el lucero del dia; el suave reverbero de la luna vino á templar la oscuridad de la noche, y una innumerable multitud de estrellas centellearon en el firmamento.

Dios hizo por fin, que el agua se llenase de peces, el aire de aves y que la tierra produjese en abundancia toda especie de animales. Y despues, en último

lugar crió al hombre.

Y vió Dios todas las cosas que habia hecho; y todas eran muy buenas.

Mis queridos niños, aunque no podamos ver todavía á Dios mismo, sin embargo el cielo y la tierra nos revelan su poder, su bondad y su sabiduría. Así pues, infunda en nosotros el aspecto de sus obras magnificas un vivo reconocimiento, que nos obligue á bendecir con mas fervor en cada instante la inefable bondad del Criador.

2. *Adán y Eva.*

Habia hecho Dios el cielo y la tierra, y todo lo habia dispuesto con divina suntuosidad y regalo para la morada del hombre; y luego dijo: « Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza, y tenga dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre las bestias y sobre toda la tierra... » Y al instante de un poco de barro formó el cuerpo del hombre; é infundió en él una alma viviente. Así fué criado el primer hombre. Dios le llamó Adán, que quiere decir tierra, para recordarle su origen.

El hombre fué criado á imágen de Dios: su cuerpo solo pertenece á la tierra; su alma es la que se asemeja á Dios que la sacó de la nada, la hizo espiritual é inmortal, capaz de amarle, de conocer el bien y practicarle, y la destinó para que en la eternidad contemplase las divinas perfecciones y gozase de una felicidad inagotable.

Niños míos, sed perfectos, caritativos, amantes, activos y santos, como Dios. Respetad en vosotros mismos y en cada uno de vuestros hermanos la imágen de Dios; porque todos los hombres, ricos ó pobres, todos tienen un origen común.

Colocó Dios al hombre en un jardín muy ameno, donde habia de todo género de árboles frondosísimos y frutas muy exquisitas. Un abundante manantial corria en él, y se dividia en cuatro rios cristalinos. Adam fué encargado de cultivar y guardar este jardín, llamado el paraíso terrenal.

Así es como resplandece la bondad de Dios para con los hombres. A todos

nos ha criado para la felicidad, pero al mismo tiempo para el trabajo; pues del trabajo depende tanto la dicha, como la perfeccion del hombre.

Dios luego hizo venir á todos los animales delante de Adam, para que llamara á cada uno como le pareciese. Dueño de ellos el hombre, ejercitó al ponerles nombre el primer acto de dominio, demostrando en el tino y propiedad con que lo hizo la sabiduría de que Dios le habia dotado.

Adam, empero, era el solo aun de su especie sobre la tierra; y no podia quedar así, pues estaba destinado á ser el padre del género humano.

Y dijo Dios: «No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle ayuda semejante á él.» Y envió un profundo sueño á Adam, durante el cual tomó una de sus costillas, y de ella formó la primera muger, que fué llamada Eva. Al despertar, Dios le presentó su compañera, y Adam recibió en ello un grande gozo.

Niños, es una felicidad que haya en la tierra

muchos hombres. Amémosnos, pues, los unos á los otros.

Adam y Eva habitaban el paraíso en la inocencia y en la felicidad. Amaban á Dios sobre todas las cosas, y el uno al otro como á sí mismo. Dios era para con ellos como un padre tierno para con sus hijos. No conocían el dolor: la inmortalidad era su divisa. Dichosos los que tienen el corazón puro ¡Oh mis queridos niños! Conservad siémpre vuestra inocencia; y entonces gustareis aun sobre la tierra la felicidad del paraíso.

3. *El primer pecado.*

Había en el jardín de Eden una infinidad de árboles cubiertos de frutos; y de todos, ménos de uno solo, á Adam y á Eva les era permitido comer.

«De todo árbol del paraíso, dijo Dios á Adam y Eva, comereis; pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comáis; porque en cualquier dia que comiéreis, moriréis.»

Dios queria de este modo probar su obediencia. Que mande ó prohíba el Señor, siempre el hombre debe conformarse á sus órdenes.

Acercóse un dia Eva al árbol prohibi-

do, y vió una serpiente entre las ramas. El reptil comenzó á hablar, movida su lengua por el demonio (1) envidioso de la dicha de nuestros primeros padres en el paraiso, y dijo á Eva: «¿Porqué os mandó Dios que no comiéseis de todo árbol del paraiso?» Eva respondió: «De la fruta de los árboles, que hay en el paraiso, comemos; mas de la fruta del árbol, que está en medio del paraiso, nos mandó Dios que no comiéramos, ni le tocáramos, no sea que muramos.» — «De ninguna manera morireis, replicó la serpiente; porque sabe Dios que en cualquier dia que comiereis de él, se os abrirán vuestros ojos, y sereis como Dioses, sabiendo el bien y el mal.»

Al oír este discurso Eva, miraba al árbol con atencion; y cuanto mas le miraba, mas deliciosa le parecia la fruta prohibida. Por último se decidió: tomó de la fruta y la comió, y aun dió á su marido, que siguiendo su ejemplo tambien comió. De este modo infringieron el primer

(1) Dios crió los Angeles en el cielo. Muchos se rebelaron contra su Criador y fueron precipitados en el infierno. Llámanse demonios; y uno de ellos habló á Eva.

mandamiento de Dios; y así se consumó el primer pecado sobre la tierra: *el pecado original*. En el mismo instante todo cambió de aspecto para ellos, y echaron de ver su desnudez. Llenos de confusion tomaron hojas de higuera, hicieron con ellas delantales para cubrirse y corrieron á esconderse entre los árboles del paraíso amedrentados.

Así se comete, niños míos, ordinariamente el pecado. Una seducción externa, ó bien una tentacion que nos asalta, nos excitan al mal. Si el alma no pone entónces freno, si no busca el medio de huir de la ocasion y no se esfuerza en vencer la pasion, apoyándose en los mandamientos de Dios, pronto nos dejamos arrastrar y caemos en el pecado, enemigo el mas temible; y la inquietud y el temor llegan á ser nuestra compañía inseparable.

4. *Castigo del primer pecado.*

Al punto la voz del Señor se dejó oír: «Adam, en donde estás?» Quien respondió temblando: «Oí vuestra voz en el paraíso y tuve temor, porque estaba desnudo, y me escondí.» Y Dios le dijo: «¿Y quien te ha dicho que estabas desnudo, sino el haber comido del árbol de que te mandé no comieras?» Adam contestó: «La muger me dió del

árbol, y comí.» Dios entónces dirigiéndose á Eva, le dijo: «¿Por qué has hecho esto?» Eva contestó: «La serpiente me engañó, y comí.» Y así se vé, que ninguno de los dos queria reconocer su propia falta.

Dios pronunció inmediatamente esta sentencia contra la serpiente: «Por cuanto has hecho esto, maldita eres entre todos los animales y bestias de la tierra: sobre tu pecho andarás y tierra comerás todos los dias de tu vida. Enemistades pondré entre tí y la muger, y entre tu linage y su linage: ella quebrantará tu cabeza, y tu pondrás asechanzas á su calcañar.»

Dijo despues á Eva:... «Con dolor parirás los hijos, y estarás bajo la potestad de tu marido y él tendrá dominio sobre tí.»

Y luego dijo á Adam: «Maldita será la tierra por tu causa: con afanes comerás de ella todos los dias de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la yerba de la tierra. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas á la tierra de la que

fuiſte tomado; porque polvo eres y en polvo te convertirás.»

Y finalmente, el Señor viſtió á Adam y á Eva con unas túnicas de pieles, y los echó del paraíso. Un Angel armado de una espada de fuego guardó su entrada.

¡Qué mal tan terrible debe ser el pecado, cuando produjo efectos tan funestos! Oh! Huid de él, niños míos, y temed mas que á una serpiente al que quisiere arrastraros á cometerle.

5. *Fratricidio y su castigo: Año del M. 129.—Antes de J. C. 3875.*

Adam y Eva despues de su pecado tuvieron dos hijos: al mayor pusieron por nombre Cain, y al menor Abel. Cain fue labrador, y Abel pastor; pues ambos debian ganar el pan con su trabajo.

Bendijo Dios así las labores de Cain, como el cuidado que Abel tenia á sus ovejas. Los dos quisieron ofrecerle sacrificios; y al efecto Cain le presentó de los frutos, que producian sus campos, y Abel demostró su piadosa gratitud ofreciéndole las primicias de sus ganados.

La intencion de Abel era mas pura que la de Cain; y por eso Dios, que lee en los corazones, aceptó con agrado las ofrendas de Abel, y no miró á las de Cain.

Ensañóse Cain por esto, y en adelante tuvo envidia de su hermano. Decayó su semblante, y los celos le consumian. Advirtióle el Señor, y le dijo con dulzura: «¿Porqué te has irritado, y ha decaído tu semblante? ¿No es cierto que si obrares bien, serás recompensado; y si mal, estará luego á las puertas el pecado? Mas su apetito estará en tu mano, y tu le dominarás, si quieres.»

Notad, queridos niños, esta advertencia paternal. Constantemente Dios nos fortalece contra el pecado por medio de la voz de la conciencia. Escuchad sus avisos; obedeced á Dios, y huid del mal. Con la ayuda de Dios y nuestra firme voluntad triunfarémos de la tentacion.

Despreció Cain la advertencia divina, y continuó fomentando en su interior los celos que le devoraban. Un dia fingiendo un grande afecto hácia su hermano

Abel, le dijo: «Salgamos fuera.» Abel le siguió rebotando alegría; pero cuando se alejaron de la vista de sus padres, Cain se alzó de improviso contra su hermano y le quitó la vida.

¡Cuántos males pueden causar los celos y la cólera! Abel, desfigurado y muerto, nadaba en su propia sangre. ¡Cual debió ser el dolor de sus padres, al mirarle en este estado y ver por la primera vez la imágen de la muerte.!

Mas, bien pronto la voz del juez se dejó oír. Dios preguntó al asesino: «¿Donde está tu hermano Abel?» La respuesta de Cain fué arrogante y cual podía esperarse de un hombre tan desalmado: «No lo sé, contestó. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?» Pero el Señor le dijo entónces; «Que has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama á mí desde la tierra. Ahora, pues, maldito serás sobre la tierra que abrió su boca, y recibió de tus manos la sangre de tu hermano. Cuando la labrares, no te dará sus frutos: vagamundo y fugitivo serás sobre la tierra.» Sobrecogido de

terror exclamó Cain desesperado: «Mi iniquidad es demasiado grande para merecer el perdón.» Y huyó, atormentado de los mas crueles remordimientos, que no le dejaron despues en toda su vida ni un instante de sosiego.

Así el pecado priva al hombre de reposo y de todos los placeres de la vida.

6. *Corrupcion de los primeros hombres.*

Su destruccion: Año del M. 1656.—

Antes de J. C. 2348.

Despues del fratricidio cometido por Cain, ademas de otros hijos é hijas, tuvo uno Adam llamado Seth, semejante á Abel en la inocencia de sus costumbres. Sus descendientes fueron llamados los hijos de Dios; porque se conservaron en su santo temor mas que los otros hombres. Pero con el transcurso del tiempo se coligaron con los malos; y todo el género humano, conforme se iba aumentando, crecia tambien en la maldad. Reinaba la licencia, y no pensaban los hombres sino en gozar de

los sentidos, obrando los unos con respecto á los otros de una manera enteramente reprobada. Como un padre lleno de ternura y de cuidados deploraba el Señor su ceguedad. «Los hombres, dijo, no quieren marchar ya según mi ley, viven enteramente corrompidos; quiero, sin embargo, concederles aun ciento veinte años, á fin de que puedan enmendarse.»

En medio de tantos impíos habia, no obstante, un hombre piadoso y justo descendiente de Seth, llamado Noé; al cual dijo Dios: «Hazte una arca de maderas labradas: harás habitaciones en ella, y la embetunarás por dentro y por fuera. Y de esta manera la harás: de trescientos nueve codos será la longitud del arca, de cincuenta codos su anchura y de treinta codos su altura. Una ventana harás en el arca, y darás un codo de alto á su cubierta; y la puerta del arca pondrás á su costado, haciendo en lo bajo divisiones y tres pisos en ella. Mira, que Yo enviaré un diluvio de agua sobre la tierra, para destruir toda carne, en que hay espíritu

de vida debajo del cielo: todas las cosas que hay en la tierra perecerán. Pero estableceré mi alianza contigo; y entrarás en el arca tú y tus hijos, tu muger y las mugeres de tus hijos.» Obedeció Noé; y estuvo trabajando en la construcción del arca á la vista de todo el mundo, sin que los malos hiciesen de esto ningun caso.

Acabada la obra dijo Dios á Noé: «Entra ahora en el arca tú y toda tu familia; porque á tí solo he hallado justo delante de mí en esta generacion.» Mandóle que metiera tambien en el arca de toda especie de animales macho y hembra, y le añadió: «Porque despues de siete dias lloveré Yo sobre la tierra cuarenta dias y cuarenta noches; y borraré de su superficie toda sustancia que hice.»

Noé, este piadoso siervo de Dios, entró con su familia y toda especie de animales en el arca; y el Señor mismo cerró despues la puerta.

Comenzó á llover en seguida de una manera espantosa: el agua caia del cielo á torrentes. Todos los diques de los mares se rompieron ademas. Y crecie-

ron las aguas en la tierra, y flotaba sobre ellas el arca, como un navío grande.

Figuraos, queridos míos, la desolacion de todos los demas hombres que no se hallaban en el arca. Buscaron un refugio sobre los árboles y en las alturas; pero no era tiempo ya: las aguas se aumentaban, é inundaron toda la tierra, elevándose quince codos sobre las mas altas montañas.

Así es que todo lo que vivia pereció, desde los hombres hasta las bestias, desde las aves que vuelan por el aire hasta los reptiles que se arrastran por el suelo. Noé se libró solo con todo lo que estaba dentro del arca.

¡Ay! el que es bastante perverso para no amar á Dios por su bondad, debería por lo ménos temer á Dios por su justicia. Ved, niños, como sabe castigar.!

7. Salida del arca y holocausto de Noé.

Trescientos cincuenta dias cubrieron la tierra las mayores aguas. Dios hizo despues que soplara un viento seco, y

comenzaron á bajar. Poco á poco las cimas de los montes se fueron descubriendo, y paró el arca en las alturas de la Armenia.

Noé entónces abrió la ventana, y soltó un cuervo, por ver si las aguas se habian disminuido lo bastante; pero el cuervo no volvió á entrar en el arca.

Despues soltó una paloma, que al momento volvió, no encontrando donde poner el pie; y Noé extendiendo la mano la tomó é introdujo en el arca.

Al cabo de siete dias soltó de nuevo la paloma, que volvió llevando en el pico un ramo de olivo con hojas muy verdes. Este signo dichoso anunció á Noé, que las aguas se habian disminuido sobre la tierra.

Despues de haber aguardado otros siete dias, soltó por tercera vez la paloma, que ya no volvió mas; porque la tierra estaba seca. Dios ordenó entónces á Noé, que saliese del arca con su familia y con todos los animales, que allí estaban encerrados.

¡Qué impresiones experimentaria al salir, mirando la tierra vacía y desierta, y

no viendo mas que á sus compañeros y á sí mismo libertados de una manera milagrosa! Penetrado de reconocimiento, levantó un altar y ofreció sobre él un holocausto. En el momento mismo apareció sobre el horizonte un arco de luz en las nubes, y dijo Dios á Noé y á sus hijos: «Mirad, Yo establezco mi alianza con vosotros y con toda vuestra descendencia. No habrá ya otro diluvio para destruir el género humano. Todos los dias de la tierra, sementera y siega, frío y calor, estío é invierno, noche y dia no cesarán. Mi arco que veis en la nube, ese será el signo de la alianza entre mí y la tierra.»

Niños, siempre que viéreis el arco (llamado de Iris) y sus brillantes colores en medio de nubes oscuras y tempestuosas, acordaos de esta historia y decios á vosotros mismos: Dios es terrible para el pecador, pero lleno de bondad para con el hombre piadoso.

8. *La tierra después del diluvio.*

Las ocho personas, que se salvaron del diluvio universal, fueron las que pro-

pagaron el linage humano. Noé cultivó la tierra y plantó la viña. No conociendo la fuerza del vino, bebió un día tanta cantidad que se embriagó, quedando dormido y descubierto en medio de su tienda durante el sueño. Rióse su hijo Cham de verle en tal estado, y aun lo hizo saber en tono de burla á sus hermanos. Solamente un niño impío puede burlarse de su padre. Sem y Japhet se portaron mejor que su hermano: con toda modestia se acercaron á su padre, y le cubrieron con una capa. Su pudor y su respeto son dignos de elogio.

Cuando Noé, al despertar, supo la mala conducta de Cham, afligióse vehementemente, y le predijo que su posteridad seria desgraciada.

El atreverse á levantar la vista con desprecio hácia su padre, ó bien mirar á su madre de una manera poco respetuosa, merece en verdad castigo de Dios.

Por el contrario, alegróse Noé y bendijo á sus hijos Sem y Japhet pronosti-

cándoles un porvenir muy dichoso por su buen comportamiento.

Dios ama al niño que respeta á sus padres y que sufre aun sus defectos con paciencia.

Los descendientes de Noé, que se aumentaron considerablemente en poco tiempo, con el fin de hacer célebre su nombre, concibieron el proyecto de levantar una torre tan alta que llegase hasta el cielo, la cual les sirviera tambien de punto de reunion cuando se separasen los unos de los otros; pero Dios desbarató tan loca empresa. Hasta entónces todos los hombres hablaban un mismo language; mas Dios hizo nacer muchos entre ellos, confundiéndolos de manera que como no se entendian los unos á los otros, tuvieron que abandonar la torre comenzada, y separarse en diversas direcciones. Unos se fueron á un lado y otros á otro: los descendientes de Sem quedaron en Asia; los de Cham se fueron casi todos á la Africa, y los de Japhet se establecieron en Europa. A la torre comenzada quedó

el nombre de *Babel*, que quiere decir confusion, por la que resultó en el lenguaje; y mas tarde en el mismo lugar se edificó la gran ciudad de Babilonia.

Las vanas empresas de los hombres se convierten en polvo, pero la obra de Dios subsiste; porque él es el Señor, él quien designa el país que el hombre ha de habitar.

9. *Vocacion de Abraham. Año del M. 2083.—Antes de J. C. 1921.*

Muy pronto la tierra de nuevo fué habitada por diversos pueblos, despues de la dispersion de los hombres en la torre de Babel; pero muy pronto tambien se olvidaron estos de su Dios y se entregaron al pecado. Abandonáronse á la idolatría, adorando como divinidades figuras de madera ó de piedra. Sin embargo, en medio de tantos impíos vivía un hombre sabio y piadoso, á quien Dios hizo su elegido. Por medio de él y de sus hijos debia mantenerse y extenderse por todos los pueblos de la tierra el conocimiento y adoracion del verdadero Dios. Este hom-

bre era el Patriarca Abraham. (1)

Dios le dijo: «Deja tu patria, tus parientes y la casa de tu padre, y ven á la tierra que te mostraré; y tengo de hacerte el tronco de una gran nacion: bendeciré á los que te bendigan y maldeciré á los que te maldigan, y EN TÍ serán benditos todos los linages de la tierra.»

Obedeciendo las órdenes divinas, Abraham partió al punto con su muger Sara y Lot su Sobrino, con sus criados y todos sus rebaños, hácia donde la mano de la providencia le conducia; y llegó al pais de Chanaám, que era una comarca de las mas fértiles de la tierra. Para designarla decian: el pais en donde corren rios de leche y miel.

Habiendo llegado allí, le dijo Dios: «A tu posteridad daré esta tierra.» Abraham, lleno de reconocimiento, le

(1) Antes se llamaba Abrám, y Dios le mudó este nombre por el de Abraham, que interpretan: *Padre de una multitud excelsa.*

vantó un altar en el sitio en que el Señor se le habia aparecido.

Así premia el Señor al que sabe obedecerle.

10. *El virtuoso Abraham.*

Suscitábanse frecuentes cuestiones entre los pastores de Abraham y de Lot, queriendo cada uno de ellos apoderarse de los mejores pastos. Abraham, muy amante de la paz, veia esto con disgusto, y dijo un dia á Lot: «Te ruego que no haya disputa alguna entre los dos, entre tus pastores y los míos; porque los dos somos hermanos. ¿No está todo el pais á tu disposicion? Apártate pues de mí: si eligieres la izquierda, yo tomaré la derecha; y si prefirieres la derecha, yo iré á la izquierda.»

Lot escogió la fértil llanura del Jordán, en donde se hallaban las Ciudades de Sodoma y de Gomorra, y se fué á establecer en Sodoma. Abraham quedó en Chanaám, portándose con todos con amor

y ejercitando la hospitalidad con los extranjeros.

Estando una mañana delante de la puerta de su tienda á la sombra de un árbol, por guardarse del calor del sol, notó á cierta distancia que venian tres desconocidos. Levantóse y fué á su encuentro, los saludó cortesmente y dirigiéndose primero á uno y luego á todos, les dijo: «Señor, si he hallado gracia en tus ojos, no pases de tu siervo: traeré un poco de agua, y lavad vuestros pies, y descansad bajo este árbol: pondré algun alimento, y fortaleced vuestro corazon; despues pasaréis adelante...»--«Haced como lo habeis dicho,» contestaron los viajeros.

Abraham entró presuroso en su tienda y dijo á Sara: «Anda pronto, amasa tres *satos* (1) de flor de harina, y haz panes cocidos bajo el rescoldo.» En seguida corrió á su rebaño, y echando mano de la mas gorda de sus terneras, se la dió á un criado para que la apron-

(1) *Satos*, ó *sead*, es una medida como de 50 libras.

tase. Mientras tanto, él mismo llevó á sus huespedes leche y manteca; despues les presentó las tortas y la carne cocida, y estuvo junto á ellos bajo el árbol sirviéndoles.

He aquí, niños míos, un hombre verdaderamente bueno y hospitalario: recibe gentes que le son enteramente desconocidas.

Luego que los viajeros acabaron de comer, al ponerse en camino, uno de ellos dijo á Abraham: «Yo volveré á verte el año próximo, y Sara entónces será madre de un hijo.» Y aunque Abraham y Sara eran de una edad muy avanzada, sin embargo la promesa se cumplió; pues fué el mismo Dios quien se la hizo, viniendo acompañado de dos ángeles. Quiso revestirse de la forma humana, para experimentar en sí mismo la hospitalidad de Abraham.

Continuó en sus obsequios todavía Abraham con los tres extranjeros aun despues que emprendieron su viaje, yendo á acompañarles hasta las puertas de Sodoma. Entónces el Señor le manifes-

tó, que habia resuelto hacer caer sobre esta ciudad y sobre la de Gomorra el justo castigo que habian merecido por la enormidad de sus pecados. Abraham, deteniéndose, suplicó al Señor perdonara á estas ciudades; y el Señor se lo prometió, con tal que en ellas se encontrasen diez justos solamente. Pero ¡ay! ni aun este corto número pudo hallarse: tan corrompidos é impíos eran sus habitantes. Al dia siguiente al salir el sol, se consumó el terrible castigo. Los Angeles, empero, llegaron ántes á avisárselo á Lot, y le sacaron fuera de la ciudad con toda su familia, previniéndoles que huyesen sin mirar atras. No bien salieron, cuando una lluvia de fuego y de azufre ardiendo cayó del cielo sobre las ciudades nefandas; y fueron totalmente destruidas con todos sus habitantes. La muger de Lot, que al oír el ruido con que se explicaba la cólera divina, tuvo la curiosidad de mirar atras contra la prohibicion de los Angeles, quedó en el momento convertida en estatua de sal. En nuestros dias, aun el sitio que aquellas

ciudades ocupaban, no es sino un lago de agua salada y llena de azufre, en señal de la maldición del cielo que sobre él atrajeron con sus crímenes tan perversos habitantes.

14. *Sacrificio de Isaac.*

Al cabo de un año, conforme á la predicción divina, Abraham tuvo en efecto un hijo, al cual puso por nombre Isaac, que quiere decir: *risa, alegría y placer*. Isaac llegó á ser un niño agradable á los ojos del Señor, y Abraham le amaba tiernamente.

Algunos años despues dijo Dios á Abraham una noche: „Abraham, toma tu hijo unigénito á quien amas, Isaac; sube con él al monte Moria, y ofrécelo allí en holocausto. Obedeciendo sumisamente, se levantó Abraham muy de mañana; preparó leña para el sacrificio cargándola sobre su asno, y seguido de dos de sus criados y de su hijo Isaac se puso luego en camino. Al tercer dia, habiendo llegado al pie del monte, Abra-

ham dijo á sus criados; «Quedaos aquí con el asno.» Puso en seguida la leña sobre los hombros de su hijo, y tomando él en sus manos el fuego y un cuchillo, subieron ambos juntos. En el camino preguntó Isaac: «¿Padre mio?» — «Qué quieres hijo mio» respondió Abraham. — «He aquí, dijo Isaac el fuego y la leña: ¿en donde está, pues, la víctima del holocausto?» — «Hijo mio, respondió Abraham, Dios proveerá de víctima para el holocausto.» Isaac ignoraba todavía que él mismo debia servir de ofrenda. ¡Qué penetrantes para un tierno padre serian estas inocentes preguntas de su hijo muy amado!

Continuaron su viaje; y habiendo llegado á lo mas alto del monte, levantó Abraham un altar; colocó la leña sobre él, y atando despues á su hijo Isaac le puso en el altar sobre la leña. Obediente Isaac se sometió á su suerte sin resollar. Abraham, por último, extendiendo su mano tomó el cuchillo para sacrificar á su hijo; pero el Señor en aquel momento por ministerio de un Angel

clamó del cielo y le dijo: «No extiendas tu mano sobre el muchacho ni le hagas nada: ahora he conocido que temes á Dios, pues no has perdonado á tu hijo unigénito por mi amor.» Mirando Abraham entónces á los lados, vió á sus espaldas un carnero con sus astas enredadas en un zarzal; y apoderándose de él, le ofreció en holocausto en lugar de su hijo. Hecho esto, el Angel del Señor llamó desde el cielo segunda vez á Abraham y le dijo: «Por mí mismo he jurado, dice el Señor: por cuanto has obrado así, y no has perdonado á tu hijo único por mi amor, te bendeciré, y multiplicaré tu posteridad como las estrellas del cielo y la arena de la ribera del mar, y todas las naciones de la tierra serán benditas en tu descendencia.» (1)

¡Cual seria el gozo de Abraham, cuando le fué devuelto su querido hijo Isaac y oyó tan grandes promesas.!

Asi prueba Dios la obediencia y sabe recompensarla.

(1) En uno de tus descendientes, es decir, en Jesucristo.

12. *Rebeca llega á ser muger de Isaac.*

Abraham habia llegado á una edad muy avanzada colmado por Dios de todo género de bendiciones. Quiso ántes de su muerte dar á su hijo una muger piadosa; pero, como las doncellas del pais estaban corrompidas, envió al pueblo de su nacimiento, en donde tenia aun parientes que vivian en el temor de Dios, á Eliecer, el mas viejo de sus criados, encargándole escogiese allí para Isaac una muger del agrado del Señor. El criado emprendió su viaje con diez camellos cargados de objetos preciosos. Al llegar á la ciudad de Harán, en donde vivia en otro tiempo Nacor, hermano de Abraham, se detuvo al lado de un pozo fuera de la ciudad, al caer de la tarde y en hora en que las doncellas salian por agua. Deseando reconocer entre ellas, cual era la destinada para muger del hijo de su amo, suplicó á Dios se lo diera á entender, diciendo: «Señor Dios de Abraham mi amo, os ruego me asistais en este día..... vedme aquí cerca de la

fuentes; y las hijas de los moradores de esta ciudad saldrán á sacar agua. Pues bien, la doncella á quien yo dijere: baja tu cántaro para que beba; y ella respondiere: bebe, y aun á tus camellos daré de beber: esa es la que habeis destinado para vuestro siervo Isaac.»

Aun no habia acabado de decir esto dentro de sí mismo, cuando vió venir á la inocente y hermosa Rebeca con el cántaro sobre su hombro. Habia bajado á la fuente y se volvía ya con el cántaro lleno; y entónces Eliecer se adelantó hacia ella, diciéndole: «Dame á beber un poquito de agua de tu cántaro.» — «Bebed, Señor mio» respondió ella. Y prontamente bajó el cántaro sobre su brazo, y dió á beber á Eliecer. Cuando este hubo bebido, añadió aquella: «Tambien sacaré agua para vuestros camellos hasta que todos beban.» Y vaciando el cántaro en los pesebres, volvió al pozo y sacó agua para todos los camellos. El criado la contemplaba con admiracion y en silencio, prendado de la fineza con que demostraba su buen corazon.

Luego que acabaron de beber los camellos, ofreció Eliecer á Rebeca varios regalos de oro, y le preguntó: «De quien eres hija? Hay en la casa de tu padre lugar para posar?» Ella respondió: «Soy hija de Batuel, nieta de Nachor. En nuestra casa hay abundante provision de paja y de heno y tambien lugar para alojaros.» El criado haciendo entónces una profunda inclinacion, adoró al Señor, y despues dijo en alta voz: «¡Bendito sea el Señor, Dios de Abraham, que me ha conducido por camino derecho á la casa del hermano de mi amo!»

Entró luego en la casa con sus camellos; y ántes de probar bocado, manifestó el objeto de su viaje, concluyendo con estas palabras: «Si haceis misericordia y verdad con mi amo, declarádmelo; y si quereis otra cosa, decídmelo tambien, para que yo vaya á la derecha ó á la izquierda.»

Laban, hermano de la jóven doncella y su padre respondieron: „Ahí tienes á Rebeca delante de tí; tómalala y vete, y sea muger del hijo de tu amo, como lo ha

dicho el Señor.» Oyendo esto el criado de Abraham adoró otra vez al Señor prostrado en tierra; y despues sacando vasos de oro y de plata y vestidos, se los dió á Rebeca, é hizo tambien regalos á sus hermanos y á la madre. Luego se sentaron todos á comer, y estuvieron juntos hasta muy entrada la noche.

Por la mañana, muy temprano, el fiel criado preparó todo para el viaje, sin que fuera posible hacerle dilatar mas tiempo su regreso. Subiendo, pues, á los Camellos Rebeca y sus criadas entre las bendiciones de toda la familia, le siguieron y llegaron presto á la casa de Isaac; en cuya compañía vivió aquella feliz no tanto por sus riquezas, como por su inocencia, su amor al trabajo y la bondad de corazon que formaban su carácter.

Dios dirige siempre nuestro porvenir, y se sirve con frecuencia de las mas pequeñas circunstancias, para elevarnos al colmo de la dicha.

13. *Esau y Jacob. Año del M. 2245.*
—*Antes de J. C. 1759.*

Isaac y Rebeca tuvieron dos hijos de

un parto: al primero que nació, le pusieron por nombre Esaú, y al segundo Jacob. Esaú era muy veloso y de modales ásperos, como su exterior. El carácter de Jacob, por el contrario, era dulce y apacible. Esaú se dedicó á la caza y al cultivo de los campos. Jacob prefirió la vida tranquila de pastor.

Un dia á tiempo que Jacob estaba preparando un plato de lentejas, Esaú llegó del campo, y le dijo: « Dame ese potage que has cocido, porque estoy sumamente fatigado. » — « Véndeme tú en cambio el derecho de primogenitura » respondió Jacob. En aquel pais el primer nacido heredaba casi todos los bienes de su padre. Esaú dijo entónces: « Si me ves que estoy muriendo, ¿ de qué me servirá despues el derecho de primogenitura? » Y le prometió con juramento y cedió la primogenitura. Comió y bebió enseguida, y se fué, sin pesar las consecuencias de su ligereza.

Mas adelante Isaac, que habia llegado á una edad muy avanzada, dijo á Esaú: « Mira, hijo mio, yo soy viejo y no sé el

dia de mi muerte: vete al campo, y trayendo lo que cazares, prepáralo como sabes es de mi gusto, para que yo lo coma, y despues te eche mi bendicion ántes de morir.» Esaú partió sin dilacion. Pero Rebeca que habia oido las palabras de Isaac, guisó prontamente dos cabritos como sabia gustaba á éste comer la caza; y despues, poniendo á Jacob los mejores vestidos de su hermano, le cubrió las manos y el cuello con las pieles de los cabritos y le hizo llevar el guisado á su padre. Isaac, cuya vista se habia debilitado con la edad, al sentirle dijo; «¿ Quien eres tu hijo mio? » — « Yo soy vuestro primogénito Esaú, respondió Jacob: he hecho como me habeis mandado: comed pues de mi caza, para que despues me bendigais. » Isaac replicó: « Acércate un poco para que te reconozca, si eres ó no mi hijo Esaú. » Jacob se acercó, é Isaac dijo despues de haberle tocado: « La voz, en verdad, es la voz de Jacob; pero las manos son las manos de Esaú. » Creyó eran las manos de Esaú; porque confundió el pelo de

las pieles de cabrito, con que llevaba cubiertas las suyas Jacob, con el vello de las de Esaú. Engañado así, comió, y despues bendijo á Jacob imponiéndole sus manos; con cuya bendicion quedó elegido y consagrado, para que de su raza naciese el Mesías prometido á la tierra, á quien todas las naciones deberian su salvacion.

No bien habia salido Jacob, cuando entró Esaú con lo que habia cazado, y dijo á su padre: «Levantaos, padre mio, y comed.» — «¿Quien eres tú, pues?» preguntó Isaac lleno de admiracion. — «Yo soy Esaú tu primogénito,» respondió Esaú. Entónces se descubrió la conducta de Jacob; y Esaú sabedor de todo lo que habia pasado, lloró y gritó fuertemente. «Con razon, decia, se le ha puesto por nombre Jacob; porque he aquí, que es la segunda vez que me ha engañado: ántes me quitó la primogenitura, y ahora me ha robado de nuevo la bendicion paternal.» Y muy enfurecido amenazó matar á Jacob.

14. *Jacob huye de la casa de sus padres.*

Temiendo Jacob las amenazas de su hermano Esaú y siguiendo los consejos de su madre, tomó su báculo y se puso en camino para la casa de Laban su tío materno. Según iba caminando le cogió la noche en el campo y á gran distancia de poblado. Rendido de cansancio se tendió en tierra y quedó dormido al aire libre, descansando su cabeza sobre una piedra. Durante el sueño vió una escala que llegaba desde la tierra hasta el cielo, y que subían y bajaban por ella los Angeles del Señor. En lo mas alto vió á Dios, y oyó que le decia. «Yo soy el Señor, Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac: la tierra en que duermes, te daré á tí y á tu posteridad . . . Yo seré tu guarda á donde quiera que fueres, y te restituiré á este país y no te abandonaré hasta haber cumplido mis promesas.» Jacob despertándose sobresaltado, exclamó: «Verdaderamente Dios está en este lugar, y yo no lo sabia.» Y al rayar el alba

levantando como en monumento la piedra que le habia servido de cabecera, derramó aceite sobre ella y la consagró al Señor.

Dios está en todas partes con nosotros; y por tanto en ninguna tenemos que temer, portándonos bien en todas.

Jacob continuó despues su viaje hasta que llegó á un pozo situado en el campo. Estaba cubierto con una piedra grande y tres rebaños de ovejas en derredor. Acercóse Jacob á los pastores que cuidaban de los rebaños, y les preguntó. « Hermanos míos, de donde sois? » — « Somos de Harán, » respondieron ellos. — « No conocéis, volvió á preguntar Jacob, á Laban, hijo de Nacor? » — « Si, le conocemos mucho, » dijeron. — « Está con salud? » repuso Jacob. — « Bueno esta, contestaron; y mira ahí á Rachel su hija que viene con su rebaño. » Viéndola Jacob, se dió prisa á quitar la piedra conque estaba tapado el pozo, y á dar de beber á las ovejas, saludándola despues con cariñoso afecto y manifestándole que era hijo de Rebeca,

hermana de Laban. Rachel, al oír esto, se fué corriendo á contárselo á su padre; el cual salió al momento á recibir á Jacob, le abrazó amorosamente y le llevó á su casa.

Allí vivió Jacob muchos años, cuidando fielmente los rebaños de su tío y sirviéndole con celo; pero tuvo, no obstante, que sufrir mucho de este. Bendijo Dios su paciencia y le colmó de bienes, haciéndole poseedor de grandes rebaños de cabras y de ovejas, de muchos camellós y asnos. Se casó, y llegó á tener numerosa descendencia.

15. Vuelta de Jacob á la casa de su padre.

No miraba Laban con buenos ojos el acrecentamiento de riquezas de Jacob; y su envidia hacía cada vez mas trabajosa é insoportable la permanencia de éste en su casa.

Dios al fin, compadecido de Jacob, le dijo: «Vuélvete á la tierra de tus padres, que allí seré yo contigo.» Al momento se puso Jacob en camino, obediente á las

órdenes de Dios, con toda su familia y sus riquezas. Laban cuando supo su partida, salió en su persecucion, resuelto á emplear la fuerza para detenerle; pero Dios le dijo: «Guárdate de hablar ásperamente algo contra Jacob.» Por esta razon le dejó ir en paz á su pais.

Así Dios se pone de parte de los suyos y les asiste en la adversidad.

Al llegar al río Jordan, que forma el límite de la tierra de Chanaám, Jacob sintió una grande inquietud producida por el recuerdo del antiguo enojo de su hermano Esaú. Envióle mensajeros anunciándole su venida, y presentes y regalos para aplacarle.

Mientras aguardaba la vuelta de los mensajeros, se le apareció un Angel en figura humana, y estuvo luchando con él hasta la mañana. Viendo el Angel que no podia vencer á Jacob, (porque no queria emplear todas sus fuerzas,) le tocó en el nérvio de su muslo, que al momento se secó, y le di-

jo: «Déjame, que ya llega el alba.» Jacob lleno de respeto hácia el Angel del Señor, le respondió: «No te dejaré, sin que primero me bendigas.» — «¿ Como te llamas? » le preguntó entónces el Angel. — «Jacob,» respondió aquel. Y el Angel añadió: «De ninguna manera será tu nombre Jacob, sino Israel,» que quiere decir: *fuerte contra Dios.*

Gravad en vuestra memoria, niños míos, este nuevo nombre de Jacob; porque él será el de todos sus descendientes llamados Israelitas en la Historia Sagrada.

Despues de esta lucha misteriosa volvieron los enviados por la tarde con la noticia de que Esaú avanzaba, acompañado de cuatrocientos hombres: nueva que consternó á Jacob. En medio de su turbacion y desaliento recurrió al Señor de este modo: «Señor, que me dijísteis: vuélvete á tu tierra y al lugar de tu nacimiento, y seré bienhechor tuyo; indigno soy de todas vuestras misericordias y de la verdad con que habeis cumplido á vuestro siervo cuanto le prometísteis. Con mi

cayado únicamente pasé este Jordan; y ahora vuelvo rodeado de gente y de ganado. Libradme de la mano de Esaú, porque le temo mucho.»

Al salir el sol vió venir á Esaú con su tropá; por lo cual, dividiendo sus hijos y sus criados en varios pelotones y poniendo su confianza en Dios, se adelantó el primero y se postró siete veces en presencia de su hermano. Esaú corrió á su encuentro, y arrojándose al cuello le abrazó tiernamente y con lágrimas de gozo. Cuando vió todos los hijos de Jacob, preguntó á éste: «¿A quien pertenecen todos estos niños?» Jacob respondió: «Son los niños que Dios me ha dado.» Acercándose entónces todos, saludaron con respeto á Esaú. Jacob le ofreció despues muchos de sus rebaños; y Esaú aunque rehusó la oferta al principio, sin embargo tales fueron las instancias de Jacob, que al fin no pudo ménos de aceptar. Solo la humildad y el amor pueden llegar á ablandar al irritado. Jacob tributó á Dios el mas sincero reconocimiento, y continuando su camino

llegó por fin á la tierra de Chanaán al lado del anciano Isaac su padre, que debia aun gozar del consuelo de volver á verle.

16 *El jóven pastor Joseph.*—Año del mundo 2.245. Antes de J. C. 1.759.

Entre los doce hijos que tenia Jacob, Joseph era el mas virtuoso de todos. No tenia sino diez y seis años, y cuidaba como sus hermanos los numerosos rebaños de su padre. Un dia que aquellos cometieron una accion muy mala, no solo rehusó seguir tan pernicioso ejemplo, sino que estimulado por su conciencia y para impedir el mal en adelante, se creyó obligado á hacérselo saber á su padre. Por su inocencia y virtud Jacob le distinguia con particular cariño sobre todos sus hijos, y mandó hacerle una túnica de diferentes colores. Por el contrario, envidiosos sus hermanos le aborrecian y no le hablaban una sola palabra con afecto.

En otra ocasion tuvo Joseph un sue-

ño extraordinario que por desgracia refirió á sus hermanos. «Escuchad, les dijo con candor, voy á contaros mi sueño: parecíame que estábamos atando gavillas en el campo; y que mi gavilla se levantaba y tenia derecha, y las vuestras, que estaban al rededor, adoraban á la mia.» — «Por ventura, exclamaron sus hermanos, serás tu nuestro Rey? ó estarémos sujetos á tu dominio?» Y por esta causa aun le aborrecieron mas en adelante.

El padre, que tambien habia tenido un sueño divino, pensó que podria suceder muy bien que Dios hubiese destinado á su querido Joseph para grandes cosas. La prosecucion de esta historia nos demostrará que no se equivocaba. Joseph, el querido de su padre, llegó á ser por su inocencia el elegido del Señor.

17 *Joseph vendido á los extrangeros.*

Un dia que los demas hijos de Jacob se hallaban á gran distancia de la casa paterna con sus rebaños, dijo éste á Joseph:

«Hijo mio, vete y vé que es lo que hacen tus hermanos y sus rebaños.» Joseph se fue inmediatamente á buscarlos.

Quando sus hermanos le vieron venir á lo léjos, se decian los unos á los otros: «¡Veis,! allí viene el soñador! Venid, matémosle y echémosle en una cisterna vieja: dirémos luego que una fiera muy mala le devoró; y entónces veremos de que le aprovechan sus sueños.» El mayor de los hermanos, llamado Ruben, no quiso tomar parte en tan horrible atentado, y buscaba un medio de salvarle. «!Ay! decia, no le quiteis la vida ni derrameis su sangre; arrojadle mas bien en esta cisterna.» Estas palabras ocultaban sus ulteriores proyectos; porque intentaba sacar de allí secretamente á Joseph mas tarde y restituírsele á su padre. Al punto que llegó Joseph á donde estaban sus hermanos, se arrojaron sobre él, le despojaron de la túnica de los varios colores y le echaron en una cisterna ó pozo, el cual dichosamente para aquel estaba seco. Luego se sentaron tranquilamente à comer, excepto

Ruben, que sin probar bocado se separó de ellos, á meditar los medios de librar á su inocente hermano.

Apenas habia marchado, llegaban unos mercaderes Ismaelitas, montados sobre camellos, que venian de Galaad y pasaban á Egipto. Al verlos Judá, dijo á sus hermanos: «¿Que adelantaremos con matar á Joseph? Mas vale que sea vendido á los Ismaelitas, porque al fin es nuestro hermano.» Acercándose entonces los mercaderes, los hermanos de Joseph le sacaron de la cisterna y le vendieron á estos por treinta monedas de plata, mostrándose insensibles á las lágrimas y súplicas con que les rogaba tuviesen compasion de él. Los Ismaelitas le llevaron á Egipto.

Cuando Ruben á su vuelta supo lo que habia pasado, lloraba y se desahogaba en amargas quejas. Mas los otros hermanos, despues de haber muerto un cabrito, tiñeron con su sangre la túnica de Joseph, y se la enviaron á su padre, diciéndole: «Hemos hallado esta túnica: mirad si es la de vuestro hijo ó no.»

Jacob la reconoció al instante; y en el mayor desconsuelo y afliccion exclamó: «¡Es la túnica de mi hijo!: una fiera muy mala se lo comió, una bestia feroz devoró á Joseph!» Y estuvo llorando largo tiempo la muerte de su querido hijo, sin querer admitir ningun consuelo.

¡A qué crímenes tan horribles puede conducir la envidia!

18 Joseph esclavo de Putiphar.

Nunca debe desanimarse el hombre de bien, á pesar de que se vea obligado á abandonar su patria y vivir en pais extranjero. En todas partes Dios será su protector, quien no falta nunca á los que le aman.

Los mercaderes que habian comprado á Joseph y le condujeron á Egipto, le vendieron á un Señor llamado Putiphar, Capitan de Guardias de Pharaón. Joseph servia á su dueño con honradez y fidelidad, y experimentó la proteccion de Dios, que derramaba sobre él sus bendiciones y hacia le saliesen bien todas

sus empresas. Su amo Putiphar también le amaba, como á protegido del Señor; preferia sus servicios á los de todos los demas criados, y llegó á confiarle todo el cuidado y gobierno de su casa.

Pero nunca deja de haber malos en todas partes, de quienes siempre debemos precavernos mucho. Era Joseph un jóven muy hermoso; y la muger de Putiphar, de la cual se habia apoderado una vehemente inclinacion hácia él, quiso arrastrarle al pecado. Mas Joseph lo rehusó diciendo: «¿Cómo puedo yo hacer esa maldad y pecar contra mi Dios?» Ella, sin embargo, todos los dias le armaba lazos, que Joseph evitaba con constancia. Una vez que este se hallaba solo despachando los negocios, llegaron las importunaciones de aquella hasta asirle de la capa, que Joseph tuvo que dejar entre las manos de la misma y huir, para librarse del peligro.

Viéndose asi despreciada esta muger, concibió un odio violento contra Joseph; pues la amistad de los malos muy facilmente se convierte en la mas entraña-

ble enemistad. Dió voces, y acudiendo á ellas los criados: «¡Ved, les dijo, el hombre que ha metido en su casa mi marido: ha entrado á donde yo estaba, y me ha querido perder: yo he alzado mi voz, y á mis gritos ha soltado su capa y se ha escapado.» Despues quando su marido volvió á casa, le repitió la misma odiosa mentira; y en prueba de lo que se aventuraba á afirmar, le mostró la capa. Putiphar, encendido en cólera, mandó poner en la cárcel al inocente Joseph.

Reflexionad sobre esta historia, niños míos: tened siempre á la vista el excelente ejemplo que os dá el noble, el inocente, el valeroso Joseph. Cuando el malo quiere seducirle, acude á Dios. Huye la sociedad de aquellos que no están poseidos del temor santo de Dios; estima en mas su inocencia que todos los bienes de la tierra; ama la virtud por lo que es ella misma, y no por los bienes temporales que puede proporcionarle. Al contrario, por salvar su inocencia, pierde antes sus honores, los placeres y las ventajas del mundo, prefiriendo ser encerrado en un calabozo á pecar contra su Dios. ¿No es este un reelevante sacrificio? Obrad tambien vosotros así, quando la tentacion quisiere seduciros.

19. *La inocencia en la cárcel.*

Hé aquí, pues, á Joseph en el fondo de un calabozo entre malhechores. Pero aun allí, en aquella estancia, vela Dios por su inocencia y le protege, haciendo que el carcelero se le muestre favorable. Este le confió muy pronto el cuidado de todos los demás presos; y Joseph de este modo halló la ocasion de hacer mucho bien. Poco despues de su arresto, el Rey mandó encerrar en las mismas prisiones á dos de sus principales criados, que habian caido de su gracia: el uno era su copero mayor, y el otro su panadero mayor. Largo tiempo estuvieron allí arrestados.

Una mañana entrando Joseph en el calabozo donde estaban y viéndolos muy turbados, les preguntó con interés: «¿Porqué vuestro rostro está hoy mas triste que lo acostumbrado?» — «Hemos visto un sueño, respondieron, y no hay quien nos le interprete.» Joseph que sabia bien que el creer en interpretacio-

nes de sueños, es por lo comun una señal de supersticion, replicó: «¿Por ventura no es cosa de Dios la interpretacion? Contadme lo que habeis visto.»

El copero mayor entónces dijo: «Veia delante de mí una vid con tres sarmientos brotar poco á poco sus yemas, y despues de estar en flor madurarse las uvas; tenia en mi mano la copa de Pharaón, y tomando las uvas las exprimí en la copa, y se la serví á Pharaón.»

Joseph, á quien Dios habia concedido extraordinarios dones, le respondió: «Esta es la explicacion de tu sueño: al cabo de tres dias Pharaón se acordará de tí; te restituirá á tu antiguo grado, y le servirás la copa segun tu oficio, como antes acostumbrabas. Empero, acuérdate de mí, cuando tuvieres esta dicha; y haz misedicordia, insinuando al Rey que me saque de esta cárcel.»

El panadero mayor, oyendo la favorable explicacion de este sueño, dijo á su vez á Joseph: «En cuánto á mí, yo he soñado que llevaba tres canastillos de harina sobre mi cabeza; que en el mas

alto habia de toda clase de manjares de panadería, y que las aves comian de ellos.» Joseph le dijo: «Al cabo de tres dias Pharaón te mandará colgar, y las aves comerán tu carne.» Al tercer dia, que era el cumple años del Rey, se verificaron ambas predicciones: el panadero mayor fué colgado, y el copero restablecido en su empleo; el cual sin embargo olvidó en medio de su dicha la palabra que habia dado á Joseph, haciéndose así reo de ingratitud.

20 Elevacion de Joseph.—Año del mundo 2.289.—Antes de J. C. 1.715.

Dos años despues el Rey mismo tuvo un sueño. Le pareció que estaba cerca del río Nilo y veia salir del agua siete vacas gordas, las cuales pararon á parecer en un sitio pantanoso de la ribera: luego vió que salian otras siete muy flacas; y por fin observó que estas tragan á las siete gordas. Entónces el Rey se despertó. Mas pronto volvió á quedarse dormido; y vió todavía en sue-

ños siete espigas llenas y hermosas, cuya lozanía era devorada por otras tantas delgadas y secas. Estos sueños inquietaron vivamente al monarca.

Tan luego como amaneció, mandó juntar todos los sabios y adivinos de Egipto; pero ninguno de ellos supo explicarle lo que significaban sus sueños.

Entónces, por fin, el ingrato copero se acordó de Joseph, á quien habia dejado en la cárcel, y dijo al Rey: «Yo conozco un jóven hebreo, que cuando estábamos arrestados, nos explicó al panadero y á mí de una manera clara y precisa dos sueños notables.» Pharaón al punto mandó llamar á Joseph; y de su orden se le mudaron los vestidos y fué llevado á su presencia.

El Rey le dijo: «He tenido unos sueños, y no encuentro quien pueda explicármelos: he oido que tu los descifras con mucha sabiduría.» «Yo nada sé,» contestó modestamente Joseph; «Dios solo puede dar á Pharaón una respuesta favorable.» El Rey le refirió luego sus dos sueños, á saber: el de las vacas gor-

das y flacas, y el de las espigas llenas y delgadas.

Joseph dijo entónces: «Dios anuncia á Pharaón lo que va á hacer: las siete vacas hermosas y las siete espigas llenas designan siete años de abundancia; las siete vacas flacas y las siete espigas delgadas y secas significan siete años de hambre, que sucederán á los primeros y serán la causa de que se consuma y eche en olvido toda la abundancia pasada. Habrá una carestía general en el pais. Esto es lo que Dios ha resuelto, y su voluntad se cumplirá muy luego. Elija, pues, el Rey un hombre sabio é industrioso, que tome prontas medidas, para que la quinta parte de los frutos en los años de fertilidad se recoja en graneros, y haya de este modo con que vivir despues en los años de esterilidad y carestía.»

Agradaron mucho al Rey la interpretacion y el consejo, y dijo: «¿Por ventura podrémos hallar un varon como este, tan lleno del espíritu de Dios?» Y dirigiéndose á Joseph añadió. «Puesto que Dios te ha manifestado todo lo que has

hablado ¿acaso podré hallar otro mas sabio ni semejante á tí? Tu serás sobre mi casa, y al imperio de tu boca obedecerá mi pueblo: solo te precederá mi trono.» Y se quitó su anillo, y él mismo se lo puso á Joseph en el dedo: vistióle de ropas finísimas, colgóle al cuello un collar de oro, hizole montar en una carroza, la segunda despues de la suya; y por último mandó fuese proclamado como el Salvador de Egipto.

Niños míos, repasad en vuestra memoria la historia que acabo de contaros; y por ella quisiera comprendiéseis, como Dios hace que todo concurra al bien de aquellos que le aman. Tan cierto como Dios existe es, que siempre el hombre virtuoso llega á ser feliz sino en esta vida, por lo menos en la otra, en donde su dicha no tendrá fin. Y aun cuando en este destierro fuese constantemente víctima de la adversidad, sin embargo tendria menos todavía de que quejarse que el malo; porque le serviría de consuelo el testimonio de su buena conciencia, y no experimentaría el mas insoportable de todos los males, quiero decir: aquellos terribles remordimientos, que son la herencia del crimen.

21 Los hermanos de Joseph en la cárcel.

No tardaron en llegar los siete años de fertilidad profetizados por Joseph. En ellos se hicieron de su orden grandes acopios de trigo de reserva en los graneros del Rey; porque fué tan grande la abundancia que excedió sobre toda ponderacion. Llegaron, pero, despues los años de esterilidad; y entónces Joseph abrió los graneros y suministró pan al Egipto entero. De todas las provincias venian en tropas en busca de alimentos.

La carestía reinaba tambien en la tierra de Chanaán, y Jacob dijo á sus hijos: «Descended á Egipto y comprad trigo, para que no perezcamos de hambre.» Y partieron al momento diez, quedando solo con su padre el menor de todos Benjamin, que aun era de muy tierna edad, cuando Joseph fué vendido. Retúvole en su compañía Jacob diciendo: «No sea que padezca algun desastre en el camino;» temeroso de que no le sucediese

lo que á Joseph, á quien reputaba muerto por entónces.

Llegaron con felicidad á Egipto, y fueron llevados á la presencia de Joseph, ante quien, sin conocerle, se postraron respetuosamente hasta tocar al suelo con sus rostros. Joseph, empero, los conoció al punto que los vió; y no pudo menos de acordarse de los sueños de su juventud y de adorar los caminos milagrosos de la providencia.

Sin embargo, fingió no conocerlos y les dijo con severidad: «Vosotros sois espías.» — «No señor, respondieron ellos temblando: hemos venido á comprar alimentos, y no maquinamos mal alguno. Somos doce hermanos, hijos de un solo padre, el cual vive en la tierra de Chanaán: el menor ha quedado con su padre; el otro no existe ya» — «Esto es, replicó Joseph, lo mismo que ya he dicho: espías sois. Voy ahora á hacer la prueba con vosotros: por vida de Pharaón, que no saldreis de aquí hasta que venga vuestro hermano el mas pequeño. Vaya uno de vosotros á traerle, y los demas que-

dareis en prisiones miéntras tanto.» Y con esto mandó llevarlos á la cárcel. Los hermanos de Joseph en otro tiempo habian arrojado á este en una cisterna; y ahora seven á su vez ellos mismos encerrados en un calabozo.

Pero una alma noble no se venga jamas. Joseph, que solo queria corregir á sus hermanos, al cabo de tres dias mandó sacarlos de la cárcel; y vueltos á su presencia, les habló así: «Haced lo que os he dicho y vivereis; pues temo á Dios: si sois buenos, quede uno de vosotros atado en la cárcel; los demas marchad con los granos que habeis comprado á vuestras casas, y traedme á vuestro herimano el mas pequeño, para que pueda abonar vuestras palabras y no murais.»

No tuvieron mas remedio que someterse á esta decision, diciéndose los unos á los otros: «Justamente padecemos esto; porque pecamos contra nuestro hermano, al ver la angustia de su alma, cuando nos rogaba y no le oímos: por eso ha venido sobre nosotros esta tribula-

cion.» Tarde ó temprano siempre despierta la conciencia. No pensaban que Joseph pudiese comprenderles; porque hablaba por medio de intérprete; pero este, entendiendo lo que decian, se apartó un poco para dejar correr algunas lágrimas. La ternura de su corazón se sintió vivamente herida, tan pronto como notó en sus hermanos muestras de arrepentimiento. Sin embargo resolvió probarlos mas, hasta asegurarse de la sinceridad de sus sentimientos; y volviéndose hácia ellos mandó atar á Simeon. Despues secretamente ordenó á sus criados, que les entregasen el trigo que habian pedido, que pudiesen el dinero en los costales de cada uno y que ademas les proveyesen de víveres para el camino. Cuando todo estuvo pronto, cargaron los costales sobre sus asnos y tomaron la vuelta de su casa.

Habiendo llegado, dieron parte á su padre de todo lo que les habia sucedido; pero su asombro fué extraordinario, cuando al vaciar sus costales, cada uno encontró en el suyo su dinero. El anciano

padre, empero, no hallaba consuelo, y les decia: «¡Vosotros me habeis privado de mis hijos: Joseph no existe ya; Simeon queda en prisiones, y me quitareis á Benjamin! No irá, no, á Egipto; yo no puedo consentirlo.»

22. Viaje de Benjamin á Egipto.

Entre tanto la provision de trigo se iba acabando, por lo que Jacob importunaba á sus hijos á que volvieran á Egipto por mas grano. Pero Judá le dijo: «No podemos volver á presentarnos delante del Señor que allí manda, sino llevando con nosotros á nuestro hermano Benjamin. Entregádmele, que yo respondo de él.» Para Jacob era este un sacrificio muy costoso; mas apremiado por la necesidad, cedió al fin diciendo: «Tomadle, pues, ya que es necesario. Tomad tambien de nuestros mejores frutos, y haced un regalo á aquel Señor. Llevad al mismo tiempo doble cantidad de dinero, y juntad al que habeis hallado en los costales; pues quizá se os devolvería por error.

Y quiera mi Dios todopoderoso que aquel hombre se os muestre favorable, y remita con vosotros á vuestro hermano que tiene en su poder y á este mi querido Benjamin. En vuestra ausencia estaré como despojado de mis hijos.»

¡ De qué amor tan grande está lleno el corazón de un padre. ¡

Los hermanos de Joseph hicieron felizmente su segundo viaje á Egipto en compañía del jóven Benjamin y con todos sus regalos. Sabedor Joseph de su llegada y de que tambien venia Benjamin, mandó á su mayordomo preparase un banquete para obsequiarlos. Este los introdujo en casa; y ellos que venian impacientes por manifestar lo que les habia ocurrido en el viaje anterior, le contaron como habian hallado cada uno su dinero en el fondo de sus costales. Pero el mayordomo procuró tranquilizarlos, diciéndoles que nada temiesen por eso; les presentó su hermano Simeon; les dió pienso para sus jumentos, y les

anunció que estaban convidados á comer con su mismo amo.

Ellos, miéntras se presentaba Joseph, prepararon los regalos; y cuando se dejó ver, se los ofrecieron postrados en el suelo. Joseph los saludó con todo afecto, y les preguntó: «¿Está bueno vuestro padre anciano? vive todavía?» A cuya pregunta respondieron: «Está bueno vuestro siervo nuestro padre; aun vive.» Y Joseph mirando á Benjamin, dijo: «¿Es este vuestro hermano el menor? Dios tenga misericordia de tí, hijo mio». . . . Pero no pudo continuar; pues sus entrañas se conmovieron, y le saltaban las lágrimas á causa del tierno amor que profesaba á Benjamin: de suerte que tuvo que salir y retirarse á su cuarto, para dejarlas correr mas libremente.

Allí se desahogó su corazón; y cuando pudo serenarse y enjugó sus ojos, volvió al lado de sus hermanos. Hízolos sentar á la mesa por el orden de su edad á cada uno, de lo que ellos no pudieron ménos de admirarse, y mandó traer la comida. Servia á todos, haciéndoles pla-

to; pero daba siempre á Benjamin una porcion cinco veces mayor que á los otros hermanos. De este modo comieron y bebieron alegremente.

23. *La copa de plata de Joseph.*

Joseph, resuelto todavía á someter á una fuerte prueba á sus hermanos, á fin de asegurarse de su sincero arrepentimiento, mandó venir á su mayordomo y le habló así: «Llena de trigo los costales de esos hombres cuanto pueden caber; pon el dinero de cada uno en la boca de los sacos, y mete ademas en el del menor mi copa de plata.» Todo fué así ejecutado; y al dia siguiente, apenas rayó la aurora, emprendieron su marcha los once hermanos. Cuando iban á alguna distancia de la Ciudad, despachó Joseph al mayordomo en su seguimiento, con encargo de reconvenirlos severamente por la falta de la copa.

Este, dándose prisa á cumplir las órdenes de su amo, alcanzó muy pronto á los viajeros y les dijo: «La copa que

habeis hurtado, es la misma en que bebe mi amo: habeis hecho una accion malísima.» Sorprendidos todos de semejante reconvencion, exclamaron: «¡Era posible! ¡Nosotros habíamos de comer accion tan vil! Muera aquel de nosotros, en cuyo poder se hallare la copa, y los demas serémos esclavos de tu Señor.» Y al punto derribando sus costales en tierra, abrió cada uno el suyo; pues su conciencia estaba tranquila, y nada tenian por que temer. El mayordomo fué reconociéndolos desde el del mayor hasta el del mas pequeño, y halló la copa en el costal de Benjamin. Todos quedaron aterrados y confusos, y volvieron al momento á la presencia de Joseph.

«¿Por qué habeis querido portaros de esa manera?» les dijo este apenas llegaron á su presencia. — «¿Qué podemos, Señor, responderos? contestó Judá: Dios ha hallado nuestra iniquidad. Vednos aquí: aquel en cuyo poder se ha encontrado la copa y todos los demas esclavos vuestros somos.» Joseph le respon-

dió: «No permita Dios que yo obre así: el que ha hurtado mi copa, ese será mi esclavo; y vosotros marchad libres al lado de vuestro padre.»

Judá acercándose entónces mas á Joseph le dijo así: «Vos, Señor, que sois igual al Rey, dignaos escuchar á vuestro siervo. Vos nos habeis mandado traer á nuestro hermano menor: mi padre lo ha permitido á pesar suyo; pues tiene su vida colgada de la de este. Yo he respondido de restituírsele: yo pues me quedaré en su lugar por vuestro esclavo, y dejad que vaya él con sus hermanos; porque no puedo yo sin Benjamin presentarme delante de mi padre, por no ser testigo del dolor que ha de oprimirle.»

La conducta de Judá fué noble y generosa.

*24. Joseph se dá á conocer á sus
hermanos.*

No pudo por mas tiempo reprimirse Joseph; y haciendo salir á los Egipcios

que le rodeaban, se manifestó entre sollozos á sus hermanos diciendo: «Yo soy Joseph, vuestro hermano: ¿vive mi padre todavía?» Pero sus hermanos, sobreogidos de mayor espanto y de un nuevo temor, no acertaban á decir una palabra. Todo el mal, que habian causado á Joseph, vino á representárseles en su memoria y oprimió duramente su corazon. Mas su hermano, al verlos tan turbados, les dijo con mayor ternura: «Venid, acercaos á mí: yo soy Joseph vuestro hermano, á quien vendísteis para que me condujesen á Egipto. No os asustéis: por vuestro bien me ha enviado Dios á este pais, para preservaros del hambre y de la muerte; por eso Dios me ha hecho como padre de Pharaón y príncipe de todo Egipto. Id, apresuraos á decir á mi padre:—Dios me ha hecho dueño de toda la tierra de Egipto: desciende á mí, no te detengas; y habitarás la tierra de Gesen, y estarás cerca de mí con toda tu familia, y allí te alimentaré; porque aun restan cinco años de hambre. Daos priesa, volved pronto, traed

á mi padre.» Y se dejó caer sobre el cuello de Benjamin llorando, y Benjamin lloraba tambien. Despues abrazó á los demas hermanos regándolos con sus lágrimas.

¡Oh mis queridos niños! Quien no exclamará de lo íntimo de su corazón, levantando al cielo humedecidos sus ojos: Cuan grande es, oh Dios, vuestra bondad y qué admirables son vuestros designios.

25 Gozo del anciano Jacob.

Su traslacion á Egipto.—Año del M. 2.289.—Antes de J. C. 1.715.

Divulgóse la nueva de que Joseph habia hallado á sus hermanos, y llegó luego á los oidos del Rey. Pharaón y toda su familia sintieron por ello grande gozo, y el mismo Rey envió su propio carruage, para traer al padre de Joseph con toda su casa. Joseph regaló dos vestidos á cada uno de sus hermanos, y á Benjamin cinco muy preciosos y trescientas monedas de plata. Igual cantidad de monedas y otros tantos vestidos en-

vió á su padre, y ademas diez borricos cargados de todo género de riquezas de Egipto y diez borricas que llevaban trigo y víveres para el camino. Y con esto despidió á sus hermanos, diciéndoles cuando partian: «No riñais en el camino.»

Apenas vieron estos á su padre, que ya les esperaba inquieto y afligido, diéronle la nueva diciendo: «Vuestro hijo Joseph vive, y él es el que manda en toda la tierra de Egipto.» Oíalos Jacob como si despertara de un sueño, sin resolverse á creer tan placentera noticia; pero la llegada del carro del Rey y los magníficos regalos de Joseph pudieron vencerle, y dijo entónces: «Bástame, si mi hijo Joseph vive todavía, iré á verle ántes de mi muerte.»

Despues que el piadoso anciano se puso en camino, levantando su corazón á Dios, le ofreció un sacrificio en los límites de la tierra de Chanaán; y el Señor que se le apareció en sueños por la noche, le dijo: «No temas Jacob, vete á Egipto; y allí tu descendencia llegará á ser

un gran pueblo. Yo le protegeré, y sabré sacarle de aquel Reino.» Y era conducido á Egipto con toda su familia y sus bienes en los carros que el Rey habia enviado. Antes de llegar, se adelantó Judá para anunciar á Joseph que ya venia su padre. Joseph salió á recibirle; y cuando le vió, saltó de su carro y corrió á abrazarle todo alborozado. Jacob recibéndole entre sus brazos y estrechándole tiernamente, le dijo al mismo tiempo transportado y con dulces lágrimas en los ojos: «Ya moriré contento; porque he visto tu rostro y te dejo vivo.»

Joseph, á pesar de su elevacion, no solo no se avergonzó de su padre, sino que él mismo le llevó á la presencia del Rey. Este experimentó un singular placer viendo al padre de un hijo tan piadoso, y le señaló para su residencia la provincia mas fértil de Egipto, la tierra de Gesen. Allí se estableció Jacob con su familia, y Joseph provveyó abundantemente á todas sus necesidades.

Aprended de Joseph, niños míos, à amar à vuestros padres.

26 Muerte de Jacob y de Joseph.

Jacob llegó à la edad de ciento cuarenta y siete años. Al acercarse su muerte, hizo llamar à su hijo Joseph, quien se presentó al momento à su anciano padre llevando consigo sus dos hijos, Manases y Ephrain. Jacob, cuya vida se acababa por instantes, se incorporó en su lecho; y abrazando y besando à los dos niños les echó su bendicion, diciendo luego à Joseph: «Ya ves que me estoy muriendo; pero Dios será con vosotros y os restituirá à la tierra de vuestros padres. Te doy en herencia sobre todos los hermanos la tierra de Sichen.»

Despues hizo venir à los demas hijos, y dió à todos su bendicion, diciendo en particular à Judá: «No será quitado de Judá el cetro ni de su descendencia el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y él será la expectacion de las gentes.»

Finalmente, dirigiéndose á todos sus hijos les dijo. «Enterradme en la caverna doble en la tierra de Chanaán.» Y dejándose caer sobre su lecho, dió su último suspiro.

Cuando Joseph vió que su padre estaba muerto, echóse sobre su rostro y le besaba bañándole con sus lagrimas. Despues llevó á enterrar el cadáver á la tierra de Chanaán, conforme el mismo Jacob lo habia mandado.

Los niños virtuosos aman á sus padres hasta la muerte; y aun despues cumplen todavía con su voluntad.

Habiendo cumplido Joseph ciento diez años y conociendo se aproximaba su fin, dijo á sus hermanos: «Despues de mi muerte Dios os visitará, y os hará subir de esta tierra al pais que prometió con juramento á Abraham, á Isaac y á Jacob.....Llevad mis huesos con vosotros de este lugar.» Y murió lleno de fé y de confianza en las promesas del Altísimo. Su muerte fue dulce y tranquila, y muy sentida y llorada su pérdida.

Aquí, al lado del sepulcro de Joseph, resolveos, queridos míos, á vivir conformes, como él, con la voluntad del Señor, á fin de que algun dia logreis el consuelo de morir tambien con gozo y confianza en Dios.

27 Moyses sobre las aguas.

Año del M. 1433. Antes de J. C. 1.571.

Los descendientes de Jacob poco á poco llegaron á formar un gran pueblo. Se llamaron Israelitas del nombre que el Angel habia dado al santo patriarca Jacob en aquella misteriosa lucha que tuvo que sostener contra él; y se dividieron en doce tribus, cada una de las cuales tomó su nombre de uno de los hijos de Jacob.

Muerto el viejo Pharaón, mas adelante otro nuevo Rey, que nada sabia de Joseph ni se acordaba de sus eminentes servicios, temiendo al pueblo de Israel, porque se aumentaba y cobraba mayores fuerzas de dia en dia, resolvió acabarle con todo género de malos tratamientos. Afligió á los pobres Israelitas con los

mas gravosos impuestos, obligándoles con dureza y crueldad á trabajar en las obras públicas y haciéndoles sufrir la opresion mas insoportable. Pero cuanto mas los oprimian, tanto mas se multiplicaban y crecian; lo cual visto por el Rey, mandó á las comadres de las mugeres hebreas, que ahogasen todos los niños varones que naciesen de éstas. Mas como tan bárbaro mandato no fuese cumplido por las comadres, publicó una órden general, para que todos los niños varones hebreos segun iban naciendo fueran arrojados al río.

Por este tiempo un matrimonio, que se distinguió por su piedad en el pueblo de Dios, tuvo un hijo. Su madre Jocabed, viéndole muy hermoso, movida de su maternal amor, le guardó escondido por tres meses á las pesquisas de los encargados de ejecutar el edicto de exterminio. Pero no pudiendo ocultarle ya mas tiempo, metió al niño en una cesti-lla de junco bien calafeteada con betun y pez; y le abandonó al cuidado de la providencia en una junquera á orillas del

Nilo, quedando una hermana del mismo niño á lo léjos en observacion del paradero del depósito. Dios, que vela sobre la inocencia, quiso que no mucho despues bajase hácia el rio á bañarse la hija del Rey Pharaón y advirtiese luego la cesti-lla. Movida de curiosidad, mandó á sus criadas que se la trajesen; y abriéndola y viendo en ella un niño llorando, dijo compadecida: «De los niños de los Hebreos es este.»

Animóse entónces la hermana del niño, y acercándose preguntó á la hija del Rey: «¿Quereis que vaya á llamar una muger hebrea que pueda criar al niño?» «Anda» respondió la hija de Pharaon. Y fué la hermana del niño y llamó á su propia madre. Cuando esta llegó, le dijo la hija de Pharaón: «Toma este niño y criamele: yo te daré tu salario.»

¡ Con qué ternura y gozo aquella madre tomaria en sus brazos á su propio hijo que el cielo le restituia! Por sus cuidados llegó á ser un niño ya crecido; y entónces la hija del Rey le adoptó como hijo suyo y le puso por nombre

Moysés, que quiere decir: *libertado de las aguas*.

Así Dios, en medio de su bondad, vela también sobre los niños y sabe desbaratar los proyectos de los malos, para cumplir sus adorables designios.

28 Moysés cerca del pozo.

Cuando Moysés llegó á ser adulto, la miseria de los Israelitas afectó su corazón profundamente. Quiso mas sufrir con el pueblo de Dios, que participar con los impíos de todos los tesoros del Egipto; y poniendo toda su confianza en el Señor, tomó con valor la defensa de sus hermanos oprimidos. Viendo un dia que un egipcio ultrajaba á un israelita, sin poder contener su indignacion se echó sobre el opresor y le quitó la vida; pero temeroso de las consecuencias de esta muerte, que le atrajo la indignacion del Rey, tuvo que huir de Egipto. Dios, empero, no abandonó al que habia demostrado tan nobles sentimientos.

En su fuga Moysés llegó á la tierra de

Madian, y fatigado de cansancio se sentó al lado de un pozo. Vivía en aquel país un piadoso Sacerdote, llamado Ragüel, el cual tenía siete hijas que cuidaban los rebaños de su padre; y á la sazón los trajeron hácia el pozo para darles de beber. No bien llenaron de agua los pesebres, cuando llegaron otros pastores y trataban de echar á las jóvenes de allí; pero Moysés levantándose entónces, las defendió de tan grosero atentado y dió de beber á sus rebaños.

Al volver á casa las doncellas, contaron á su padre la aventura, el cual les dijo: «¿En donde está? por qué dejásteis ir á ese hombre? Llamadle, para que tome alimento.» Y salieron en busca de Moysés, y le llevaron á casa de su padre. Este le instó á que se quedase en su compañía; y Moysés no solo aceptó, sino que se casó también con una de las hijas de Regüel, llamada Séphora.

29 *La zarza ardiendo.*

Apacentaba Moysés las ovejas de su

suegro Jethro, (que tambien asi se llamaba Ragüel); y un dia habiendo llevado el ganado á lo interior del desierto, vió en el monte Horeb ardiendo una zarza, la que sin embargo no se quemaba. Admirado del portento, determinó acercarse mas; pero oyó una voz que salia de en medio de la zarza y le decia: «Moysés! Moysés!» — «Aquí estoy» respondió Moysés. Y la voz misteriosa continuó: «No te acerques acá: desata el calzado de tus pies; porque el lugar en que estás, tierra santa es. Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob.» Moyses, movido entónces de un santo respeto, se cubrió su rostro; porque no se atrevia á mirar hácia Dios. Y el Señor continuó todavía: «He visto la afliccion de mi pueblo en Egipto y he oido sus clamores por la dureza de los sobrestantes de las obras; y conociendo su dolor, he descendido para librarle de las manos de los Egipcios y sacarle de aquel pais á una tierra fertil y espaciosa, que mana leche y miel, á la tierra de Chanaán. Ven, Yo te

enviaré á Pharaón, para que saques á mi pueblo de Egipto.»

Obedeció Moysés las órdenes de Dios con sumision y humildad; y separándose de Jethro, tomó su vara ó cayado y partió para Egipto.

En el desierto encontró á su hermano Aaron, y le comunicó los grandes designios de Dios. Luego que llegaron á Egipto ambos, congregaron los ancianos del pueblo de Israel; Aaron les repitió todas las palabras del Altísimo, y Moysés hizo prodigios en presencia de los mismos comprobando de este modo la verdad de cuanto su hermano hablaba. Todo el pueblo creyó en ellos, y postrado adoró al Señor.

30. *Milagros en Egipto.*

Despues, los dos ancianos Moysés y Aaron se presentaron al Rey Pharaón, y le anunciaron las órdenes de Dios en estos términos: «Esto dice el Señor, Dios de Israel:—Deja ir á mi pueblo, para que me ofrezca sacrificio en el desierto.» El

Rey respondió con altivez: «¿Quién es el Señor, para que obedezca á su voz y deje salir á Israel? No conozco al Señor, y no dejaré salir á Israel.»

Moysés, para convencer á Pharaón de que era verdaderamente enviado de Dios, hizo en su presencia muchos milagros. Echó su vara al suelo, y al punto se convirtió en serpiente. Los Magos de Egipto á instancia del Rey echaron también al suelo sus varas, y también se volvieron serpientes; mas fueron tragadas inmediatamente por la vara de Moysés. Pharaón, sin embargo, no se dejó persuadir ni ablandó nada: al contrario, endurecido mas y mas, gravó al pueblo de Israel con cargas mayores y mas pesadas todavía.

Moysés á vista de Pharaón tocó al Nilo con su vara; y el agua del río se convirtió en sangre, los peces murieron y nadie podia beber de aquella agua. Pero tampoco así el corazón de Pharaón se dejó ablandar.

Entónces, por la voluntad de Dios todo el Egipto se llenó de mosquitos

y moscas muy incómodas, de ranas, de langosta y otros insectos, que penetraban en abundancia en todas las casas, sin perdonar al palacio del mismo Rey, y causaban grande daño y un tormento continuado. Una enfermedad epidémica acabó con el ganado. Negras úlceras cubrieron á los hombres y tambien á las bestias. Una tempestad espantosa, mezclada de granizo y lluvia de fuego, asoló todos los campos. Todas las plantas se secaron; los hombres y el ganado perecian.

En una palabra, diez plagas se sucedieron sin intermision una despues de otra y cada vez mas terribles, siendo notabilísima circunstancia que solo causaron daño á los Egipcios, y ninguna incomodidad sintieron los Israelitas. Pero el corazon del Rey siempre seguia endurecido, ó por lo menos, sí alguna vez se dejó ablandar, era solo mientras duraba la calamidad; pues tan pronto cómo por las oraciones de Moysés cesaba el azote, se retractaba de sus palabras y no cumplia sus promesas.

Dios, empero, lo habia resuelto; y en

vano se empeñaba el Rey Pharaón en oponerse á la salida de los Hebreos de Egipto.

¡ Quien es el hombre, para atreverse contra un Dios todopoderoso !

31. Institucion de la Pascua y salida de los Israelitas de Egipto. Año del mundo 2513.—Antes de J. C. 1491.

Moysés y Aaron parecieron por la última vez á la presencia de Pharaón y le anunciaron: « Esto dice el Señor:—A media noche saldré por Egipto; y morirá todo primogénito en tierra de los Egipcios, desde el de Pharaón que se sienta en su trono, hasta el de la esclava que dá vueltas á la tahona, y todos los de las bestias; y habrá grande clamor en toda la tierra de Egipto, cual nunca hubo ni habrá despues. Mas entre todos los hijos de Israel, desde el hombre hasta la bestia, ni un perro siquiera latirá, para que entendais con cuan grande milagro distingue el Señor á los Egipcios y á Israel. —Entónces,

prosiguíó Moysés, se humillaran ante mí todos vuestros siervos y postrados me instarán diciendo: sal tú y todo el pueblo que te está sometido. Despues de esto saldremos.» Sin embargo, el corazon de Pharaón perseveró endurecido.

El Señor, ántes que se verificase esta última amenaza, con prevision paternal dispuso que todo el pueblo de Israel celebrase la Pascua. Para esto ordenó á Moysés y Aaron dijesen á toda la congregacion de los hijos de Israel, que el dia décimo del mes (1) tomase cada padre de familia un cordero macho, de un año y sin mancha alguna, y guardándole hasta el catorce, fuese inmolado este dia por la tarde: que con su sangre señalasen sobre los dos postes y el dintel de la puerta las casas en que habia de comerse; y finalmente que todas las familias, y si cada una no era bastante numerosa para comer un cordero, juntándose de la inmediata el número de personas suficiente al efecto, le co-

(1) Se llamaba *Nisán* ó *Abid*, y empezaba en el equinoccio de la primavera.

miesen por la noche asado y no de otro modo, con pan ácimo y lechugas silvestres, apresuradamente, con los baculos en las manos, ceñidos y dispuestos á partir. Debía comerse todo sin reservar nada; y si algo sobraba, era preciso quemarlo. De esta manera mandó Dios á los Israelitas celebrar la Phase, ó el tránsito del Señor, ó lo que es lo mismo la Pascua; y quiso que todos los años en adelante comiesen el cordero pascual en igual dia, consagrándole como festivo y solemne en memoria del gran beneficio que iba á dispensarles, libertándolos primero del ángel exterminador y despues de la esclavitud de los Egipcios.

Moysés y Aaron hicieron saber al pueblo las órdenes de Dios; y el pueblo adorando con respeto la providencia del Altísimo, celebró el banquete pascual bajo el rito que se le acababa de prescribir. Y estando todos dentro de sus casas, pues se les habia prohibido salir hasta la mañana, pasó á media noche el Angel exterminador hiriendo con muerte repentina á todos los primogénitos de Egipto,

desde el de Pharaón hasta el de la mas vil esclava y sin perdonar ni aun á los de las bestias; pero á nadie tocó en las casas de los Israelitas, quienes fueron preservados de esta calamidad en virtud de la sangre del cordero con que estaban señaladas sus puertas, indicando al Angel que allí no debía penetrar. Despertóse Pharaón sobresaltado y aterrado con todo el pueblo de Egipto. No se oia por todas partes sino el clamor de la desolacion; porque no habia casa donde no hubiese un muerto. De noche todavía, llamando el Rey á Moysés y Aaron: «Levantaos, les dijo, y salid de mi pueblo vosotros y los hijos de Israel: id, sacrificad al Señor, como decís; llevad vuestras ovejas y ganados, como lo habeis demandado, y al partiros bendecidme.»

Y los Egipcios estrechaban á los Israelitas á que se marchasen pronto; y tanta fue la priesa y precipitacion con que salieron, que no pudiendo aguardar á que fermentase la harina que tenian amasada con el fin de cocer pan para el viaje, hubieron de llevarse las masas sin levantar.

Así se salieron de Egipto, sin olvidar empero, en medio de su precipitacion los huesos de Joseph, que llevaron consigo para depositarlos donde el mismo lo habia ordenado.

32. *Destruccion de los Egipcios en el paso del mar Rojo.*

Por medio de tantos y tan estupendos prodigios quiso Dios sacar á los Israelitas de Egipto. Cuando salieron ascendia su número á cerca de seiscientos mil hombres sin contar las mugeres ni los niños. Una nube maravillosa, de dia oscura y de noche clara y resplandeciente, iba delante de ellos en forma de columna, enseñándoles el camino. Guióles á un valle inmediato al mar Rojo; y allí acamparon entre dos montañas.

Pharaón, entre tanto, arrepentido ya de haber dejado escapar á los Israelitas, salió inmediatamente en su persecucion al frente de un numeroso ejército, y á marchas forzadas logró alcanzarlos en el valle donde habian establecido su campamento.

Era de noche; y los Israelitas se veían cerrados por todas partes. Por delante el mar se presentaba á su vista, escarpadas peñas á la derecha y á la izquierda y el enemigo á retaguardia. El miedo y el terror los tenían consternados; pero Moisés los animaba diciéndoles: «No temais; el Señor combatirá por vosotros.» Y estendiendo su vara sobre el mar en nombre del Todopoderoso, las aguas se separaron al un lado y al otro, y un viento cálido secó el fondo que antes ocupaban. Los Israelitas entraron por el nuevo camino que se abría delante de ellos; y teniendo las aguas á derecha é izquierda levantadas como murallas, pasaron sin mojarse á otra orilla.

Pharaón con todo su ejército, caballería y carros armados, penetró también persiguiéndolos por medio del mar. Pero el Señor desde la nube milagrosa despidiendo rayos con truenos y relámpagos, desbarataba á los Egipcios: las ruedas de sus carros se quebraron; y cuando aterrados quisieron huir, juntándose las aguas al contacto de la vara de Moisés, cor-

taron su retirada y fueron todos tragados por las olas, sin que uno solo siquiera se salvára de tan espantoso desastre.

33 Milagros en el desierto.

Despues de haber pasado tan felizmente el mar Rojo, Moysés y todos los Israelitas entonaron un magnífico cántico en acción de gracias al Señor por el gran prodigio que acababa de obrar, para librarlos de sus enemigos.

Así debemos, niños míos, manifestar à Dios nuestro reconocimiento por tantos beneficios con que no cesa de colmarnos.

Cumplido este piadoso deber, continuaron su camino y llegaron al desierto de Sur, que era una soledad inmensa absolutamente esteril é inculta. Pronto faltaron los viveres, y el hambre se dejaba sentir. ¿Como, empero, hallar alimento allí para tanta gente? Dios que hasta entónces les habia asistido de una manera tan milagrosa, vino tambien ahora en su socorro.

Por la mañana al levantarse, advirtieron la tierra cubierta de una cama de rocío blanco como la nieve: efecto sorprendente producido por una multitud innumerable de granitos blancos, que tenían un sabor como de pan amasado con miel. ¿«Que es esto?» se preguntaban unos á otros los hijos de Israel, llenos de admiración. «Este es el pan, les dijo Moysés, que el Señor os ha dado para comer.» Recogieronle unos mas, otros menos; y sin embargo ninguno tuvo mas que lo necesario para su alimento. Algunos, contra las órdenes de Dios, quisieron guardarle para el dia siguiente; pero se llenó todo de gusanos. A este alimento, que no dejó de enviarles Dios todas las mañanas, excepto los sábados, mientras peregrinaron por el desierto, dieron los Israelitas el nombre de MANÁ. (1)

¿El pan de que nos alimentamos todos los dias, no se aumenta tambien de una manera tan admirable, y no le debemos igualmente à la bondad divina?

(1) De una palabra hebrea, *Manhu*, que quiere decir: ¿que es esto?

En otro lugar del desierto llegó á faltarles el agua. Acudían á todos lados en su busca; y no pudiendo encontrar ni una gota, perecían de sed. Comenzaban ya á oírse quejas contra Moysés. Compadeciósese el Señor sin embargo; y de su órden Moysés hirió con su vara á una peña delante de los ancianos de Israel, y brotó al punto un abundante manantial de agua pura, en donde lograron todos apagar su sed.

34. *Mandamientos de Dios é infidelidad del pueblo.*—Año del M. 2513.

Antes de J. C. 1491.

Los Israelitas, continuando su marcha por el desierto, llegaron al pie del monte Sináí. Moysés subió á la cumbre, en donde le habló Dios y le mandó que al tercer dia, cuando se oyese el sonido de las trompetas, todo el pueblo se juntase al pie de la montaña, preparándose en los dos dias anteriores como para la celebracion de una gran festividad. Efectivamente lavó todo el pueblo sus vestiduras, como

se le habia ordenado, y se dispuso para celebrar un dia augusto y santo.

Llegado el dia tercero, desde la mañana comenzaron á oirse truenos y á relucir los relámpagos; cubrióse el monte de una muy densa nube, y las trompetas resonaban con vehemencia. Absorto el pueblo estaba atemorizado en sus Reales. Hízole salir Moysés del campamento para llevarle á la presencia de Dios, y le condujo hasta el pie del monte, que humeaba, parecia todo encendido y tenia un aspecto terrible. El sonido de las trompetas crecia poco á poco y se trasmitia cada vez á mayor distancia.

De repente hubo un profundo silencio; y se oyó distintamente en el centro de la nube la voz de Dios que dijo así:

I. Yo soy el Señor Dios tuyo, que te he sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre. No tendrás otros dioses delante de mí. No harás para tí imagen de escultura ni figura alguna de las cosas que hay arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni de las que hay en las aguas debajo de la tierra. No las adorá-

rás ni rendirás culto. Yo soy el Señor Dios tuyo, el fuerte, el celoso, que visito la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generacion de aquellos que me aborrecen; y que hago misericordia sobre millares *de generaciones* con los que me aman y guardan mis mandamientos.

II. No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano; porque no dejará el Señor sin castigo al que tomare en vano el nombre del Señor su Dios.

III. Acuérdate de santificar el dia del Sábado. Los seis dias trabajarás y harás todas tus labores; mas el sétimo dia Sábado es el del Señor tu Dios. No harás obra ninguna en él, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas. Por cuanto en seis dias hizo el Señor el cielo y la tierra y el mar y todo lo que hay en ellos, y reposó en el sétimo dia; por eso bendijo el Señor al dia de Sábado y le santificó.

IV. Honra á tu padre y á tu madre, para que seas de larga vida sobre la tier-

ra, que el Señor tu Dios te dará.

V. No matarás.

VI. No fornicarás.

VII. No hurtarás.

VIII. No dirás contra tu prójimo falso testimonio.

IX y X. No codiciarás la casa de tu prójimo, ni su muger, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de las que le son propias.»

El pueblo estaba extático é inmóvil, temblando y lleno de un santo temor, y al fin exclamó: «Harémos todo como el Señor ha hablado.»

Los mandamientos de Dios son para los hombres el camino que los guía á la perfeccion y á la felicidad. Observémostos fielmente por toda nuestra vida.

Despues subió Moysés segunda vez al monte Sinaí, y allí estuvo hablando con Dios por espacio de cuarenta dias y cuarenta noches, sin comer ni beber. Al fin de ellos bajó con los diez mandamientos, escritos por el dedo del mismo Dios sobre dos tablas de piedra; pero halló una

grande abominacion. El pueblo, olvidando ingrato tantos y tan señalados beneficios como habia recibido del Señor, habia erigido un becerro de oro y le tributaba culto, como si hubiera sido su Dios. Viendo esta maldad Moysés, hizo pedazos las tablas de la ley que traia en las manos: destruyó el becerro de oro, que reducido á polvo y echado en agua dió á beber á la multitud; y castigó el delito con muerte de veinte y tres mil Israelitas.

Luego alcanzó del Señor que perdonára al pueblo su pecado de ingratitud é idolatria; y volvió á subir al monte Sináí. Permaneció sobre el monte otros cuarenta dias y cuarenta noches como antes, sin comer ni beber, conversando con Dios; despues de cuyo término bajó otra vez con los diez mandamientos nuevamente escritos por el dedo del Señor sobre otras dos tablas de piedra. Los Israelitas esta vez no se atrevian á acercársele; porque su rostro despedia un extraordinario resplandor. Moysés comprendiendo el motivo, se cu-

brió su rostro en adelante, para no deslumbrarlos, con un velo, y que solo quitaba al hablar con Dios.

Las tablas de la ley fueron puestas y guardadas en el Arca del Testamento ó Alianza, la cual se colocaba en el centro del Tabernáculo. El Arca era de madera, de forma cuadrada, guarnecida toda de oro y estaba cubierta con dos querubines del mismo metal. El Tabernáculo era un Templo portatil, compuesto de distintas piezas, para que pudiese ser trasportado en las marchas de los Israelitas por el desierto. Ambas cosas mandó fabricar Moysés segun las órdenes y el diseño que el mismo Dios habia dispuesto.

En este Templo tributaban los Israelitas el culto al verdadero Dios conforme á sus prescripciones. Aaron fue consagrado Sumo Sacerdote, y toda la Tribu de Leví dedicada al ministerio del Tabernáculo.

Tampoco en adelante se mostraron los Israelitas muy agradecidos á los inmensos favores que el Señor les dispensaba. Muchas veces, cuando todo no les salía á medida de sus deseos, se rebela-

ron contra Moysés y blasfemaron del nombre de Dios. Antes de llegar á la tierra de promision, habiendo sido enviados doce hombres á explorarla, á su vuelta los mas de ellos esparcieron voces alarmantes y mentiras sin número entre el pueblo, pretendiendo persuadirle, era llevado á su destruccion, si se trataba de hacerle ocupar aquella tierra. Los Israelitas dando mas fé á estos falsos rumores que á las palabras del Señor, se sublevaron en general, murmurando contra Moysés y Aaron y pidiendo con sediciosos gritos la vuelta á Egipto.

De este modo se hicieron reos de un gran pecado. Para expiarle los sediciosos todos fueron condenados á morir y el pueblo entero á andar errante cuarenta años en el desierto. Y en efecto, perecieron todos los descontentos y de los doce exploradores Josué y Caleb solos, que no fueron promovedores de murmuraciones como los otros diez y sirvieron siempre bien á Dios, lograron entrar en la tierra prometida despues de cuarenta años de peregrinacion por

el desierto desde la salida de Egipto.

35. Muerte de Moysés—Año del M. 2553. —Antes de J. C. 1851.

No era tampoco Moysés del número de los que debían entrar en la tierra prometida, en castigo de haber faltado una sola vez á la confianza en Dios. La mas ligera falta desagrada tanto al Señor.

Contaba ciento veinte años de edad; y antes de morir, habiendo congregado á todos los hijos de Israel, como un padre moribundo, les dirigió su á Dios postero y últimas exhortaciones.

«Ved, les dijo, que yo muero en esta tierra y no pasaré el Jordan: vosotros le pasareis y poseereis una tierra excelente.» Les amonestó á que fuesen siempre fieles á aquel Dios que les habia dispensado tantas bondades y habia obrado en su favor tantos prodigios; á que le amasen, escuchasen su voz y cumpliesen sus preceptos; y les hizo una promesa consoladora con estas palabras.» El Señor Dios tuyo levantará para tí de tu nacion

y de entre tus hermanos un Profeta como yo: á él le oiras.....pues el Señor me dijo—Levantaré para ellos un Profeta de en medio de sus hermanos, semejante á tí, y pondré mis palabras en su boca, y les hablará todo lo que Yo le mandáre. El que no quisiere oír sus palabras, que hablará en mi nombre, experimentará mi venganza.»

Mas adelante verémos cuan importante es esta promesa, y sabrémos en quien fue cumplida.

Moysés luego, fiel á las órdenes de Dios, impuso sus manos á Josué, presentándole al pueblo como caudillo, al cual en lo sucesivo debia obedecer.

Y finalmente subió al monte Nebo, desde cuya altura, apareciéndosele el Señor, le mostró la tierra de Chanaán diciéndole: «Mira la tierra, por la cual juré á Abraham, Isaác y Jacob diciendo: á tu linage la daré. La has visto con tus ojos, y no entrarás en ella.»

La hermosa vista de aquel país enagenó su alma; y participando del gozo que sentiria el pueblo en su posesion,

dió humildes gracias al Señor, y murió tranquilamente en la esperanza de la felicidad eterna.

Tal es el fin del hombre virtuoso. Así deja la tierra. Su muerte es el sueño delicioso de un niño que se duerme dulcemente entre los brazos de un padre cariñoso.

36. *Entrada en la Tierra de promision.*

1.º Habia llegado por fin el tiempo, en que el pueblo de Israel debia entrar en la tierra tantos tiempos hacia prometida. Sirvióse Dios de Josué para introducirle en triunfo; y el acontecimiento fue señalado por los mas admirables prodigios. El rio Jordan que separaba la tierra de Chanaán del desierto, se dividió por orden de Josué, y los Israelitas le pasaron á pie enjuto. Las murallas de la Ciudad de Jericó cayeron al solo sonido de las Trompetas. Los habitantes de Chanaán, que con sus atroces crímenes habian colmado la medida de sus pecados, fueron todos vencidos por Josué.

Dueño del país, le repartió entre las

doce Tribus de Israel. Era una comarca deliciosa, en la cual los arroyos que bajaban de las montañas fecundizaban sus agradables llanuras. Producia trigo y cebada en abundancia: la viña, los granados y las higueras adornaban su suelo en todas partes; nada faltaba allí, en una palabra, á las necesidades de la vida. El aceite y la miel se recogian en grandes cantidades; y hé aquí porque, hablando de aquella tierra, se decia que corrian en ella rios de leche y miel.

¡ Cual debió ser el gozo de los Israelitas, viéndose por fin despues de tantos sufrimientos en posesion de la tierra prometida! Levantaron un altar en el monte Hebal, y penetrados de reconocimiento por tan innumerables beneficios, rindieron al Señor un solemne tributo de accion de gracias.

Tambien á nosotros nos está prometido un Reino mucho mas hermoso que el terrestre de Chanaán; es el Reino de los Cielos. Por eso, mientras viviéreis, guardad en vuestro corazón, niños mios, esta promesa del Señor, y emplead todos vuestros esfuerzos para ser admiti-

dos en aquella felicísima estancia, donde nos aguardan el reposo, la alegría, nuestro descanso eterno.

2.º Muerto Josué, el pueblo de Dios fue gobernado largo tiempo por unos Gefes ó Caudillos, conocidos con el nombre de Jueces. Los mas de ellos fueron nombrados ó suscitados por Dios, para librar á su pueblo del yugo y opresion de sus enemigos, en que por sus pecados caia frecuentemente. Egercieron el mando supremo; pero sin facultad de imponer tributos ni establecer leyes nuevas, siendo en una palabra su autoridad menor que la de los Reyes. Cuéntanse quince con este nombre de Jueces del pueblo de Dios en un espacio de trescientos años.

De todos refiere hechos célebres la Sagrada Escritura; pero Sanson es notabilísimo por sus extraordinarias y milagrosas fuerzas y por la guerra que él solo hizo á los Filisteos, enemigos implacables de los Israelitas.

Acometido un dia por un leon, sin mas armas que sus manos despedazó á

la fiera. Con una quijada de un jumento mató en otra ocasion mil Filisteos, despues de romper, como si hubieran sido de tela de araña, las fuertes ligaduras con que permitió le entregasen atado á los mismos. Acosado y muerto de sed despues por la fatiga, y no encontrando agua, pidió á Dios le socorriera; y de una de las muelas de la quijada salieron aguas abundantes, de las cuales bebió, recobrando así sus fatigadas fuerzas. Una noche que se vió encerrado en una ciudad de los Filisteos, llamada Gaza, arrancó las puertas de entrada de la ciudad con sus pilares y cerraduras, y se fué con todo á cuestras al monte Hebron.

Tuvo, empero, la debilidad de revelar el secreto de sus largos cabellos, á Dalila filistea; y esta traidora hizo se los cortáran á tiempo que estaba dormido, llamando luego á los Filisteos. Vinieron estos, y apoderándose de Sanson, le sacaron los ojos y se vengaron de él con todo género de ultrajes. Celebraron por último una fiesta en accion de gracias á

su ídolo Dagón; y sacando à Sanson de la cárcel, servía de juguete y de burla á la concurrencia en el templo del dios falso.

Sanson entónces dijo al muchacho que le guiaba: «Déjame tocar las columnas, sobre que carga toda la casa, para apoyarme en ellas y descansar un poco.»

Despues pidió á Dios le restituyera sus anteriores fuerzas; cogió en seguida las dos calumnas con las dos manos, y diciendo: «Muera Sanson con los Filisteos,» dió tal vaiven á las columnas que se desplomó el edificio y vino todo á tierra, hundiéndose el mismo Sanson entre sus ruinas, pero con muerte de mas de tres mil de los principales Filisteos.

Queridos niños, la vida y hechos extraordinarios de Sanson nos refiere la Sagrada Escritura, no para que nos sirvan de modelo precisamente en todo, sino para que admiremos el poder de Dios y adoremos sus inexcrutables juicios.

37 *Historia de Ruth.*

Hubo un tiempo en que Dios, para

castigar los pecados de los Israelitas, negó la lluvia, y por su falta hizo se sintiera una gran sequía y terrible esterilidad en la tierra de Chanáan; pues de la voluntad del Señor depende el hacer feliz á un país derramando la fecundidad sobre sus tierras, ó infeliz retirando de él sus bendiciones. Un habitante de la pequeña Ciudad de Bethlehen obligado de la hambre dejó su patria, y seguido de su muger y de sus hijos se fué á establecer en tierra de Moab. Llamábase este hombre Elimelec, y su muger Noemi. Despues de haber vivido en Moab bastante tiempo, Elimelec murió, no tardando tampoco mucho sus dos hijos en seguirle al sepulcro. Noemi trató luego de volver á su país natal, y tambien las dos viudas de sus hijos, Orpha y Ruth, quisieron acompañarla. Ya puestas en camino, Noemi les dijo; » Id á la casa de vuestra madre: el Señor haga con vosotras misericordia, como la hicísteis con los difuntos y conmigo. » Y las besó despues cariñosamente. Pero ellas alzando la voz comenzaron á llorar repi-

tiendo:» Con vos irémos á vuestro pueblo:» Orpha, cediendo al fin á las reiteradas instancias de Noemi, se despidió y volvió á su tierra. Mas Ruth sin querer separarse de su suegra, le dijo: «A donde quiera que fuereis, iré yo; y donde vos moráreis, yo tambien moraré: vuestro pueblo será mi pueblo, y vuestro Dios será mi Dios: la tierra que os recibiese en vuestra muerte, en esa moriré, y allí tendré el lugar de mi sepulcro,» Así es que Noemi oyendo esto, no pudo menos de condescender y permitir que Ruth la siguiera.

Noemi y Ruth, pobres ambas, llegaron juntas á Bethlehen en tiempo de la recoleccion de las mieses. Para ocurrir de algun modo á la primera necesidad, Ruth dijo á su suegra un dia:» Si lo mandais, iré al campo y recogeré las espigas que se escaparen de las manos de los segadores, donde quiera que halláre gracia con algun padre de familias, que use de clemencia conmigo.» Anda, hija mia,» le respondió Noemi; y Ruth se fué. Dios que dirigia sus pasos, la condujo á un

campo que pertenecía á Booz, hombre de corazón recto, muy rico y pariente de Elimelec. Muy poco despues vino al campo Booz, y preguntó al jóven que cuidaba de los segadores. «¿De quien es esa muchacha?» — «Es aquella Moabita, respondió el jóven, que vino con Noemi del país de Moab. Rogó se le permitiese recoger las espigas que fuesen quedando tras los segadores; y desde la mañana hasta ahora se está en el campo, sin que por un momento se haya vuelto á su casa.»

Entónces Booz dijo á Ruth: «Oye, hija, no vayas á otro campo á espigar, ni te apartes de este lugar: incorpórate con mis muchachas, y donde segaren, síguelas; pues he mandado á mis criados, que nadie te inquiete; y aun cuando tuvieres sed, vete al ható y bebe del agua que beben también mis criados.» Ruth inclinando su rostro hasta el suelo, le respondió con modestia: «De donde yo la dicha de haber hallado gracia en vuestros ojos, y que os digneis saber de mí, siendo una muger estrangera?» A lo cual con-

testó Booz: «Me han contado todo lo que hiciste con tu suegra despues de la muerte de su marido.....El Señor te galardone conforme á tus obras.»

Llegada la hora de comer, Booz la llamó diciendo: «Vente aquí, come pan y moja tu bocado en el vinagre.» Ruth se sentó al lado de los segadores; comió, y tambien guardó alguna cosa para su suegra. Despues se levantó para volver á su trabajo, y estuvo espigando hasta la tarde. Booz entre tanto ordenó todavía á sus criados, que fuesen dejando á Ruth como por descuido un buen número de espigas, para que ella las recogiera sin rubor. Por la tarde Ruth desgranó todo lo que habia recogido; y llevó á su suegra tres modios de cebada (1).

Aquí se nos presentan dos bellos egemplos de virtud: en Booz la riqueza unida á la bondad y beneficencia; y en Ruth, la pobreza diligente junta con la modestia y el reconocimiento. La Providencia en sus designios habia hecho acercarse á entrambos, y mas adelante se unieron en un feliz matrimonio. Booz, al pedir la mano de Ruth, se dijo á sí mismo: La virtud es la dote mas preciosa. La piadosa Noemi vió tambien

(1) Medida igual á dos celemines ó 9,25 litros.

por este enlace mas alegres los dias de su vejez.
Jamás abandona Dios á los suyos.

38. *Los hijos viciosos de Helí y el bueno de Elcana y Ana.*

Los Israelitas habian edificado un Templo parecido al que Moysés construyó en el desierto segun las órdenes de Dios. Consistia este Templo en una tienda ricamente adornada, en medio de la cual se hallaba el Arca de la Alianza, que contenia las tablas de los mandamientos. Esta tienda se llamaba Tabernáculo; estaba situada en Silo, y el Sumo Sacerdote era su guarda. De todas partes concurrían allí los Israelitas á ofrecer sacrificios; allí se presentaban por todos los padres de familia en ofrenda las primicias de sus ganados y el diezmo de sus cosechas, y allí finalmente se celebraban todas las fiestas solemnes.

Helí, que fue sumo sacerdote y gobernó tambien en calidad de Juez al pueblo de Dios, tenia dos hijos, llamados Ophni y Phinéés; pero malos y perversos, y na-

da temerosos de Dios ni de los hombres. Cuando el pueblo se reunia en Silo, para celebrar los festines que seguian á los Sacrificios, enviaban sus criados contrinchantes y sacaban la carne fuera de las ollas, aun antes que estuviese cocida. Cometieron tambien en secreto pecados mucho mayores todavía. Frecuentemente Helí les dirigia ligeras reprehensiones; pero ellos despreciaban las exhortaciones paternales, y el anciano era demasiado debil para castigarlos con mas eficacia.

Al mismo tiempo Elcana y Ana, piadosísimos casados, trajeron al Templo un tierno hijo suyo, que Dios atendiendo á sus oraciones les habia concedido, y le presentaron al sumo Sacerdote Helí; pues querian consagrarle al Señor, á fin de que por toda su vida le sirviera en su Templo. Este niño se llamaba SAMUEL; era piadoso y obediente, y prestaba sus servicios delante del Altar con suma reverencia. Supo resistir á los malos ejemplos y seducciones de los perversos hijos del sumo Sacerdote. Era amado de

Dios y de los hombres.

Dormia una noche en el Tabernáculo delante del Arca del Testamento, y el Sumo Sacerdote Helí tambien muy cerca en sitio separado. Los siete mecheros del candelero de oro ardian aun en el Lugar Santo. Reinaba el silencio de la noche; y oyó Samuel una voz que le llamaba; «Samuel, Samuel!» Creyendo era el Sumo Sacerdote, se levantó corriendo y dijo á Helí: «Aquí estoy.....» Pero Helí le contestó: «No te he llamado; vuélvete y duerme.» Obedeció Samuel y se volvió á dormir. Mas la voz repitió otra vez el mismo llamamiento; y habiendo acudido Samuel segunda vez á Helí, recibió de este igual respuesta que la anterior. Vuelto á su lecho tercera vez, fue despertado todavía por la misma voz; pero cuando se presentó á Helí, conociendo este que el Señor era el que llamaba á Samuel, le dió el consejo siguiente: «Anda y duerme; y si despues te llamáre, responderás: hablad, Señor, que vuestro siervo oye.» La voz no tardó en oirse, repitiendo de nuevo: «Sa-

muel, Samuel.» El cual prontamente segun el consejo de Helí respondió: «Hablad, Señor, que vuestro siervo oye.» Entónces el Señor le dijo: «Mira, que Yo voy á ejecutar un castigo en Israel, que á todo el que le oyere, le retiñirán sus oidos. En aquel dia suscitaré contra Helí todas las cosas que he dicho sobre su casa: comenzaré y acabaré. Porque ya le he predicho, que habia de ejercer mi juicio sobre su casa para siempre por la iniquidad; por cuanto sabia que sus hijos obraban mal, y no los ha corregido.» Efectivamente entre otros castigos le habia sido anunciada la muerte de sus dos hijos en un mismo dia.

Por la mañana Helí preguntó á Samuel: «¿Que te ha dicho el Señor? ruégote que no me lo encubras.» Samuel, aunque temia dar una pesadumbre al Sumo Sacerdote, por fin obediente hubo de revelarle todo.

Niños, aprended en el ejemplo de Samuel á ser obedientes á vuestros padres, á vuestros amos y superiores, y su voz sea para vosotros como la de Dios. Sed, así como con Dios, abiertos y francos, cuando os preguntaren algo vuestros padres.

Todo lo que Dios habia anunciado á Samuel, se cumplió muy luego. Sostenia guerra el pueblo de Dios contra los Filisteos á la sazón; y ganaron estos una gran batalla, en que pasaron á cuchillo á los dos hijos de Helí con mas de treinta mil Israelitas apoderándose además del Arca santa de la Alianza. Cuando participaron á Helí tantas desgracias, lleno de dolor y sentimiento cayó hacia atras de su silla, y quedó muerto en el acto desnucado.

De una manera tan rigorosa castiga Dios la desobediencia de los hijos y la debilidad de los padres; porque ambos defectos igualmente merecen y atrahen la cólera del Señor.

39 El Joven David.

El primer Rey que tuvo el pueblo de Israel, fué Saúl. Demostró al principio valor y noble carácter; pero la dignidad Soberana con que fué revestido, le inspiró arrogancia, y la fortuna le hizo ambicioso. Despreció luego las órdenes de Dios; y el Señor le desechó, eligiendo otro en su lugar.

Este fué David, el menor de los hijos de Isaí, habitante de Betlehen. Era jóven todavía, y estaba cuidando las ovejas de su padre, cuando Samuel dirigido por el Espíritu divino, entró en la casa de Isaí, hizo venir á David del campo, y tomando el cuerno del aceite, le ungió como Rey en medio de sus hermanos. Desde este dia el Espíritu del Señor descendió sobre David. Dios vela sobre el humilde pastor entre sus mismos rebaños, y le ama cuando se porta bien y con inocencia. Así se portaba David. Cuando se hallaba en los campos solo con sus ovejas, elevaba su alma á Dios y con sumo recogimiento le adoraba en la hermosura y magnificencia de sus obras. El cielo y la tierra, el sol, la luna y las estrellas, las flores y los frutos, todo atraía su atencion y le revelaba la bondad del Criador. Juntando entónces las manos y levantando los ojos al cielo, adoraba al Señor. Frecuentemente celebraba sus alabanzas con cánticos inspirados por su corazon acompañándolos con el arpa. La fama de su talento lle-

gó hasta la Corte del Rey, quien le hizo llamar. Su canto y los dulces sones y suave armonía de su arpa agradaron á Saúl, y contribuian á disipar la tristeza que frecuentemente abatía el espíritu de este Rey. Saúl no dejaba de estimar á David; pero Jonatás hijo de aquel le amaba mucho mas. Le profesó el mas tierno afecto, y ambos David y Jonatás formaron un vínculo de recíproca amistad y de cariño que nada pudo alterar jamás. Se amaban mutuamente estos dos jóvenes; porque ambos eran virtuosos y temian al Señor; y su misma amistad era para ellos un estímulo que les obligaba á ser cada vez mejores, pues con el ejemplo uno á otro se excitaban á la práctica de la virtud.

Buscad, niños míos, siempre como ellos la compañía de los buenos y virtuosos, y no hagais jamas amistad con los malos.

40. *El Gigante Goliath.*

David, muy joven aun, vino un dia al campo de los Israelitas, que solo estaba separado del de sus enemigos los Filis-

teos por un estrecho valle. Del centro del ejército enemigo salió un gigante llamado Goliath que tenia seis codos y un palmo de alto; y adelantándose cubierto de una formidable armadura y con aire de desprecio y arrogancia, gritaba á los Israelitas: «Escoged entre vosotros alguno que salga á combatir cuerpo á cuerpo. Si pudiere pelear conmigo y me matare, seremos vuestros siervos; mas si yo le venciere y le matare, vosotros sereis los esclavos y nos servireis.» Viendo á este hombre los Israelitas y oyéndole hablar así, tuvieron un gran miedo.

David, empero, sintió una santa indignacion, al oír las bravatas del Filisteo, y dijo: «¿Quién es ese Filisteo incircunciso que ha insultado los escuadrones del Dios vivo.? Yo voy á combatirle.» Informado el Rey del designio de David, le llamó; revistióle él mismo con su propia armadura; le colocó en la cabeza su morrion de cobre, y le ciñó su espada. David probó si podia andar con tanto aparato; pero viendo que le era

imposible, dijo: «Yo no puedo andar así;» y despojándose de todas estas armas, recobró su cayado, eligió en el arroyo cinco piedras lisas que metió en su zurrón, tomó su honda en la mano, y puesta su confianza en Dios, marchó valerosamente al encuentro del gigante. Viendo éste venir á David, le dijo en tono de desprecio: «¿Soy yo por ventura algun perro, para que te pongas delante de mí con un palo? Acércate, y daré tus carnes á las aves del cielo y á las bestias de la tierra.» David le respondió: «Tu vienes contra mí con espada, lanza y escudo; pero yo vengo en el nombre del Señor de los ejércitos, del Dios de los escuadrones de Israel, á los cuales has insultado hoy.» Mas, como notase que el Filisteo se levantó y se le iba acercando, corrió á su encuentro; y metiendo la mano en su zurrón, sacó una piedra, púsole en la honda y se la dirigió con tal destreza y fuerza, que se la clavó en la frente y cayó el gigante con el rostro hácia la tierra. David entonces se puso sobre él; le quitó su espada, y con

ella le cortó la cabeza. Todo el ejército de los Filisteos sobrecogido de espanto huyó precipitadamente.

¡He aquí lo que Dios puede hacer por medio de un debil brazo! Combatiendo en nombre de Dios, David hizo caer al soberbio gigante.

Desde este dia en adelante Saul no miró con buenos ojos á David, envidiándole la gloria que acababa de adquirir; y no cesó de perseguirle. Jonatás trató á veces de desimpresionar á su padre del odio que habia concebido contra David; pero sus esfuerzos fueron inútiles y nunca pudo conseguirlo. Saul siempre le aborrecia, y aun atentó muchas veces contra la vida de David, de manera que éste se vió obligado á huir al desierto y ocultarse en las peñas y en los montes. Por todas partes le amenazaba la muerte. ¿Qué hombre en tal situacion no se hubiera desanimado? David, empero, perseveró firme, porque tenia puesta su confianza en Dios. En medio de los peligros cantaba: «El que vive bajo el cui-

dado del Todopoderoso, está seguro y nada tiene que temer.

La confianza en Dios hace que el hombre piadoso viva sosegado y tranquilo aun en medio de los peligros que le asaltan en tropel.

Mas de una vez pudo David vengarse de Saul su enemigo; pero no lo hizo jamás, pues en él respetaba al Rey que el mismo Dios habia elegido, al ungido del Señor, contra quien ninguno sin delito podia atentar de modo alguno. Saul, por fin, perdió la vida en una batalla que dió á sus enemigos; y David fué elegido Rey por consentimiento unánime del pueblo.

41. David, Rey piadoso.

David estableció su Corte en Jerusalem, y fué un buen Rey. Su corazon empapado en el amor y sometido á la voluntad de Dios, le dictaba el modo de cumplir sus deberes. Trabajó por la felicidad de su pueblo, empleando principalmente su mayor celo en inclinarle y

dirigirle por el camino de la virtud. Cuidó de inspirar á los Israelitas sentimientos religiosos y un profundo respeto hácia el Señor; y tomó las medidas mas acertadas para establecer de una manera conveniente el culto del verdadero Dios.

Cerca de la Ciudad de Jerusalem, en una altura que era como la corona del país, hizo construir una tienda magnífica, para colocar el arca de la alianza, cuya traslacion se verificó despues con gran pompa al son de címbalos y trompetas. Todo el pueblo se entregó á la alegría, expresando su gozo en cánticos de triunfo.

Por su piedad y la rectitud de su corazón llegó á ser David muy favorecido del Señor; el espíritu de Dios descendió sobre él, y muchas veces sus miradas penetraron el porvenir. Los siglos mas lejanos se presentaron á su vista despejados del velo que cubre á lo futuro; y aun hoy sus profecías son objeto de nuestra admiracion. Recibió de Dios la consoladora promesa, de que nacería de su raza un Rey inmortal, cuyo Reino du-

raria hasta la consumacion de los tiempos. Así David vió en espíritu al divino Salvador del mundo y celebró su gloria en los salmos.

Y nosotros mas dichosos que este santo Rey, gozamos de los beneficios que el divino Salvador ha traído á la tierra: somos sus discipulos; y estamos llamados á participar del Reino Celestial. ¡Cuan grandes esfuerzos, pues, no debemos hacer para cumplir nuestro glorioso empeño.

42. Salomon Rey de Israel.—Año del M. 2.990.--Antes de J. C. 1.014.

Sucedió á David en el Trono de Israel Salomon su hijo. David, ántes de morir, le dió su bendicion y le exhortó y apremió encarecidamente á que viviera siempre consagrado al servicio del Señor y sometido todo á su voluntad. Cuando subió al Trono amaba á Dios Salomon con toda su alma, y el Señor se le apareció en sueños y le dijo: «Pídeme lo que quisieres, y Yo te lo daré». Salomon, oyendo una promesa tan extraordinaria, no pidió á Dios ni las riquezas, ni la gloria,

sino la sabiduría, es decir, el verdadero conocimiento de sus deberes.

Esta súplica agradó al Señor de tal manera que no solo concedió á Salomón la sabiduría en un grado que ningun otro Rey llegó ni llegaría nunca á alcanzar tan sublime, sino que le dió tambien las riquezas y la gloria; y ademas le hizo la promesa siguiente: «Si anduvieres en mis caminos, así como anduvo tu padre, y guardares mis preceptos y mis mandamientos, prolongaré tus dias.»

La sabiduría es el mas precioso de todos los bienes; porque ella sola puede hacernos en la tierra perfectamente felices. Pidámola, pues, al Señor todos los dias con fervorosas súplicas, rogándole se digne iluminar nuestro entendimiento, hacernos conocer nuestros deberes y darnos fuerzas para cumplirlos fielmente.

No tardó Salomón en dar pruebas de aquella singular sabiduría que el Señor le habia concedido. Dos mugeres que vivian juntas en una misma casa, tuvieron cada una un hijo con poca diferencia de tiempo una de otra. Poco despues murió por la noche uno de estos niños,

ahogado por descuido de su madre durante el sueño. Esta, levantándose á deshora, quitó el hijo á su compañera, que estaba dormiendo, y le dejó en cambio el suyo muerto. Por la mañana, al ir la última á dar de mamar á su hijo, hallóse con el niño muerto; pero mirándole con atención á la claridad de la luz del día, reconoció que no era el suyo. De aquí resultó entre ambas mugeres una acalorada disputa, afirmando cada una que el niño vivo era el suyo y el muerto de la otra; y hubieron de acudir para que la decidiera al mismo Rey Salomon.

Muy difícil era descubrir la verdad en este asunto, pues no habia testigos; pero el Rey que poseia una sabiduría todo divina, mandó que fuese dividido por medio el niño vivo, y que á cada una de las mugeres se diese una parte. La falsa madre se conformó gustosa con esta sentencia, consintiendo en ver dividir en su presencia el niño que no le pertenecia. Mas la otra entrañablemente conmovida se horrorizó de semejante propuesta, y ántes que ver muerto á su fijo, prefirió

que fuese entregado entero y vivo á la que malamente se lo disputaba. Reconoció el Rey al punto que esta era la madre verdadera; y mandó se le entregase el niño vivo. Todo el pueblo admiró la sabiduría de su Rey.

El reinado de Salomon fué glorioso, y todas sus empresas salieron bien á este monarca. Sus juicios fueron marcados con el sello de una sabiduría que no podemos ménos de admirar á todas horas.

Los Reyes y los Príncipes de la tierra admiraron sus virtudes y grandeza, y quisieron todos hacer alianza con él, persuadidos de que afirmarían su poder uniéndose á un Rey tan grande. La Reina de Sabá, que habia oido hablar de las maravillas del Rey de Israel, salió de sus estados, fué á verle á Jerusalem y le ofreció dones muy preciosos. La bendicion del Señor descansaba visiblemente sobre él.

Salomon fue el que edificó el grande y magnífico templo de Dios en Jerusalem conforme á las órdenes de su padre, quien juntó y le habia dejado inmensos

tesoros para esta fábrica. Las paredes todas fueron forradas de madera de cedro primorosamente tallada, representando ramas con su follage salpicadas de botones y flores de oro, todo sacado á relieve. El altar y los diez candeleros que le decoraban, todos los utensilios é incensarios, eran de oro purísimo. El pavimento mismo estaba incrustado de este metal, y las puertas enteramente guarnecidas.

En este templo era donde los Israelitas debían adorar en comun á un solo Dios. Así debemos tambien nosotros hacerlo en nuestras Iglesias. Persuadidos de que allí reside la Divinidad, debemos estar en ellas con el mismo respeto y modestia, que si tuviésemos la dicha de contemplarla con nuestros ojos.

Si el reinado de Salomón fué tan glorioso y feliz en sus principios, no fué, empero, menos triste en su fin. Cometi6 desgraciadamente un sinnúmero de pecados, y aun se entregó á la idolatría. Huyeron ent6nces de su lado la bendicion y la gracia del Señor; y desde este

momento decayó su grandeza y la revolución y sediciones arrancaron provincias enteras de su dominacion. A su muerte diez Tribus se rebelaron contra Roboan su hijo, eligieron por Rey á Jeroboan y formaron estado independiente con el nombre de Reino de Israel. Las otras dos Tribus, que se mantuvieron bajo la obediencia de Roboan, tomaron el nombre de Judá; y Jerusalem continuó siendo su capital.

Los dos Reinos se trataron constantemente como enemigos. Los Reyes tanto de Judá como de Israel, con escasas excepciones, fueron todos perversos. El pueblo cayó en la ignorancia, en el crimen y el pecado; y la felicidad pública desapareció. Sin embargo en Judá el conocimiento y culto del verdadero Dios se conservaron mas puros que en Israel.

La miseria es inevitable consecuencia del pecado, y afflige à los pueblos enteros lo mismo que à los individuos.

De tiempo en tiempo aparecian unos varones santos enviados de Dios, á los

cuales se les dió el nombre de profetas. Merecen particular atención al presente todavía. En ellos Dios se ha revelado á los hombres de una manera sobrenatural; y por medio de las profecías de los mismos nos ha manifestado el Señor, que nada se escapa á su conocimiento y que el porvenir delante de él está despejado enteramente.

*43. El profeta Elías.—Año del M. 3.105.
Antes de J. C. 899.*

Entre los Reyes de Israel no hubo ninguno peor que Acab: ninguno cometió mas pecados delante del Señor. Levantó altares á un ídolo llamado Baal, y arrastró á su pueblo á la idolatría.

Al punto el profeta Elías se presentó delante del Rey y le dijo: «Vive el Señor Dios de Israel, en cuya presencia estoy, que no caerá rocío ni lluvia en estos años, sino segun la palabra de mi boca.» Pero Acab no hizo caso de las exhortaciones del Profeta, y buscaba oportunidad para darle muerte en secreto. Dios

entónces dijo á Elías: «Retírate de aquí; y vete hácia el oriente, y escóndete en el torrente Carith, que está junto al Jordan. Beberás allí del arroyo, y he mandado á los cuervos te alimenten.»

Elías se fué y estuvo escondido cerca del torrente en la soledad. Bebia en sus aguas, y los cuervos le traian carne y pan por la mañana y por la tarde bajo el cuidado de la divina Providencia.

Pero al cabo de algun tiempo, como no habia llovido, el arroyo se secó; y viendo el Señor á Elías falto de bebida, mandóle fuese á Sarepta, en donde una viuda cuidaria de alimentarle. Obedeciendo el Profeta, encontró á su llegada en la puerta de la Ciudad á la viuda que estaba recogiendo leña, y le dirigió esta súplica: «Dame en un vaso un poco de agua para beber.» Complaciente esta muger iba corriendo á traérsela, y Elías le gritó: «Te ruego me traigas tambien un bocado de pan.» Ella entónces respondió: «Vive el Señor Dios tuyo, que no tengo pan, sino solo un puñado de harina en una orza y un poco de aceite

en una alcuza: estoy recogiendo dos leñas, á fin de ir á preparar esta miseria para comerla mi hijo y yo, y morir luego los dos. «Elías, testigo de la afliccion de esta pobre y caritativa muger, le replicó: «No temas, anda, haz como lo has dicho; mas primero haz para mí con ese poco de harina un panecillo cocido bajo el rescoldo, y traémele....» Así lo hizo la buena muger; y comió Elías, y tambien ella y su hijo. Pero desde aquel dia la harina no faltó de la orza, ni se amenguó el aceite de la alcuza. Dios quiso premiar con un milagro la caridad de la piadosa viuda, haciendo que no le faltase con que alimentarse en adelante.

Pasaron tres años y medio sin que cayera ni una gota de agua. Todos los manantiales se habian agotado; los campos parecian un árido desierto, y en todo el pais reinaba el desconsuelo.

Oh! Cuantos males provienen de retirar el Señor uno solo de sus beneficios!

Dios, por fin, compadecido de la miseria que afligia á los Israelitas, viéndo-

los reconocidos de sus iniquidades, habló á Elías así: «Anda, muéstrate á Acab, para que yo envíe lluvia sobre la tierra.» El Profeta compareció ante el Rey y le dijo que congregara todo el pueblo de Israel en el monte Carmelo, y reuniera también en el mismo lugar los cuatrocientos cincuenta falsos profetas que había en el Reino. Hecho así, dirigiéndose al pueblo dijo: «Dénsenos dos bueyes: elijan uno los profetas de Baal, y dividiéndole en trozos colóquenlos sobre la leña, pero sin poner fuego debajo; yo sacrificaré el otro buey y le colocaré también sobre la leña, sin poner tampoco fuego debajo. Invocad los nombres de vuestros dioses: yo invocaré el nombre de mi Señor; y el Dios que oyere, enviando fuego, sea reconocido por Dios verdadero.» Todo el pueblo gritó: «Muy buena proposición.»

Los profetas de Baal tomando los primeros un buey, le sacrificaron; y desde la mañana hasta el medio día estuvieron sin cesar clamando: «Baal, escúchanos.» Al mismo tiempo pasaban saltando el al-

tar que habian levantado. Mas como no habia respuesta, Elías se burlaba de ellos, diciéndoles: «Gritad con voz mas fuerte; porque ese Dios quizá está hablando con alguno, ó metido en alguna posada, ó por lo ménos duerme.» Y ellos efectivamente, dando cada vez mayores gritos, estuvieron sin cesar clamando hasta la tarde; pero sin que nadie atendiera á sus clamores.

Elías entónces juntó al pueblo en derredor suyo; tomó doce piedras segun el número de las tribus de Israel; levantó un altar consagrado al Señor, y le cercó de un ancho foso. Despues arregló la leña, dividió en trozos la víctima, la colocó sobre la leña y dijo: «Llenad cuatro cántaros de agua, y echadla sobre el holocausto y sobre la leña.» Lo cual así se ejecutó por tres veces; de suerte que corrió el agua al rededor del altar hasta llenarse toda la zanja.

Hecho esto, Elías se adelantó hácia el altar y oró en estos términos: «Señor Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, oidme y dad á conocer hoy que sois el

Dios de Israel.» En el mismo instante cayó fuego del cielo y consumió el holocausto, la leña y las piedras, y aun dejó seco el foso, que estaba lleno de agua.

Todo el pueblo en vista del prodigio se postró con el rostro en tierra y exclamó: «El Señor es el Dios, el Señor es el Dios.»

Luego Elías dijo al Rey: «Andad, comed y bebed; porque suena ruido de una grande lluvia.» Habiendo despues subido al monte Carmelo, y orando allí algunos momentos envió nuevo recado á Acab, diciéndole: Uncid vuestro carro y marchad luego, para que no os coja la lluvia.» Y efectivamente, Dios hizo ver cuan poderosa es la oracion del justo: ínterin se preparaba el Rey, se cubrió el cielo de nubes, se levantó viento y cayó abundante lluvia, que fecundizó la tierra. Entónces pudo reconocerse bien, que la lluvia es un verdadero beneficio del Señor.

Finalmente, Dios arrebató de la tierra á Elías por medio de un torbellino en un carro de fuego, tirado de caballos

también de fuego, en presencia de su discípulo y sucesor Eliséo, á quien dejó su manto al tiempo que desaparecía.

Elías vive aun en compañía de Enoc, Patriarca anterior al diluvio, reservados ambos por Dios, para que vengan al fin del mundo á combatir al Antecristo; y entónces morirán.

44. *Eliséo.*

Eliséo, sucesor de Elías obró también grandes milagros.

Naamán, general del ejército del Rey de Siria, hombre muy rico y poderoso, fue atacado de la lepra, enfermedad espantosa y horrible. A su muger servia una muchacha israelita, la cual dijo á su señora: «Ojalá hubiera ido mi amo á ver al Profeta que está en Samaría: ciertamente le hubiera curado de la lepra...» Oyendo Naamán estas palabras, subió en su carro y se puso en camino, llevando mucho oro y plata de regalo. Cuando llegó delante de la casa del Profeta, este le envió un mensajero, diciendo: «Vé, y

lávate siete veces en el Jordan, y tu carne recobrará la sanidad y serás limpio.» Resintióse el orgulloso Naaman de que el Profeta no hubiese salido á saludarle, y se retiraba diciendo entre otras cosas: «Pues qué! ¿no son mejores los rios de Damascó, que todas las aguas de Israel para lavarme en ellas y limpiarme?» Mas sus criados le instaron hiciese una experiencia tan fácil cumpliendo las órdenes del Profeta, tanto que al fin fue y se lavó siete veces en el Jordan; y en el mismo instante desapareció la lepra. Al punto con toda su comitiva volvió á la presencia del Profeta, y en agradecimiento le rogaba que admitiese algun regalo. Pero Eliséo le respondió: «Vive el Señor, en cuya presencia estoy, que no lo aceptaré.» Y á pesar de todas las instancias de Naaman, nada quiso recibir; porque aquel que sirve al Señor, debe ser desinteresado.

Esta historia nos enseña, que tambien los niños, si son atentos y virtuosos, pueden hacer el bien. A su jóven criada debia aquel Señor siro su salud y su conversion á la fé del Dios verdadero.

Giezi, criado de Eliséo, no se portó tan desinteresadamente como su amo.

Luego que Naaman partió, fué corriendo tras su carruage, y le dijo: «Mi amo me ha enviado á suplicaros, medeis un talento y dos mudas de vestidos para dos jóvenes, hijos de los profetas, que acaban de llegar del monte Efrain.» Naaman le dió dos talentos y las dos mudas de vestidos, cuyos efectos Giezi escondió fuera de su casa con el designio de que no llegase á tener de esto noticia Eliséo. Pero cuando volvió á casa, Eliséo le preguntó: «¿De donde vienes, Giezi?» Este respondió: «Vuestro siervo no ha ido á ninguna parte.» El Profeta entónces replicó: «¿Por ventura mi corazón no estaba presente, cuando aquel hombre volvió de su carro á tu encuentro? Ahora bien, tu has tomado dinero y vestidos.....; mas tambien la lepra de Naaman te se pegará á tí y á tu linage para siempre.» Y Giezi se apartó de la presencia de Eliséo blanco de lepra como la nieve.

Sirva este suceso de advertencia á todos aque-

Nos que, imitando á Giezi, se porten vil y sórdidamente y sean mentirosos y embusteros.

45. Jonás.

Por los mismos tiempos vivia el Profeta Jonás. Dios le mandó que fuera á la gran ciudad de Nínive á predicar penitencia; porque los ninivitas se habian entregado á los mas escandalosos desórdenes, y sus crímenes, levantándose contra el cielo, provocaban sin cesar la cólera divina. Mas Jonás, temiéndose la venganza de aquel pueblo, si reprehendia sus iniquidades, no se atrevió á cumplir la órden del Señor; y en vez de ir á Nínive, se embarcó por huir de la presencia del Altísimo. ¿Pero quien puede escapar de la vista del Señor?

No bien Jonás habia entrado en la nave, cuando se levantó una violenta tempestad. Temiendo perecer los marineros, oraban todos invocando cada uno á su Dios. Jonás, empero, no se atrevia á imitar su ejemplo, lleno de confusion: su conciencia misma se sublevaba con-

tra él. Bajó al fondo del navío, y allí se echó con deseos de dormirse. Entre tanto los marineros, que todos eran gentiles, se decían los unos á los otros: sin duda se halla entre nosotros algun gran criminal, cuya presencia es la causa del peligro. En sus dudas, echaron suerte para descubrir al culpable; y Dios hizo que cayera sobre Jonás. Este entónces confesó su pecado, y les dijo: «Arrojadme al mar, y cesará la tormenta.» Así lo hicieron ellos, y en el instante mismo se restableció la calma.

Por disposicion de Dios, al caer Jonás en el agua, fué tragado por un enorme pez, que bajó con él á lo mas profundo del mar; pero el Señor le conservó la vida aun en el vientre de aquel monstruo. El Profeta desde allí levantando su corazon á Dios, le suplicó se dignase librarle. Su oracion fué oida; y al tercero dia el pez vomitó á Jonás sano y bueno sobre la arena en la orilla del mar.

De este modo sabe el Señor castigar, y se deja ablandar por las súplicas y lágrimas de un verdadero arrepentimiento.

Jonás, obedeciendo por fin el mandato divino, se fué sin mas tardanza á Nínive, capital del Reino de Asiria. Era una Ciudad grande y soberbia: tres dias enteros de camino apenas bastaban para dar la vuelta en su derredor. Jonás entró en la Ciudad gritando: «Dentro de cuarenta dias Nínive será destruida.» Los habitantes creyeron en Dios; y todos desde el Rey hasta el menor de sus vasallos hicieron penitencia de sus pecados y pidieron al Señor misericordia. El Señor, siempre pronto á perdonar á los que se arrepienten de sus culpas, tuvo compasion de ellos y los perdonó.

Jonás habia salido de la ciudad, y sentado á la sombra de una planta de calabaza esperaba allí la suerte de Nínive; pero viendo que habia sido perdonada, se atrevió á murmurar contra el Altísimo, y en medio de su ira pidió la muerte. El Señor le reprehendió su falta con suma indulgencia.

La mañana siguiente, ántes de salir el sol, envió un gusano, que royendo las raices de la calabaza hizo que la planta

se secura; y despues, quando el sol se fué elevando en el orizonte, el ardor de sus rayos en un dia de gran calma incomodaba al Profeta. Jonás con esto mas irritado se entregó á la desesperacion y pidió de nuevo la muerte. Mas el Señor entónces le dijo: «Tú te dueles por la falta de una planta, que tú no hiciste crecer, que en una noche nació y en una noche pereció!; ¿y Yo no perdonaré á Nínive, ciudad grande, en la que viven mas de ciento veinte mil hombres que no saben discernir lo que hay entre su derecha y su izquierda?»

¡Oh! quanto no debemos amar á este Dios de bondad que nos perdona con tanta facilidad luego que nos convertimos á él sinceramente! ¡Con qué filial confianza no debemos implorar su misericordia, cuando tenemos la desgracia de ofenderle! ¡Ah! es mucho mas sensible á nuestras lágrimas que á nuestras faltas; y cuando vamos humildes á echarnos á sus pies, siempre está pronto á darnos el beso de amor y de paz.

46. *Tobías cautivo entre los Asirios. Año del M. 3.283.—Antes de J. C. 721.*

Los milagros y las exhortaciones de

los Profetas pasaron sin hacer mella en la mayor parte de los Israelitas: cada vez eran mas perversos y mas desobedientes al Señor; y al fin cayó sobre ellos el castigo divino. Salmanasar Rey de Asiria subyugó el Reino entero de Israel, y llevó todos los habitantes á su país. Gimiéron largo tiempo en la servidumbre y tuvieron mucho que sufrir. Extenuados de hambre y acosados de la miseria, apenas podian lograr un pedazo de pan, ni un harapo siquiera con que cubrirse. A muchos les quitaban la vida; y sus cáveres arrojados al pie de las murallas que cercaban la Ciudad, servian de pasto á las aves y á otros animales feroces.

Entónces se dejó ver en todo su esplendor la virtud del piadoso Tobías. Iba á visitar á sus hermanos cautivos: los animaba y consolaba: les exhortaba á perseverar firmes en la fé de sus padres; y partia con ellos todos sus bienes. Daba de comer á los hambrientos, vestia á los desnudos y enterraba los muertos. Tan pronto como tenia noticia de que un Israelita, privado de la vida, habia sido ar-

rojado en cualquier sitio de la Ciudad, dejaba todo; iba en busca del cadáver; le traía á su casa, y le daba sepultura luego, aprovechándose de la oscuridad de la noche.

Con esto se atrajo la indignacion del Rey, quien trató de apoderarse de su persona para hacerle morir; y Tobías se vió precisado á huir con su muger y su hijo. No faltaron, empero, gentes caritativas que le dieron hospitalidad. Irritado el Rey de su fuga, le confiscó todos sus bienes; pero Dios no abandonó al virtuoso perseguido. Al cabo de cuarenta y cinco dias murió el Rey; y pudo Tobías volver entónces á su casa con seguridad, y á la posesion de sus bienes que le fueron devueltos.

Mas Dios quiso probar de nuevo con la adversidad á este hombre piadoso. Un dia volvió á casa fatigado de enterrar muertos, y echandose junto á una pared, quedó dormido. Mientras dormía, de un nido de golondrinas que habia en aquella pared, cayó sobre sus ojos el escremento caliente de estas avecillas

y le dejó ciego. Sin embargo de este padecimiento, no solo no se le oyó nunca la mas mínima queja, sino que todos los dias daba gracias á Dios por los trabajos que le enviaba.

Llegó á tal estado de pobreza, que su muger Ana le alimentaba con el trabajo de sus manos. En cierta ocasion habiendo dado á esta en remuneracion un cabrito, le llevó á casa. Tobías oyó sus balidos; y en la inteligencia de que el trabajo de su muger no podia valer tanto, dijo: «Mirad no sea acaso hurtado; volvedle á su dueño, por que no nos es lícito comer nada de hurto, ni aun tocarlo.» Estas palabras irritaron á su muger, la cual le contestó con las mas amargas reconvenciones é insultos. Tobías la oyó sin replicarle una palabra, y solo Dios fué testigo de las lágrimas que le hizo derramar la injusta cólera de su muger.

Creyéndose próximo á morir llamó á Tobías su hijo, y le dió los consejos siguientes: «Honrarás á tu madre todos los dias de su vida; porque debes acordarte de los muchos y grandes traba-

jos que pasó por tí llevándote en su seno. Cuando muriere, la enterrarás a mi lado.»

«Tendrás á Dios en tu corazon todos los dias de tu vida; y guárdate de consentir jamas en pecado ni de quebrantar los mandamientos del Señor Dios nuestro.

«De lo que tengas, haz limosna, y no apartes tu rostro de ningun pobre; porque así se verificará que tampoco se apartará de tí el rostro del Señor... Si tuvieres mucho, dá con abundancia: si tuvieres poco, aun lo poco procura dálo con gusto.

«No temas, hijo mio: es verdad que pasamos una vida pobre; mas tendremos muchos bienes, si temiéremos á Dios, y nos desviáremos de todo pecado é hiciéremos buenas obras.»

El hijo respondió: «Haré todo lo que me habeis mandado, padre mio.» Y cumplió fielmente su palabra.

Queridos niños, haced lo mismo.

No murió, sin embargo, este buen

padre todavía. Dios le conservó la vida con el designio de bendecirle por medio de su hijo.

El viejo Tobías determinó enviar á su hijo á la Ciudad de Rages en la Media, para que cobrase de un tal Gabelo cierta suma de dinero que hacia tiempo este le debia de un préstamo. Un Angel llamado Rafael bajo la figura de un gallardo jóven se ofreció á acompañar en su viaje á Tobías el hijo; pero sin darse á conocer ni revelar que era un Angel del Señor.

Despues de despedirse de los padres, Tobías partió con su compañero, seguido tambien del perro. La primera noche quedaron junto al río Tigris; y tratando de lavarse los pies Tobías, salió hácia él un pez disforme, á cuya vista estreme- cido gritó: «Señor, que me acomete.» Pero el Angel le dijo: «Cógele por las agallas y tírale hácia tí.» Lo que habien- do ejecutado Tobías, quedó el pez en seco y comenzó á palpar á sus pies. Entón- ces le dijo el Angel: «Desentrañale, y guár- date el corazon, la hiel y el hígado; pues estas cosas son necesarias para reme-

dios saludables. Y así lo hizo también Tobías, asando una parte de la carne y salando lo que podía bastarles para el camino hasta llegar á Rages.

Por consejo del Angel fueron después á casa de un pariente de Tobías, llamado Raguél, el cual no tenia sino una hija, y muchos bienes de fortuna. Siguiendo las órdenes del Señor el mismo Angel persuadió también á Raguél, á que diera su hija en matrimonio al joven Tobías. Además verificado el enlace, dejando á Tobías en casa de sus suegros, fué él solo á Rages, cobró la deuda y volvió luego. A su vuelta emprendieron el viaje de regreso para la Asiria, apresurándose por llegar presto á la casa de los padres de Tobías con la jóven esposa de éste, acompañada de sus criadas y un gran número de camellos cargados de riquezas.

Entre tanto los padres de Tobías aguardaban solícitos la vuelta de su hijo. Su madre todos los dias iba y se sentaba sobre lo alto de un monte cerca del camino, á registrar desde allí si

le veia venir á lo léjos.

Por fin llegó el momento en que le vió venir á alguna distancia, y corrió á dar la nueva á su marido gritando: «Ya viene tu hijo.» No bien habia pronunciado estas palabras, cuando entró corriendo el perro que habia ido en compañía del hijo, haciendo alagos con la cola y anunciando por decirlo así la llegada del viajero. El gozo de los padres fué extraordinario: el viejo Tobías, aunque ciego, salió tropezando al encuentro de su hijo; ambos padre y madre le abrazaron estrechamente derramando lágrimas de contento, y todos tres dieron luego gracias á Dios. Frotando despues el hijo los ojos de su padre con la hiel del pez, como el Angel se lo habia aconsejado, Tobías el viejo inmediatamente recobró la vista. Todo era para aquella familia un nuevo motivo de alegría.

Sin saber como agradecer padre é hijo tantos favores al desconocido jóven que habia acompañado al último en su viaje, le rogaron aceptase en recom-

pensa la mitad de los bienes que acababan de recibir; pero el jóven misterioso manifestándose entónces les dijo: «Yo soy el Angel Rafael, uno de los siete que asistimos delante del Señor.» Y animándolos luego, pues se habian turbado y temblaban por causa de esta revelacion, desapareció de su vista. Entónces ellos postrados con el rostro en el suelo, bendijeron al Señor.

De este modo, despues de haber probado Dios la virtud de la piadosa familia de Tobías por medio de la adversidad, la colmó finalmente de felicidad y de gozo.

¡Cuan grande es la bondad del Señor! ¡Habrá alguno que no pueda amarle.?

47. *Judit.*

Tambien en el Reino de Judá se multiplicaban los desórdenes, y cundia la corrupcion de costumbres. El Señor enviaba sus castigos de cuando en cuando; pero reprimia su indignacion y perdonaba á este Reino, tan pronto como

sus habitantes reconocian sus pecados y los lloraban arrepentidos. Habia permitido que Senacherib, hijo y sucesor de Salmanasar, pusiera sitio á Jerusalem; pero atendiendo á los ruegos del Santo Rey Ecequías, envió un Angel exterminador, á cuyas manos pereció en una noche todo el ejército sitiador, muriendo ciento ochenta y cinco mil Asirios.

Posteriormente permitió Dios que el Rey Manasés, hijo y sucesor de Ecequías, fuera llevado preso á Babilonia en castigo de su impiedad; mas convirtiéndose al Señor en medio de su afliccion, fué restituido á su Reino.

Así las cosas en Judea, Nabucodonosor 1.º que reinaba en Nínive, indignado porque algunas naciones despreciaron á los embajadores que les habia enviado, convocó á todos sus capitanes y guerreros, y les manifestó su pensamiento de subyugar á su imperio toda la tierra.

Pareció bien al Consejo la proposicion; y el Rey llamando entónces á Holofernes, General en Gefe de sus tropas, le dijo:

«Sal contra todos los reinos de occidente y principalmente contra los que han menospreciado mi nombre: no perdonará tu ojo á ninguno, y sujetarás á mí toda ciudad fuerte.»

Holofernes al punto reunió su ejército para la expedicion, compuesto de ciento veinte mil combatientes de á pie y doce mil saeteros de á caballo, con una multitud innumerable de camellos y abundantísimas provisiones. Pasó los límites del imperio de Asiria, y entrando en los reinos inmediatos hácia el occidente se apoderó de todos los castillos, arrasó las ciudades y se hizo dueño de una multitud de pueblos y naciones.

Atemorizados los Reyes y los Príncipes, á los cuales amenazaba Holofernes con sus conquistas, le enviaron embajadores con este mensaje: «Cese tu indignacion para con nosotros; porque mejor es que viviendo seamos siervos del gran Rey Nabucodonosor, y que nos sometamos á tí, que morir y padecer en nuestra ruina los males de la esclavitud. Todas nuestras ciudades y todas las po-

sesiones, todos los montes, los collados y los campos, las vacadas y los rebaños de ovejas y de cabras, de caballos y de camellos, y todas nuestras facultades y familias, están en tu presencia: todas nuestras cosas están debajo de tu ley: nosotros y nuestros hijos siervos tuyos somos. Vente para nosotros como Señor pacífico, y empléanos en tu servicio como te pareciere.»

Holofernes, entónces, descendió de los montes con su ejército, y se apoderó de todas las ciudades, sometiendo sus habitantes al dominio de Nabucodonosor. Y tan grande fué el espanto de aquellas provincias, que los principales y mas distinguidos moradores de las ciudades salian al encuentro con el pueblo á la llegada de Holofernes, y le recibian con coronas y con hachas encendidas, formando danzas al son de flautas y tambores. Pero nada de esto bastó para amansar la fiereza de aquel orgulloso conquistador, quien sin embargo todo lo talaba y destruia.

Acercábase ya en su marcha triunfal

hácia el reino de Judá; y los pobres habitantes de esta tierra consternados pensaron en la defensa. Ocuparon con soldados una parte de la frontera y las cumbres de los montes. Cercaban de muros sus aldeas, juntaron granos y se aprestaron para la guerra. Clamaron al Señor misericordia, humillándose en su presencia con ayunos y oraciones. Los Sacerdotes se vistieron de cilicios; ponian á los niños postrados delante del Templo del Señor, y cubrieron su altar de luto.

Eliachin, Sumo Sacerdote, recorria todo el reino, y exhortaba y animaba á los Judíos de este modo: «Sabed que el Señor oirá vuestros ruegos, si perseveráreis constantemente en ayunos y oraciones en su presencia. Acordaos de Moyses, siervo del Señor, el cual no peleando con espada, sino orando con santos ruegos, echó por tierra á Amalec, que confiaba en su fuerza, en su poder y en su ejército, en sus escudos, en sus carros y en su caballería.»

A estas exhortaciones sumiso el pueblo permanecía orando en la presencia del Señor.

Avisado Holofernes de que los Judíos se preparaban para resistirle, enfurecido llamó á todos los príncipes de Moab y á los capitanes de Ammon, pueblos que acababa de conquistar, y les preguntó: «Decidme, ¿qué pueblo es ese que tiene cerradas las montañas; qué ciudades, cuales y cuan grandes son las suyas; cual su poder y el número de sus habitantes; quien es el Rey de sus tropas; y por qué entre todos los que moran en el occidente, estos solos nos han menospreciado y no nos han salido al encuentro á recibirnos de paz?»

Achior, Gefe de los Amonitas, tomó á su cargo la respuesta y dijo á Holofernes: «Si os dignais escuchar, Señor mio, diré en vuestra presencia la verdad acerca de ese pueblo que mora en las montañas y no saldrá palabra falsa de mi boca.» Refirió despues el linage del pueblo hebreo; contó los milagros que obró Dios en su favor en Egipto, su salida de aquel

reino; el paso del mar rojo y todos los demás prodijios hasta que entró en la tierra de Canaán; y añadió. «Mientras no pecaban en la presencia de su Dios, les iba bien; porque su Dios aborrece la iniquidad.» Y finalmente concluyó su respuesta de este modo: «Ahora pues, Señor mio, informaos bien, si han cometido alguna maldad delante de su Dios; y si es así, subamos á ellos; porque de cierto los pondrá su Dios en vuestras manos y quedarán sujetos al yugo de vuestro poder. Mas si no hay ofensa de este pueblo delante de su Dios, no podremos resistirles; porque su Dios los defenderá, y serémos oprobrio de toda la tierra.»

No gustó á Holofores esta respuesta, é irritado de las profecías de Achior, le condenó á ser entregado en manos de los Judíos, para que fuese comprendido en su exterminio, mandando á sus criados le llevasen á Betulia, ciudad de consideracion entónces en la Judea.

Apoderáronse de Achior los criados

de Holofores, y fueron á cumplir su comision; mas al acercarse á las montañas, salió contra ellos una partida de honderos Judíos; por lo cual dejando-le atado de piés y manos á un árbol, huyeron. Los honderos llevaron á Achior á Betulia. Allí, despues de haber oido de su boca el motivo porque le trataban de aquella manera y la resolucion que traia Holofores de pasar á cuchillo á todos los Judíos, el pueblo postrándose adoró al Señor, y todo el dia estuvo orando con muchos gemidos y lágrimas. Despues, consolaron á Achior diciendo: «El Dios de nuestros padres, cuyo poder has publicado, te concederá en retorno que tú veas antes la ruina de los que te han entregado.»

Al dia siguiente, dió orden Holofores á su ejército de marchar contra Betulia. Moviéronse las tropas y pusieron cerco á la Ciudad, cortándole las aguas y estrechando el sitio de forma, que al poco tiempo perecian dentro todos de sed.

La muchedumbre acudió en tropel á

la presencia de Ocías, que mandaba en Betulia, y le requirieron que entregase luego la Ciudad en manos de Holofernes; porque mas valia, decian, morir al filo de la espada que entre los ardores de la sed.

Prorrumpió luego en un grande llanto y alarido todo el concurso, y por espacio de muchas horas estuvo clamando á Dios así: «Hemos pecado con nuestros padres, hemos obrado injustamente, hemos cometido iniquidades. Vos, por que sois piadoso, tened misericordia de nosotros, ó con vuestro azote castigad nuestras iniquidades; pero no queráis entregar los que os confiesan á un pueblo que no os conoce, para que no digan entre las gentes: ¿Donde está el Dios de ellos?»

Cuando fatigados todos del llanto y los clamores quedaron en silencio, levantóse Ocías todo bañado en lágrimas, y dijo: «Tened buen ànimo, hermanos, y esperemos del Señor misericordia por estos cinco dias; porque quizá cortará su indignacion y dará gloria á su

nombre. Mas si pasados los cinco dias no viniere el socorro, haremos lo que habeis dicho.»

Vino Dios en socorro de aquella desolada Ciudad. Una viuda hermosa, noble y rica, pero muy piadosa y muy respetada en Betulia por su virtud y santidad, cuando oyó que Ocías habia prometido al pueblo entregar la ciudad pasados cinco dias, en primer lugar reprendió al mismo Ocías y á los ancianos, que así pusiesen término á las misericordias del Señor, y al fin les previno: «Vosotros esta noche estareis á la puerta de la Ciudad, y yo saldré con mi criada; mas no quiero pretendais indagar lo que voy á hacer; y hasta tanto que vuelva á avisaros, no os ocupeis sino en orar por mí al Señor nuestro Dios.»

Ocías y los Ancianos prometieron hacer cuanto ella ordenase; pues no dudaban era dirigida por el espíritu de Dios.

Judit entónces entró en su oratorio; y vistiéndose de cilicio y poniendo ceniza sobre su cabeza, postrada delante del Señor le pidió su proteccion, para lle-

var á cabo la empresa que meditaba.

Despues bajando á su habitacion, se quitó el cilicio y los vestidos de viudez, se lavó y ungió con un unguento muy oloroso, trenzó sus cabellos y se vistió de gala en la forma que las mugeres de su rango acostumbraban entónces entre los Judíos los dias mas solemnes, adornándose con vistosos pendientes, brillantes sortijas y manillas muy preciosas. Mandó á una de sus criadas que tomase vino en una bota, aceite, harina, higos, queso y otros manjares, previéndose de este modo, por no verse precisada á comer viandas de los gentiles. Así dispuesta y prevenida salió de casa y se dirigió á la puerta de la Ciudad, donde la estaban esperando Ocías y los ancianos. Sorprendiéronse estos de las nuevas gracias, con que el Señor hacía en esta ocasion resaltar mas que nunca la hermosura de Judit; pero sin preguntarle nada, la dejaron pasar diciendo únicamente: «El Dios de nuestros padres te dé gracia y fortifique con su virtud todo el designio de tu corazon,

para que de tí se gloríe Jerusalem, y tu nombre sea en el número de los Santos y de los Justos.» Todos los demas que allí estaban, contestaron á una voz: «Así sea.» Y Judit salió de la Ciudad, y se fué hácia el campo de los enemigos, orando y pidiendo al Señor la ayudára con la fuerza irresistible de su brazo.

Al rayar el dia se encontró con los centinelas de los puestos avanzados de los Asirios, quienes la detuvieron, y enterados de su procedencia la condujeron al instante á la tienda del General Holofernes. Estaba sentado este bajo un pabellon de púrpura bordado de oro y cubierto de esmeraldas y otras piedras preciosas; y Judit, al verle, se inclinó en su presencia, indicando su respeto de este modo. Holofernes, prendado de la hermosura de Judit, apenas la vió entrar en la tienda, mandó que se levantaran todos sus criados. Hízole despues varias preguntas; y plenamente satisfecho de sus respuestas, se mostró decidido á favorecerla y obsequiarla. Dió orden para que le enseñasen donde tenia guardadas sus

alhajas, y quiso alimentarla con los manjares de su propia mesa. Mas Judit agradeció sin aceptar la segunda oferta, diciendo: «Ahora no podré comer de esas cosas que mandais se me den, porque no venga la indignacion sobre mí; comeré de lo que he traído para mí.» Holofernes le preguntó extrañándose: «Y si te llegasen á faltar esas cosas que has traído contigo, que te haremos?» «No consumiré vuestra sierva, Señor mio, contestó Judit, todas estas cosas, sin que haga Dios por mi mano lo que he pensado.» Ella hablaba de su verdadero proyecto; mas Holofernes debió entender, fundándose en otras respuestas anteriores de Judit, que hablaba de entregarle la Ciudad sitiada y todo el pueblo Judáico. De todos modos no insistió mas en que admitiera Judit la oferta, y accedió tambien á los ruegos de la misma, que pidió se le permitiera salir por la noche y al amanecer á hacer oracion fuera de la tienda que se le habia preparado, dando las órdenes convenientes para que nadie la detuviera ni inquietara en sus

salidas y entradas. Judit con esta libertad salia por las noches al valle de Betulia; oraba al Señor por la salvacion de su pueblo de la opresion de sus enemigos, y se volvía á su tienda acompañada siempre de su criada. Al cuarto dia le convidó Holofernes á una cena que dió á todos sus domésticos. Asistió Judit; pero no comió sino de los manjares de su provision preparados por su criada, mientras que todos los demas lo hicieron opíparamente, bebiendo Holofernes tanto vino en medio de la alegría del festin, que no tuvo otro remedio sino tenderse en la cama, donde quedó luego profundamente dormido. Como ya era tarde, los convidados que habian bebido poco ménos, se fueron retirando todos á sus alojamientos, dejando sola dentro de la tienda del General á Judit y su criada á la puerta. Aprovechándose Judit de la ocasion é implorando la ayuda del cielo, acercóse á la cama en que estaba Holofernes medio aletargado del vino; tomó el alfange del mismo que colgaba del pilar de la cabecera; le desem-

bainó, y asiendo por los cabellos al dormido General, le cortó de dos golpes la cabeza. Echó por tierra su cadáver tronco; y mandando á su criada que metiera la cabeza en el saco, se salieron ambas como para ir á orar segun costumbre, y llegaron á las puertas de Betulia sin contratiempo alguno, despues de haber atravesado todo el campo enemigo.

«Abrid las puertas, gritó Judit de lejos á los guardias, porque Dios es con nosotros, y ha dado muestras de su poder en Israel.»

Luego que oyeron estos la voz de Judit, abrieron las puertas, y fueron corriendo á avisar á los ancianos. Iba viniendo la gente en tropas y encendidas luces rodeaba á Judit la multitud, ansiosos todos de verla y oirla. Judit subió á un lugar algo mas elevado, y haciendo señal para que callaran, dijo: «Alabad al Señor, nuestro Dios que no desamparó á los que esperan en él: por medio de mí, sierva suya, ha cumplido su misericordia, que prometió á la casa de Israel; por mi mano ha muerto esta noche al

enemigo de su pueblo.» Y sacando la cabeza de Holofernes, la mostró al pueblo diciendo: «Ved aquí la cabeza de Holofernes, General del ejército de los Asirios.» Toda la multitud prorrumpió entónces en gritos de alegría, alabando al Señor y colmando á Judit de bendiciones y de elogios.

Achior al ver la cabeza de Holofernes, se llenó al pronto de terror, pero recobrado su espíritu, ensalzó á Judit como todos los demas, diciendo: «Bendita tú de tu Dios en toda la casa de Jacob; porque en cualquiera nacion en donde se oyere tu nombre, será engrandecido el Dios de Israel por causa tuya.»

Despues al salir el sol, por órden de Judit colgaron de los muros la cabeza de Holofernes; y salieron los sitiados con estruendo y algazara contra los sitiadores. Acudieron estos á despertar á su General; pero no encontrando en su tienda mas que el tronco de su cuerpo nadando en sangre, se estendió por todo el ejército un terror pánico con la noticia de la desgracia, y comenzaron todos á

huir precipitadamente, sin hacer resistencia, abandonando sus tiendas, sus viveres y demas provisiones. Siguiéron los Judíos el alcance hasta los confines de su patria destruyéndolos, y se volvieron cargados de despojos.

El Sumo Sacerdote y todo el pueblo judío dieron el parabien de la victoria á Judit: esta celebró el triunfo con un cántico de alabanzas y gracias al Señor; y duraron tres meses los regocijos entre los Judíos. Por fin Judit llena de dias y merecimientos murió santamente, como habia vivido, á la edad de ciento y cinco años, habiendo llorado todo el pueblo su muerte por espacio de siete dias.

¡Admiremos los juicios y el poder de Dios, que se vale ahora del debil brazo de una muger delicada, como en otro tiempo de David contra Goliat, para abatir el orgullo de un fiero y poderoso conquistador y salvar al pueblo judío, cuando ya iba á caer en las manos del tirano!

48. *Daniel cautivo en Babilonia. Año del M. 3398.—Antes de J. C. 606.*

El Reino de Judá, por fin, tan corrompido como el de Israel, fue tambien de la misma manera castigado. Despreciando los avisos y hasta las amenazas de los Profetas, vió por último caer sobre sí todo el poder de Nabucodonosor 2.^o Rey de Babilonia, quien por tres veces ocupó á Jerusalem; y tomándola por asalto en la tercera la destruyó completamente, redujo á cenizas el Templo y se llevó á la mayor parte ó casi todos los habitantes del Reino con su propio Rey cautivos á Babilonia.

Entre los cautivos llevados desde la primera invasion habia muchos niños de la Real familia y tambien hijos de otros Señores de los mas principales. Nabucodonosor mandó elegir de entre ellos los mas bien dispuestos, á los cuales hizo entrar en su servicio y quiso se alimentasen de los manjares de su propia mesa.

Daniel, empero, uno de los escogidos, fiel observador de la ley que prohibia á los Judíos el uso de diversos alimentos, por no cometer un pecado quebrantando esta ley, rogó á Asphenez, gefe principal de los dependientes de palacio que no le obligára á comer de los manjares ni á beber el vino que todos los dias les presentaban. Otros tres niños, llamados Ananías, Azarías y Misaél, siguieron tambien su ejemplo. El camareero ó mayordomo mayor los oyó con benignidad; mas temeroso de faltar á su deber, sino cumplia á la letra las órdenes del Rey su amo, y de que este le hiciese sentir su indignacion, si por causa de unos alimentos ménos escogidos y sustanciosos observaba que estos niños desmejoraban apareciendo mas flacos y macilentos que sus compañeros, no se atrevió á condescender con la súplica.

Sin embargo Daniel no desistió. Confiado en que Dios haria palpable la futilidad del reparo en que descansaba la negativa del mayordomo, reiteró sus instancias á Malasar, encargado por Asphe-

nez de cuidar de ellos especialmente, diciéndole: «Ruégote que hagas la prueba con nosotros tus siervos por diez dias: dénsenos legumbres á comer y agua á beber: contempla luego nuestro semblante y los de los otros niños que se alimentan de las viandas del Rey; y si observares que hemos desmejorado, entonces harás lo que te parezca.»

Condescendió Malasar por fin con los ruegos de Daniel, y este tuvo la satisfaccion de ver así cumplidos sus deseos. Pasaron los diez dias, y aparecieron los cuatro niños mas hermosos y robustos que los demas. Su templanza agradó al Señor y les atrajo su divina bendicion, recibiendo no solo una naturaleza mas robusta, sino tambien una inteligencia superior á la de todos aquellos otros que se educaban en su compañía.

Sed tambien vosotros, niños mios, religiosos observadores de los preceptos de abstinencia que nuestra madre la Iglesia nos impone; y el Señor no dejará de premiaros como á Daniel.

49. Sabiduría de Daniel.

1.º Desde muy temprano se dió á conocer entre los Judíos la sabiduría y suma prudencia de Daniel en la célebre sentencia que pronunció en defensa de la castidad é inocencia de Susana, muger de Joaquin, y contra dos viejos Jueces que intentaron oprimirla con calumnias; porque habia rehusado condescender con sus infames deseos. Ya estos pérfidos calumniadores habian logrado fuese condenada á muerte, y era conducida al lugar de la ejecucion para ser apedreada conforme á las leyes hebreas, cuando de repente Daniel que apenas contaba mas que doce años de edad, levantando su voz entre la multitud exclamó: «Por lo que á mí toca, estoy inocente en esta muerte.» Detuviéronse todos al oírle, y á instancia del mismo volvió á verse de nuevo la causa. Convinieron los ancianos del pueblo en que Daniel fuera el Juez que decidiese en esta ocasion; y lo hizo con tal tino y prudencia que lo-

gró convencer de calumniadores á los dos infames viejos; por lo cual tuvieron que sufrir la misma pena en que ellos se habian propuesto hacer morir á la virtuosa Susana deshonrada.

Así mira el Señor por el honor y fama del inocente.

2. Pero donde mas se descubrió la admirable penetracion y espíritu profético de Daniel, fué en la interpretacion de ciertas visiones misteriosas. El Rey Nabucodonosor tuvo un sueño que le aterró de tal manera, que el mismo espanto hizo se le borrara completamente de la memoria. Turbado é inquieto llamó á los magos y adivinos, á fin de que se lo trajesen á la memoria y le manifestasen al mismo tiempo lo que significaba; pero no hubo ninguno que acertara ni lo uno ni lo otro. Así es que irritado y furioso el Monarca mandó matarlos á todos.

Noticioso Daniel del suceso, pidió se le diera tiempo, pues era uno de los sábios que debia tambien morir, y ofreció

traer el sueño á la memoria del Rey y manifestarle ademas su significado. Habiéndole sido otorgada su peticion, acudió fervorosamente al Señor, quien la noche siguiente le reveló todo el misterio. Dió humildes gracias á Dios por tan grande favor; y despues fué introducido á la presencia del Rey.

Nabucodonosor le preguntó al instante: «Crees verdaderamente que podrás indicarme lo que yo soñé y lo que significa el sueño.»

Daniel respondió: «El misterio que el Rey pregunta, no se lo pueden declarar los sabios, magos, adivinos ni arúspices. Pero hay un Dios en el cielo que revela los misterios, el cual os mostró, ó Rey Nabucodonosor, las cosas que han de suceder en los últimos tiempos.

«El sueño y visiones, que tuvisteis estando en vuestro lecho, son de esta manera:

«Vos, ó Rey, os pusisteis á pensar en vuestro lecho lo que habia de suceder despues de este tiempo, y os lo mostró el que revela los misterios. A mí tam-

bien me fué revelado este arcano, no por la sabiduría que hay en mí mas que en todos los otros hombres; sino para que el Rey tuviese una clara interpretacion y para que supieseis los pensamientos de vuestro espíritu.

«Os parecia que estabais viendo una grande estatua de mucha altura, colocada derecha en frente de vos, cuya vista era espantosa. La cabeza de la estatua era de oro muy puro; el pecho y los brazos de plata; el vientre y los muslos de cobre; las piernas de hierro, y una parte de los pies de hierro y la otra de barro. La estabais mirando en esa forma; y sin que mano de hombre la moviese se desprendió del monte una piedra, que hiriendo á la estatua en sus pies de hierro y de barro los redujo á polvo. Entónces fueron á la par desmenuzados el hierro, el barro, el cobre, la plata y el oro; y reducidos como á tamo de una era de verano, lo arrebató todo el viento, sin que se hallase lugar para ello. Pero la piedra que habia quebrantado la estatua se hizo un monte

grande y llenó toda la tierra.

«Este es el sueño, notó aquí Daniel: diremos también, prosigió, en vuestra presencia, ó Rey, lo que significa.

«Vos que sois Rey de Reyes y á quien el Dios del Cielo ha dado Reino y fortaleza, imperio y gloria y todos los lugares en que moran los hijos de los hombres y las bestias del campo con las aves del cielo, poniéndolo todo bajo de vuestra potestad: vos sois, *vos estais representado en la cabeza de oro*. Despues de vos se levantará otro Reino inferior al vuestro, *figurado en el pecho y brazos de plata*. Luego otro tercero, *representado en el vientre y muslos de cobre*, el cual mandará toda la tierra. Mas tarde un cuarto Reino que será como el hierro, á manera que el hierro desmenuza y doma todas las cosas, así desmenuzará y quebrantará todos los demas imperios. Y si vísteis que los pies y los dedos de la estatua eran parte de hierro y parte de barro de ollero, es porque este Reino será dividido; pero tendrá no obstante su origen de vena de hierro, segun que ha-

beis visto el hierro mezclado con barro cocido. Los dedos de los pies, parte de hierro parte de barro cocido, indican que el Reino parte será firme y parte debil, quebradizo. Y si visteis el hierro mezclado con barro cocido, es porque se mezclarán por medio de parentelas, pero no se unirán uno con otro, así como el hierro tampoco se liga con el barro cocido. En los dias, empero, de estos Reinos, el Dios del cielo levantará un Reino que no será jamas destruido: él quebrantará y trastornará todos esos Reinos; pero el mismo subsistirá para siempre, segun lo que visteis que del monte se desprendió sin ser movida por mano de hombre una piedra que redujo á polvo el barro cocido, el hierro, el cobre, la plata y el oro.

«El gran Dios mostró al Rey las cosas que han de venir despues; y el sueño es verdadero y su interpretacion fiel.»

Asi concluyó Daniel, dejando tan admirado al Monarca, que no pudo menos de postrarse hasta tocar en el suelo con su rostro, manifestando con esta demostracion y otras consideraciones el sumo

respeto y aprecio que le merecia el profeta. Despues tomando la palabra dijo á este: «Vuestro Dios es en verdad el Dios de los Dioses, el Señor de los Reyes y el revelador de los misterios; pues tú por inspiracion suya pudiste descubrir este arcano.»

La interpretacion profética de Daniel tuvo y tiene en realidad su cumplimiento. Pasó el imperio de los Asirios opulentísimo, cuyo gefe era Nabucodonosor, *figurado en la cabeza de oro de la estatua*. El de los Medos y Persas unido, ménos opulento, *señalado en el pecho y brazos de plata*. El de los Griegos, ó la Monarquía de Alejandro Magno, que todo lo absorbió rápidamente y con armas de cobre usadas en aquellos tiempos, *representado por el vientre y muslos de cobre*. Y finalmente el imperio Romano que todo lo invadió, desbarató y domó con la fuerza; que tuvo ciertos tiempos de estabilidad y firmeza y otros de debilidad, con diferentes formas ya de república ya de monarquía, con divisiones y rivalidades que al fin vinieron á

acabarle, á pesar de tantas alianzas, matrimonios y uniones de personas y de pueblos, *diseñado en las piernas de hierro y en los pies y dedos parte de hierro y parte de barro de la estatua.* Pero subsiste y subsistirá eternamente el Reino celestial fundado por Jesucristo nacido de la Virgen Santísima, el cual es *aquella piedrecita que desprendida del monte sin impulso de ningun hombre,* echó los fundamentos de su Iglesia pequeña en sus principios, pero que ha llenado despues todo el orbe, creciendo hasta hacerse un monte inmenso á la manera que la piedrecita misteriosa.

3. Muerto Nabucodonosor, le sucedió Evilmerodac, y á este que falleció dos años despues, Baltasar, último Rey de los Asirios.

Ensoberbecido Baltasar con su grandeza y el esplendor de su Reino, se creyó inexpugnable dentro de su magnífica Ciudad. Sin hacer caso de que la tuviesen sitiada enemigos astutos y poderosos, se entregó al esparcimiento y regocijos de una manera indecorosa é impropia de un

Soberano en tan críticas circunstancias. Convidó á un espléndido banquete á mil de sus Magnates, y para solemnizar el festin mandó traer, sacrílego, á la mesa para uso de los convidados los vasos de oro y plata, que fueron arrebatados en tiempo de Nabucodonosor del Templo de Jerusalem, donde habian servido al culto de Dios Santo. Pero, entre los brindis y alegrías de aquella sacrílega fiesta, en que se tributaban alabanzas á los ídolos, aparecieron de repente unos dedos como de una mano escribiendo en frente del candelero en la superficie de la pared de la Real estancia.

Asustóse el Rey al ver esto, y mandó llamar á los magos y sábios de Babilonia, para que le leyeran é interpretaran la escritura que habian dejado estampada en la pared los dedos de aquella mano misteriosa. Vinieron; mas ninguno acertaba ni siquiera á leer lo escrito. La Reina entónces, acordándose de Daniel, hizo presente al Rey que aquel era el mas sábio de todos los magos y adivinos; pues que en tiempo de Nabucodonosor

habia dado pruebas de sabiduría muy grandes. Al instante le hizo venir el Rey, y le ofreció vestir de púrpura con collar de oro y elevarle á la dignidad de príncipe el tercero del Reino, si acertaba á leer las palabras escritas en la pared y descifraba su significado.

Agradeció primero modestamente Daniel las ofertas del Rey: despues le hizo ver tenia irritado al Señor por la profanacion sacrílega de los vasos sagrados de su Santo Templo de Jerusalem y por el culto que tributaba á falsas divinidades, manifestándole que por eso el mismo Señor le habia enviado aquellos dedos que habian trazado las palabras que veia escritas en la pared; y finalmente leyéndolas, dijo: «Esta es la escritura que ahí se vé grabada: *Máne, Thécel, Pháres*. Y esta es la interpretacion de las palabras: *Máne*, quiere decir: Dios ha contado los dias de vuestro reinado, y le ha puesto término. *Thécel*: Habeis sido pesado en la balanza, y habeis sido hallado falto. *Pháres*: Dividido ha sido vuestro Reino y se ha dado á los Medos y á los Persas.»

Apenas acabó Daniel, mandó el Rey fuese vestido y adornado como se lo habia prometido y declarado el tercero en el Reino.

Aquella misma noche, empero, se cumplió la sentencia pronunciada por Dios contra el Rey Baltasar; pues perdió en ella su vida con el trono, que fué ocupado por Dario Medo, entrando en la Ciudad con Ciro Rey de los Persas y sorprendiendo al monarca Babilonio, cuando ménos lo pensaba.

El Señor reveló á Daniel otros muchos acontecimientos futuros, para que pudiera consolar á su pueblo. Así es que predijo, entre otras cosas, la próxima vuelta de los cautivos del Reino de Judá á su patria y que dentro de cuatrocientos noventa años naceria el Salvador del mundo, hácia el fin de aquel periodo de años.

Las predicciones de Dios son magnificas y bellas como el cielo estrellado. Reverenciamos las penetrados de fe y de esperanza.

50. *Daniel en el Lago de los leones.*

Los Babilonios, entre los cuales los Israelitas vivian cautivos, eran tan insensatos que adoraban figuras inanimadas y aun animales feroces, reputándolos por divinidades,

Habia entre otros un ídolo llamado Bel, con el cual se gastaban cada dia mas de una fanega de flor de harina, cuarenta ovejas y tres arrobas de vino. El Rey tambien le honraba é iba todos los dias á adorarle; pero Daniel, que adoraba al verdadero Dios, vituperaba y motejaba frecuentemente de irracional y ridículo semejante culto tributado al ídolo.

Preguntóle un dia el Rey: «Por qué no adoras á Bel?» Y respondió: «Por que yo no adoro ídolos hechos de mano, sino al Dios vivo que crió el cielo y la tierra, y tiene dominio sobre toda carne.» El Rey repuso entónces; «Pues crees tú que Bel no es un Dios vivo? No ves cuanto come y bebe cada dia?» Daniel respondió sonriéndose: «No vivais

engañado, ó Rey; porque ese por dentro es de barro y por fuera de metal, y nunca come.» Irritado el Rey llamó á los Sacerdotes del ídolo, y les dijo;» Si no me decis vosotros quien come todo esto que se gasta, morireis; mas si me hiciéseis ver que Bel lo come, morirá Daniel, porque ha blasfemado. «Oyendo esto Daniel, dijo: «Sea así como lo habeis dicho.»

Los Sacerdotes de Bel eran setenta, sin contar las mugeres y los niños; y fueron todos con el Rey y Daniel al templo. Pusieronse en él las viandas y el vino acostumbrado, y despues el Rey mandó cerrar y sellar la puerta con su anillo; pero es de advertir que Daniel, ántes de salir, hizo cerner ceniza por todo el templo en presencia del mismo Rey. Hecho esto, se salieron, dejando cerrada y sellada la puerta.

Al otro dia, levantándose el Rey muy de mañana, fué junto con Daniel al templo. Llegados allí, preguntó á Daniel: «Daniel, ¿están los sellos sin tocar?» Y respondió este: «Sin tocar están, ó Rey.»

Abierta en seguida la puerta, miró el Rey á la mesa; y como vió que toda la comida habia desaparecido, exclamó en alta voz: «Grande eres, ó Bel, y no hay en tí engaño alguno.» Rióse Daniel, y deteniendo al Rey para que no entrase, le dijo: «Mirad al suelo, y considerad de quien serán estas huellas.» Dijo entonces el Rey, al observar ciertas señales en la ceniza esparcida el dia anterior sobre el pavimento del templo: «Veo huellas de hombres, de mugeres y de niños:» y muy irritado mandó prender á los sacerdotes inmediatamente. Estos manifestaron muy pronto que por debajo de la mesa entraban á escondidas en el templo; declararon ser ellos los que comian juntamente con sus familias los manjares que se destinaban para el dios Bel, y confesaron que así lo habian ejecutado tambien la noche anterior. Descubierta de este modo el engaño, fueron condenados todos á muerte, y entregado el ídolo á disposicion de Daniel, quien le echó por tierra juntamente con el templo.

Habia tambien en aquella Ciudad un dragon grande, al cual adoraban del mismo modo los Babilonios. No ménos infatuado el Rey que los demas, dijo á Daniel: «Mira como ahora no puedes decir que no sea este un Dios vivo: adórale pues.» Daniel le contestó: «Al Señor mi Dios adoro yo, porque él es Dios vivo; mas este no es Dios vivo: y sino dadme facultad, y yo mataré al dragon sin espada ni palo.»

Habiendo accedido el Rey á esta propuesta hizo Daniel una especie de pellas compuestas de pez, sebo y pelos, cociéndolo todo junto, y despues las arrojó á la boca del dragon. Este animal privado de la respiracion, por habérsele atascado en la garganta aquella masa, al punto reventó entre las burlas de Daniel que dijo á los Babilonios: «Ahí teneis el Dios que adorábais.»

Alborotáronse los Babilonios al saber la muerte del dragon, y juntándose tumultuosamente decian con sediciosos gritos: «El Rey se ha vuelto judío: destruyó á Bel, mató al dragon é hizo mo-

rir á los Sacerdotes.» Y marchando luego á su presencia, le dijeron con amenazas: «Entrégnos á Daniel, si no te mataremos á tí y á tu familia.»

Estrechado de esta manera el Rey, aunque amaba mucho á Daniel, se vió en precision de entregarle en manos de los sublevados. Estos se apoderaron de él y le arrojaron en el lago de los leones. Siete de estos animales feroces se hallaban en aquel lugar, á los cuales no se les dió ningun alimento en los siete dias que Daniel estuvo entre ellos. Sin embargo de eso, en virtud del poder de Dios que cuidaba de Daniel cuando todos los hombres le habian abandonado, se olvidaron las fieras de su ferocidad instintiva y no le causaron daño alguno.

Mas empezó á sentir el hambre, y el Señor le envió tambien muy pronto de comer. Disponiase á la sazón un profeta llamado Habacuc, para llevar legumbres y pan á sus segadores en Judéa; y se le apareció un Angel, y le dijo: «Lleva esa comida á Babilonia para Daniel que está en el lago de los leones.» — «Señor, res-

pondió Habacuc, yo no he visto á Babilonia, ni se donde está el lago de los leones.» Entónces el Angel, tomando á Habacuc por los cabellos, le trasportó por los aires con la actividad y prontitud de un espíritu hasta Babilonia, en donde le dejó junto al lago de los leones. Viéndose allí Habacuc llamó á Daniel y le dijo: «Daniel, siervo de Dios, toma la comida que el Señor te envia.» Daniel al ver la nueva señal de la proteccion divina, exclamó: «De mí, ó Dios, os habeis acordado y no habeis abandonado á los que os aman.» Levantándose despues comió; y el Angel volviendo luego á tomar otra vez á Habacuc por los cabellos, le restituyó con igual prontitud al mismo punto de donde le habia traído.

El sétimo dia fue el Rey al lago de los leones á llorar á Daniel, á quien suponía muerto ya. Pero ¡cual fué su asombro, cuando le vió sano y salvo y tan tranquilo en medio de los leones, como pudiera estar un pastor entre las ovejas!. No pudo ménos de esclamar

sin poderse contener: « ¡ Grande sois, Señor de Daniel ! » Y prontamente hizo sacar á este del lago de los leones, mandando arrojar en él á todos aquellos que habian maquinado su ruina, los cuales fueron al punto devorados en presencia del mismo Rey. Todo el Reino reconoció despues por verdadero al Dios de los Judíos.

51. *Reedificacion del Templo y Ciudad de Jerusalem. Año del M. 3468.—
Antes de J. C. 536.*

Ciro, Rey de Persia conquistó los Reinos de Asiria y Babilonia, en donde los Judíos eran retenidos cautivos. El primer año de su reinado publicó este príncipe ún edicto, permitiendo á todos los que hacian parte del pueblo de Dios volver á Jerusalem á reedificar el Templo del Señor. Mandó restituir á los cautivos todos los vasos de oro y de plata pertenecientes al Templo, de que Nabucodonosor se habia apoderado, y ordenó se les diera ademas con que atender á

los gastos de su viaje.

Así es que poco á poco volvieron en grupos los Judíos á la tierra de Canaán á repoblar sus desiertas ciudades. Todos se reunieron en Jerusalem. Los Sacerdotes hicieron oír el sonido de sus trompetas, y cantaban himnos al Señor y publicaban: «Que es bueno, y su misericordia eterna sobre Israel.» Todo el pueblo levantaba al mismo tiempo su voz; y en medio de los transportes de una alegría universal se echaron los fundamentos del nuevo Templo. Mas como estaban pobres despues de su larga y dura esclavitud, no podian darle el esplendor y magnificencia del antiguo; lo que hacia que aquellos viejos que habian visto el de Salomon recordando su magnificencia, llorasen amargamente mirando la inferioridad del nuevo. El Señor, empero, les envió el profeta Ageo, el cual los consoló y alentó anunciándoles, que este Templo seria sin embargo mas ilustre que el primero; porque seria honrado con la presencia del *Deseado de las Naciones*.

Terminada la obra del Templo, los Judíos comenzaron á reedificar la ciudad de Jerusalem; pero no sin tener que vencer muchos obstáculos. Los pueblos idólatras de la circunferencia trataron de impedirselo hasta con la fuerza; y los Judíos se vieron precisados á trabajar con el instrumento en una mano y la espada en la otra, á fin de estar dispuestos todos los momentos para rechazar las invasiones que á cada instante les amenazaban. Sin embargo con la ayuda del Señor salieron con su empresa.

Habiendo aprendido á ser prudentes en la desgracia, servian á Dios con sinceridad y vivian de este modo felices y tranquilos en su patria.

52. *Esther.*

Reinando Asuero en Persia, vivia en Susa, capital entónces de aquel Imperio, una jóven judía llamada Esther, hija de Abihail de la tribu de Benjamin, al cuidado de su tio Mardoqueo, por haber quedado húerfana de padres. Mardoqueo

la habia adoptado por hija, y procuró educarla en el temor de Dios y conforme á su Santa Ley. Por uno de aquellos acontecimientos imprevistos á los hombres, llegó esta doncella á ser Reina y muger de Asuero, disponiéndolo el Señor así para el mayor bien de su escogido pueblo, al cual no dejaba nunca de proteger. No reveló, sin embargo, Esther en un principio su procedencia, cumpliendo el encargo de su tio, que así se lo habia ordenado; pues obedecia puntualmente sus mandatos, obrando en la elevacion del mismo modo que acostumbraba hacerlo cuando aquel de niña la criaba.

Mardoqueo, cuidadoso de la salud de Esther, solia pasearse y estaba frecuentemente sentado á la entrada del Palacio del Rey. En una ocasion se descubrió por su fidelidad una conspiracion contra la vida del Monarca; y cogidos los autores, fueron castigados severamente.

Por este tiempo Aman, de raza Amalecita, fué ensalzado á la privanza del Rey, el cual depositó en él toda su con-

fianza, dándole el primer asiento entre los Grandes de su Corte. Cuando pasaba Aman, todos los siervos y dependientes, que estaban á las puertas de Palacio, doblaban las rodillas y le daban cierta adoracion, menos Mardoqueo, que jamás quiso ejecutarlo, por no tributar á un hombre los honores propios de la Divinidad. Luego que contaron esto á Aman y que se cercioró de ello con su vista, entró en una grande cólera y resolvió vengarse de Mardoqueo y de toda la Nacion judía.

Con tal designio habló al Rey Asuero de este modo: «Hay un pueblo disperso por todas las provincias de vuestro Reino y dividido entre sí mutuamente, que tiene leyes y ceremonias nuevas y que desprecia ademas las órdenes del Rey. Y sabeis bien que no conviene á vuestro Reino, que la licencia le haga insolente. Si os parece, ordenad que perezca; y yo pasaré á los cajeros de vuestro tesoro diez mil talentos.» El Rey, sacando el anillo de su dedo y dándoselo á Aman, le dijo: «La plata que tú pro-

metes sea para tí: y por lo que hace á ese pueblo, haz como gustes.»

Mas hinchado Aman con la nueva prenda de ilimitada confianza, con que acababa de honrarle el Monarca, sin perder momento hizo escribir con fiero deleite, publicar y circular á todos los jueces y mandatarios Regios en todas las provincias del Imperio un bárbaro edicto, por el cual se mandaba matar en un dia determinado á todos los Judíos, jóvenes y viejos, niños y mugeres, y entrar á saco en sus bienes.

Lloraban los Judíos de Susa por su desgraciada suerte, y Mardoqueo vestido de cilicio y cubierta su cabeza de ceniza clamaba en alta voz en medio de la plaza de la ciudad, manifestando de este modo la amargura de su corazon. No era menor la consternacion de los demas Judíos esparcidos por todo el Reino, que gemian y ayunaban, usando muchos de cilicios y de ceniza en lugar de lecho.

En tal situacion, envió Mardoqueo á Esther una copia del edicto de proscrip-

cion con recado de que pasase á la presencia del Rey ó intercediese por su pueblo. La Reina enterada devolvió con su criado á Mardoqueo la respuesta siguiente:

« Todos los siervos del Rey y todas las provincias que están bajo su dominio saben, que si un hombre, ó una muger entrare sin ser llamado en la cámara del Rey, sin recurso pierde su vida en el momento; á no ser que el Rey tienda hácia él su cetro de oro en señal de clemencia, y así pueda quedar con vida. ¿Cómo, pues, podré yo entrar á ver al Rey, si treinta dias há que no he sido llamada á su presencia? »

Oida de Mardoqueo esta respuesta, envió de nuevo á decir á Esther: « No te persuadas que por que estás en la casa del Rey, tú sola salvarás la vida entre todos los Judios: mira, si tú callas ahora, por algun otro camino se librarán los Judios; pero tú y la casa de tu padre perecereis. ¿Y quien sabe si por dicha has llegado al Reino, para que estuvieses pronta en tal coyuntura? » En-

tonces mandó Esther en respuesta á Mardoqueo lo siguiente: «Ve, y junta todos los Judíos que hallares en Susa, y haced oracion por mí: no comais ni bebais en tres dias y tres noches: yo con mis criadas ayunaré de la misma manera; y despues iré á la presencia del Rey, á pesar de la ley que lo prohíbe, sin ser llamada y abandonándome al peligro y á la muerte.»

Cumplió Mardoqueo las órdenes de Esther, y unido con los Judíos de Susa pidieron al Señor su proteccion con llantos de dolor y penitencia. Lo mismo hacia Esther retirada y sola en su cuarto, vestida de cilicio, sueltos sus cabellos y toda destituida de consuelo. Por fin, al tercer dia tomando sus vestiduras Reales, marchó á la presencia del Rey. Pero al llegar á la puerta de la Regia estancia frente al trono donde se hallaba sentado Asuero, ya no pudo continuar mas adelante. Toda turbada y sin fuerzas para sostener su cabeza, la dejó caer sobre una de las Damas que la acompañaban. El Rey, al verla asi desfallecida, sal-

tó del trono á sostenerla entre sus brazos, poniendo al instante sobre ella el cetro que tenía en la mano y diciendole: «¿Qué es lo que quieres Reina Esther?» ¿que demanda es la tuya? Aunque me pidas la mitad del Reino, te se dará.» Alentada Ester algun tanto contestó: «Si gusta el Rey, suplico que vengais á mi cuarto y Aman con vos á un convite que he dispuesto.»

El Rey al punto mandó llamar á Aman, para que obedeciese á la voluntad de la Reina; y fueron juntos al convite preparado por esta. Despues de concluido, repitiendo el Rey á Esther la oferta de darle, aunque fuese la mitad del Reino, le animaba con sus instancias á que dijese lo que sentia y pidiera lo que deseaba. Esther indicó entónces, que al dia siguiente declararia al Rey su deseo, si se dignaba asistir con Aman á un nuevo convite que les tendria preparado.

Aman salió despues mas alegre y satisfecho que nunca; pero habiendo visto que Mardoqueo tampoco ahora le habia doblado la rodilla al pasar por la

puerta de Palacio, se enfureció sobre manera. Sin embargo reprimió la ira, y vuelto á casa convocó en su cuarto á su muger Zares y á sus amigos. Ponderóles la abundancia de sus riquezas, el gran número de sus hijos y la gloria á que el Rey le habia elevado sobre todos los Grandes y Cortesanos; y despues añadió: «Aun la Reina Esther á ningun otro ha llamado al convite con el Rey sino á mí; y mañana tengo de comer tambien en su cuarto con el Rey. Mas aunque tengo todo esto, nada me parece que tengo, miéntras vea al Judío Mardoqueo, sentado delante de las puertas de Palacio.» Oyéndole su muger y sus amigos, le dijeron; «Da órden que se prepare una gran viga que tenga cincuenta codos de alta, y dí mañana al Rey que suspendan en ella á Mardoqueo; de este modo irás alegre al convite con el Rey.» Pareció bien á Aman el consejo, y mandó que se preparase una horca muy alta.

No pudiendo el Rey dormir aquella noche, mandó le leyeran los anales de

los años precedentes. Habiendo llegado el lector á aquel lugar en donde estaba escrito, que Mardoqueo habia descubierto la conjuracion de aquellos que trataron de quitar la vida al mismo Asuero, al punto preguntó este: «Qué honra y qué premio ha recibido Mardoqueo por esta fidelidad?» — «No ha recibido la menor recompensa» le contestaron sus Ministros.

Sintiendo entónces el Rey que alguno estaba en la ante--cámara, preguntó quien era; y le respondieron que estaba Aman. Inmediatamente le mandó entrar; y habiendo entrado, le dijo: «¿Qué debe hacerse con aquel hombre, á quien el Rey desea honrar?» Figurándose Aman que á ninguno, sino á él, quería dar el Rey nuevos honores, respondió: «Aquel hombre á quien el Rey desea honrar, debe ser adornado de vestiduras Reales, montar sobre un caballo de los que se sirve el Rey y llevar sobre su cabeza la corona Real; y que el primero de los Príncipes y Grandes del Reino dirija su caballo por las riendas, y caminando por

la plaza de la Ciudad vaya diciendo en alta voz: «Asi será honrado todo aquel á quien el Rey quisiere honrar.» Apenas acabó, le dijo el Rey: «Dáte priesa, y tomando el manto Real y el caballo, haz todo lo que has dicho con el judío Mardoqueo, que está sentado á las puertas de Palacio. Guárdate de no omitir nada de cuanto has hablado.»

No tuvo mas remedio el orgulloso Aman que cumplir á la letra sus mismas disposiciones, y llevando por las riendas el caballo, en que iba montado Mardoqueo vestido con el manto Real, pasear la plaza de la Corte gritando: «De tal honor es digno aquel, á quien el Rey quiere honrar.»

Concluida la funcion volvióse Mardoqueo á la puerta de Palacio, y Aman se fué corriendo á casa, á ocultar su ignominia, desesperado, lloroso y cubierto de confusion y vergüenza. Estaba contando á su muger y á sus amigos lleno de pesadumbre la ocurrencia, y llegaron con orden del Rey, para que inmediatamente fuera al banquete que la Reina

habia preparado.

Ahogando sus pesares tuvo que acudir al instante, y entró con el Rey á la Sala donde estaba dispuesto el obsequio. A los postres, anhelando el Rey saber cual era la pretension de Esther, preguntó á esta por tercera vez: «¿Qué demanda es la tuya, Esther, para que te se conceda? ¿Qué quieres que se haga? Aunque pidas la mitad de mi Reino, la tendrás.» La Reina entónces respondió: «Si he hallado gracia en vuestros ojos, ó Rey, y si lo teneis á bien, concededme mi propia vida, por la que os ruego, y la de mi pueblo, por quien imploro vuestra clemencia. Porque hemos sido entregados mi pueblo y yo á ser destrozados y degollados y á perecer. Y ojalá fuéramos siquiera vendidos como esclavos y esclavas: seria un mal tolerable y gimiendo callaria; mas ahora tenemos un enemigo, cuya crueldad redundará sobre el Rey.»

El Rey, al oír esto, dijo: «¿Quien es ese y cual su poder, que tenga osadía para hacer tal cosa?»

Y Esther, señalando á Aman contestó: «Nuestro enemigo y perseguidor es este malvado Aman.»

A estas palabras, como herido de un rayo, quedó Aman yérto en el mismo sitio en que se hallaba, no pudiendo sufrir el aspecto del Rey y de la Reina.

Todo cambió en un momento: Aman fue colgado de aquella misma horca que él había destinado para Mardoqueo; y este ocupó su lugar en el ánimo y confianza del Rey, quien le entregó el anillo de que aquel soberbio Ministro había sido despojado. El edicto de proscripción decretada contra el pueblo Judáico fue revocado y anulado, y publicados en su favor los mas lisongeros y satisfactorios.

¡ Mirad, niños, que contraste!: el soberbio abatido y su orgullo castigado; y ensalzado el justo, que humilde y sin temor á los respetos humanos sirve á Dios y solo confía en su poder. Dejaos guiar humildes por la mano de la Providencia; y vereis como todo lo dispone para vuestro bien. Huid siempre de la soberbia, origen de todos los males que aquejan á los hijos de Eva.

53. *Los siete hermanos Macabeos. Año del M. 3.833.—Antes de J. C. 171.*

Al cabo de algun tiempo depues de la vuelta del cautiverio se entregaron de nuevo los Judíos al pecado, pero tambien cayeron en poder de sus enemigos. El mas cruel de todos sus perseguidores fué Antioco Epiphanes, Rey de Siria, el cual se apoderó de Jerusalem por asalto, profanó el templo, robó los vasos sagrados y empleó la fuerza para obligar al pueblo á abandonar el culto de sus padres, á adorar los idolos y comer tocino, alimento que les estaba expresamente prohibido por ley divina. Todos cuantos lo rehusaban, eran condenados á muerte.

Hizo comparecer el Rey Antioco á su presencia á una madre con siete hijos, y quiso obligarlos con azotes á que comieran tocino. Pero uno de ellos dijo al Rey: «¿Qué pretendéis y qué quereis de nosotros? Prontos estamos á morir antes que violar las leyes de Dios y de nues-

tra patria. Antioco enfurecido le hizo arrancar la lengua y desollar la cabeza, y mandó que le cortasen las manos y los pies: todo á la vista de su madre y hermanos. Despues, cuando estaba del todo inutilizado, mandó fuese tostado á fuego lento en una sarten mientras respiraba; lo que tambien se ejecutó en presencia de su madre y hermanos, que se alentaban entre si á morir con valor.

En seguida fué martirizado el segundo, despues el tercero, luego el cuarto; en fin todos siete murieron lo mismo, perseverando siempre fieles á Dios y con una constancia que no pado menos de admirar el Rey y todos los presentes. En medio de los mas atroces tormentos se mostraron intrépidos y llenos de firmeza, y hablaban con serenidad y con calma de la vida futura. Por último la madre de estos heróicos jóvenes fué tambien martirizada; y sufriendo como ellos cruelísimos tormentos, ofreció su vida á Dios en sacrificio.

Niños, decid tambien vosotros antes morir

que cometer un pecado: y manteneos firmes, cuando os quisieren arrastrar al mal.

54. *Compadécese Dios de los Judíos.*

El Rey Antioco, que sin respetar á Dios ni á los hombres, cometió tales crueldades, recibió bien pronto el justo castigo que merecia por sus crímenes. Una espantosa enfermedad se apoderó de él: se le fué pudriendo todo su cuerpo de manera que los gusanos le devoraban vivo, y exhalaba un olor tan intolerable para él como para los que se le arrimaban. Así es que murió desamparado de todos y lleno de remordimientos. Los Judíos por este medio se vieron libres del mas cruel de sus enemigos.

Durante la vida de este y de otros Reyes de Siria, sucesores suyos que intentaron tiranizar á los Judíos, tuvieron lugar la resistencia de Matatías y su celo por la gloria del Señor, las hazañas de sus hijos Judas Macabeo, Jonatás y Simon, que sucesivamente ocuparon el sumo Sacerdocio y la direccion de los

negocios en el pueblo de Dios. En tiempo de Simon se le acordaron los honores y preeminencias Reales; y en adelante continuaron en esta familia Sacerdotal siempre reunidos el Principado y el Sacerdocio, hasta que los Romanos, pueblo muy poderoso, sometieron la Judea á su dominacion. Establecieron entónces estos un Gobernador, y no dejaron sino el vano título de Rey á un extranjero llamado Herodes.

De este modo, llegó el tiempo en que fue arrebatado á Judá el cetro; y conforme á la profecía de Jacob, el Salvador del mundo debia aparecer; aquel que habia sido tantas veces y tan solemnemente anunciado como la bendicion para la tierra; aquel que todas las almas piadosas aguardaban como la salud del género humano.

Vino ya; y su nombre (no le pronunciamos jamás sino con un profundo respeto) es JESU--CRISTO.

FIN DEL ANTIGUO TESTAMENTO.

INDICE.

Lecc. ^s	Págin. ^s
1. ^a	Creacion del Mundo. 1
2. ^a	Adan y Eva. 5
3. ^a	El primer pecado 6
4. ^a	Castigo del primer pecado. 8
5. ^a	Fratricidio y su castigo. 10
6. ^a	Corrupcion de los primeros hombres. Su destruccion. 13
7. ^a	Salida del Arca y holocausto de Noé. 16
8. ^a	La tierra despues del diluvio. 18
9. ^a	Vocacion de Abraham. 21
10.	El virtuoso Abraham 23
11.	Sacrificio de Isaac. 27
12.	Rebeca llega á ser muger de Isaac 30
13.	Esaú y Jacob. 33
14.	Jacob huye de la casa de sus padres. 37
15.	Vuelta de Jacob á la casa de su padre 59
16.	El jóven pastor Joseph. 43

17.	Joseph vendido á los estran- geros.	44
18.	Joseph esclavo de Putiphar.	47
19.	La inocencia en la cárcel.	50
20.	Elevacion de Joseph.	52
21.	Los hermanos de Joseph en la cárcel.	56
22.	Viaje de Benjamin á Egipto.	60
23.	La copa de plata de Joseph.	63
24.	Joseph se da á conocer á sus hermanos.	65
25.	Gozo del anciano Jacob. Su traslacion á Egipto.	67
26.	Muerte de Jacob y de Joseph.	70
27.	Moysés sobre las aguas.	72
28.	Moysés cerca del pozo.	75
29.	La zarza ardiendo.	76
30.	Milagros en Egipto.	78
31.	Institucion de la Pascua y salida de los Israelitas de Egipto.	81
32.	Destruccion de los Egipcios en el paso del mar Rojo.	85
33.	Milagros en el desierto.	87
34.	Mandamientos de Dios é in- fidelidad del pueblo.	89

35.	Muerte de Moysés	96
36.	Entrada en la tierra de pro- mision	198
37.	Historia de Ruth	102
38.	Los hijos viejósos de Helí y el bueno de Elcanay Ana	107
39.	El jóven David	111
40.	El Gigante Goliath	113
41.	David, Rey piadoso	117
42.	Salomon Rey de Israel	119
43.	El profeta Elías	125
44.	Eliséo	131
45.	Jonás	134
46.	Tobías cautivo entre los Asi- rios	137
47.	Judit	145
48.	Daniel cautivo en Babilonia	162
49.	Sabiduría de Daniel	165
50.	Daniel en el Lago de los leones	176
51.	Reedificacion del templo y Ciudad de Jerusalem	182
52.	Esther	184
53.	Los siete hermanos Macabeos	196
54.	Compadécese Dios de los Judíos	198

ERRATAS.

<u>Página.</u>	<u>Línea.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
14	14	labardas	labradas
14	17	longuitud	longitud
17	14	muy verdes	verdes
24	25	50 libras	13 libras
121	26	fijo	hijo
151	18	Holofores	Holofernes
152	10	id.	id.
180	3	si no	sino

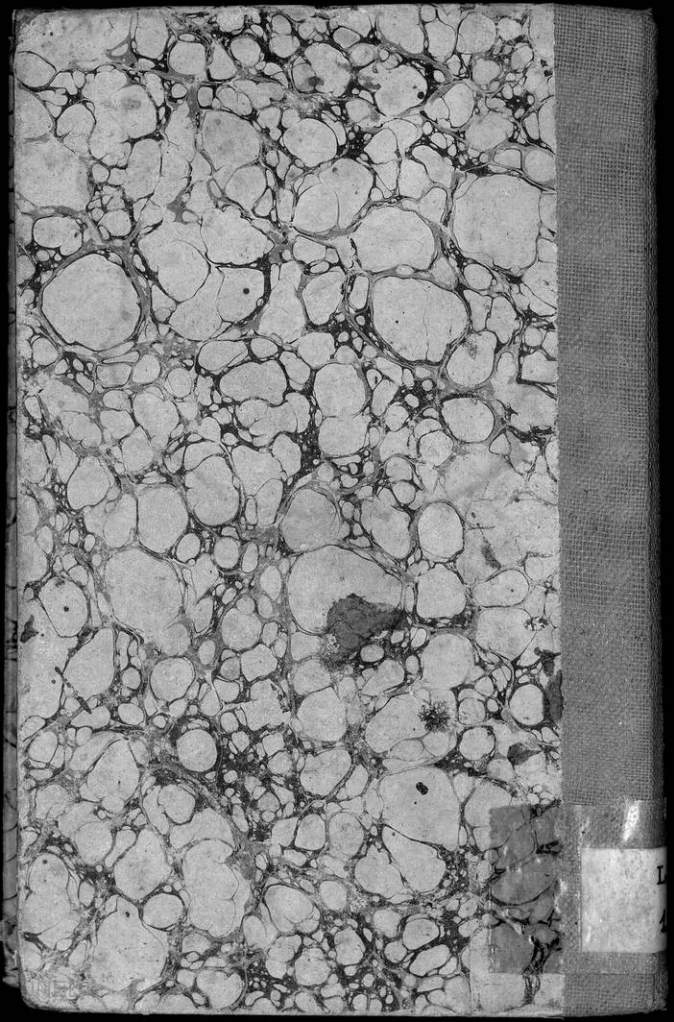
ERRATAS.

Páginas.	Lineas.	Dice.	Lease.
141	14	labardas	labardas
142	17	longitud	longitud
171	14	nuy verdes	verdes
24	22	50 libras	15 libras
121	26	fijo	fijo
121	48	Holofornes	Holofornes
122	10	id.	id.
180	3	si no	si no

UNED



10000451029BICE
L.T. 1506



L.T.

1506